 Habitantes de Granada y personas de organizaciones no gubernamentales que en diciembre de 2000 marcharon en rechazo a la violencia ejercida por la guerrilla de las FARC en la toma armada ocurrida los días 6 y 7 de diciembre, la cual dejó 22 personas muertas. También marcharon por la incursión paramilitar de las AUC, que un mes antes dejó 19 habitantes asesinados en las calles del pueblo. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©

# Memorias: la voz de los sobrevivientes

Entre el año 2008 y el 2012, el GMH recopiló cientos de testimonios sobre diversos eventos del conflicto armado en Colombia. Estas memorias de quienes han sido testigos y víctimas sobrevivientes de los hechos de violencia aportan datos y describen sucesos, entornos y dinámicas políticas y sociales que permiten caracterizar los impactos de las acciones violentas y proporcionan elementos para interpretar los motivos y las lógicas del conflicto.

Este capítulo retoma estos relatos para documentar aquello que las personas afectadas por la violencia del conflicto armado interno en Colombia —en particular las víctimas y testigos presenciales con los que el GMH tuvo contacto— consideran importante recordar y aquello que desde su perspectiva pasó y por qué pasó. Privilegiamos este archivo testimonial porque en su lectura encontramos un retrato vivo, descarnado y humano del sufrimiento desencadenado por los hechos violentos, y del modo como las víctimas sobrevivieron y rescataron sus vidas en las condiciones más adversas. Así, este capítulo visibiliza las memorias de las víctimas, examina sus significados y pone la memoria como lente sustancial en la tarea del esclarecimiento histórico que proponemos en este informe.

Los capítulos anteriores describieron el escenario de eventos y repertorios de violencia sobre los que en este capítulo interviene el trabajo creativo y humano del recordar y narrar lo vivido frente a graves violaciones de derechos humanos. La exploración del contenido de estas memorias, de sus énfasis narrativos e interpretativos, y del significado que tienen para quienes cuentan sus experiencias, constituye el método mediante el cual nos acercamos a comprender quiénes son las víctimas del conflicto armado en Colombia.<sup>1</sup>

1. Para la elaboración de este capítulo se recopilaron y organizaron el universo de relatos y testimonios recogidos por el GMH para la elaboración de sus informes sobre casos

El capítulo muestra cómo estas memorias se organizan alrededor de tres ejes: 1) *un eje narrativo* que registra el horizonte del dolor y de la crueldad humana desde el que los testigos y sobrevivientes recuerdan *lo que pasó*; 2) *un eje interpretativo* que ubica a la complicidad y el estigma como memorias emblemáticas desde las que las víctimas explican los orígenes y las causas del conflicto armado en su territorio, o sea, el *por qué pasó lo que pasó*; y c) *un eje de sentido* que registra las respuestas y recursos de las personas frente a la violencia armada con sus numerosos actos de protección, solidaridad, rescate, desobediencia y resistencia directa e indirecta.


Esta tarea de reconstrucción de memoria histórica se emprende reconociendo la heterogeneidad de los relatos y de sus significados, que alude a la diversidad de sujetos y grupos que hacen memoria desde experiencias y contextos diferentes. Esto supone rechazar cualquier intento por condensar estas memorias bajo una sola lógica narrativa o marco explicativo, o atribuirles un sentido cerrado, fijo e inmutable. En este sentido, si bien el capítulo ofrece ciertas generalizaciones sobre las memorias emblemáticas, los énfasis narrativos y los sentidos, no los presenta como parte de lo que algunos denominan *memoria colectiva*,

---

emblemáticas de la violencia en Colombia. Los relatos fueron organizados por fichas y temas por caso emblemático y, posteriormente, codificados con base en las preguntas que guían el análisis del capítulo: ¿qué es lo que se recuerda y cuenta sobre lo que pasó?, ¿cómo se recuerda y de qué maneras se interpreta lo que pasó? Partiendo de esta codificación se construyeron unas matrices temáticas y se analizaron las frecuencias, formas narrativas y tipos de relatos por tema. Aclaramos que el ejercicio se concentra en las memorias evocadas en el presente —específicamente entre el 2009 y el 2011— por parte de quienes sufrieron las consecuencias de las violencias o vieron sus derechos vulnerados. No hacemos un ejercicio paralelo de reconstrucción de las memorias de quienes ejercieron o fueron cómplices con estas violencias, ni de los testigos ocasionales o espectadores, una tarea muy importante que aún queda por realizar.





 Las tumbas de los ebanistas desaparecidos, cuyo padre falleció de pena moral. Parque Monumento a las Víctimas, Trujillo, Valle del Cauca.  
Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2010

que se comparte como nación e incluso como región o como comunidad de sufrimiento. No obstante, desde la pluralidad de voces que conforman la memoria histórica, este ejercicio de reconocimiento de las memorias de las víctimas constituye un patrimonio público, cuya impronta en la sociedad colombiana aporta a la consolidación del compromiso con la no repetición.

## 5.1. Las memorias del sufrimiento

*[...] lo clave es que ustedes van a divulgar el dolor que se ha vivido en Trujillo. No vamos a ser olvidados. Ni nuestro dolor ni nuestro esfuerzo de salir adelante.*<sup>2</sup>

La memoria del sufrimiento que la guerra trae a las personas, en sus mundos sociales y entornos naturales, constituye un hilo narrativo que estructura un amplio conjunto de los relatos recopilados por el GMH. Estas son narrativas que registran el horizonte del dolor y de la crueldad humana en la vida de las personas y de las comunidades. Uno de sus sentidos centrales es dar testimonio del sufrimiento y la crueldad a los que las víctimas fueron sometidas debido a conflictos a los que, con frecuencia, se sienten ajenas.

En una primera parte, examinamos los modos en que el sufrimiento se evoca desde historias personales de dolor y perseverancia, y mediante relatos sobre cómo la violencia desestructura los referentes espaciales, sociales, espirituales y naturales que organizaban los mundos de las familias y los grupos sociales. Este registro del dolor es un registro del terror que se implanta simultáneamente sobre cuerpos, sentidos, infraestructura, comunidad y naturaleza. En la segunda parte revisamos aquellos relatos que ponen un énfasis específico en el reconocimiento de los victimarios, lo que hicieron y cómo lo llevaron a cabo. Estas memorias contraponen el reconocimiento de los repertorios de crueldad, con la que los victimarios buscan deshumanizar a las víctimas, a un relato de

la humanidad del victimario, es decir, de sus comportamientos y actuaciones: sus gestos, palabras, actitudes y emociones.

### 5.1.1. Los rostros del sufrimiento

Los testimonios sobre los repertorios de violencia descritos en capítulos anteriores trazan un registro del sufrimiento vivido. Madres, padres, personas mayores, niñas, niños y jóvenes que viven estos eventos y sufren la pérdida y/o desaparición de seres queridos, muchas veces torturados ante sus ojos, los padecen con un sufrimiento profundo y responden de maneras diversas ante el terror.

La lista de las víctimas de la masacre de Trujillo (1987-1994), departamento de Valle del Cauca, incluye a diez personas víctimas que murieron por pena moral debido a la desaparición, tortura y asesinato de sus seres queridos. Todas ellas están reconocidas en el Parque Monumento de Trujillo, que honra la memoria de las víctimas de la masacre, y recordadas en los relatos de los sobrevivientes:

Me tocó ver al papá de los Vargas [dos ebanistas torturados y desaparecidos en 1990] sentado en una banca del parque, en la que queda frente a la Alcaldía. Le preguntaban: “¿Y usted qué hace aquí, sentado todo el día? Mire que va a llover, que está haciendo frío, ya está de noche”. “Estoy esperando a mis hijos, siento que en algún momento van a llegar”. Así murió, de pena moral, y se pasó muchos días, mañana, tarde y noche. Eso destruye al que lo está viviendo como al que lo está escuchando.<sup>3</sup>

El padre de los Vargas llevaba al parque el profundo dolor que sentía para hacer visible su empeño por saber de sus hijos y dar a conocer su determinación de no suspender el duelo o llevárselo a “casa”. Al sentarse frente a la Alcaldía y hacer pública su espera y su sufrimiento, él se convirtió en cuerpo público del dolor. La imagen de este hombre

2. GMH, *Trujillo. Una tragedia que no cesa* (Bogotá: Planeta, 2008), 206.

3. Entrevista de Afavit, GMH, *Trujillo: Una tragedia que no cesa*, 206.

sentado día tras día en el parque quedó en el recuerdo de la comunidad trujillense como testimonio del sufrimiento y de la perseverancia en la espera del retorno de sus hijos vivos.

Las memorias del sufrimiento vivido por ciertas personas como una pena profunda que atormenta su cotidianidad y que se expresa en el cuerpo enfermándolo,<sup>4</sup> ilustran los modos en que los testigos evocan la violencia y construyen una imagen compleja de las víctimas que reconoce sus expresiones emocionales, juicios morales, las huellas físicas en el cuerpo y una manera específica de relacionarse con el mundo.

El desplazamiento forzado y la pérdida de viviendas, animales, modos de vida y territorio se registran también como memorias del dolor, tal como lo evoca una de las hijas de María Antonia Fince. Esta anciana mujer wayuu fue testigo directo de cómo los paramilitares se llevaron a su hija Margoth para asesinarla. María Antonia, como el resto de su comunidad, tuvo que desplazarse a raíz de la masacre del 18 de abril del 2004:

Que estamos aquí viendo a mi mamá, que estamos con sus pollitos y sus gallinas, ella quedó así [...], ya ella no habla [...], ella me decía cuando estaba consciente, el año antepasado, antes de la caída, ella no habló más después de la caída, pero cuando ella caminaba ella me decía: “Qué hacemos en casa ajena [...]” ella misma me decía y eso que ella estaba en la casa de su nieta, pero ella decía: “Esta no es mi casa, ¿dónde están mis pollos?, ¿dónde están mis chivos?, ¿dónde están mis burros?” A mí me da una cosa cada vez que ella decía así, que dónde estaban sus animales, que dónde estaban sus totumitas [vasijas], ella murió hablando de sus chivos y de sus gallinas [...]. Aún así ella a veces hablaba [...], el año pasado les decía a los pelados [niños, muchachos]: “¡Oye, oye! ¡Anda a buscar los chivos, tú eres

muy flojo! ¡Anda a buscarlos!” Recordamos todo lo que era ella, ella ya quedó muda, pero ella ya estaba pendiente de eso; ella quedó muda, pero su pensamiento eran sus animales...<sup>5</sup>

María Antonia encarna la pena y el dolor por la ausencia de sus seres queridos y de las formas de vida que la orientaban. Ella opta por la mudez para cortar los lazos con el nuevo mundo y habitar los recuerdos de su territorio ancestral y de sus animales. Solo retoma la palabra para “regresar” a su territorio, dando órdenes a animales y nietos. Las preguntas que le hace a su hija extienden la cadena del dolor familiar.

En estos relatos encontramos un registro del dolor en el que los rostros del padre de los Vargas y de la abuela María Antonia se transforman en signos poderosos que convocan la memoria emblemática del sufrimiento. Los relatos en ambos casos rescatan la perseverancia de las personas dolientes por reencontrarse con los seres queridos y el territorio, así como su rechazo —mediante la mudez o la negativa de ir a la casa— de la situación en que se encuentran. Las memorias del sufrimiento no son memorias de la pasividad o del resentimiento, sino que también nombran modos de responder a la violencia por parte de las personas en sus reclamos silenciosos o cifrados sobre la inocencia o la injusticia (de la desaparición o el desplazamiento), y en el uso del cuerpo como evidencia del dolor.<sup>6</sup>

Las historias del último adiós hacen también parte importante de estas memorias. La esposa de una de las víctimas de la masacre de Remedios (oriente antioqueño) del 2 de agosto de 1997 reconstruye la noche en la que los paramilitares se llevaron de manera forzada a su esposo:

Esa noche que lo sacaron a él iban por mucha gente [...] Entonces cuando yo desperté, entonces lo llamé, ya él estaba

4. Martha Colorado, “Sufrimiento social y salud de las personas desplazadas y refugiadas”, en *Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Canadá*, ed. Pilar Riaño y Marta Villa (Medellín: Corporación Región, 2008) 419-465, *Poniendo tierra de por medio*, 419-465.

5. Entrevista #5. Maracaibo, junio de 2009. GMH, *La masacre de Bahía Portete. Mujeres Wayuu en la mira* Btá: Semana, 2010, 202.

6. Veena Das, “Trauma y testimonio”, en *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de la dignidad*, ed. F. Ortega (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008), 145-170.



📷 María Antonia Fince, Maracaibo, Venezuela.  
Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, julio del 2009



📷 Bahía Portete, Guajira. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, abril del 2010



despierto también, pero él estaba ahí callado [...] Bueno, entonces preguntaron “que dónde está Carlos Rojo”, él se levantó y le dijeron: “Me hace el favor y se viste y se lleva los papeles”, él no hablaba nada, él era callado. Entonces se vistió y salieron. En la sala de la casa había unos zapatos de los muchachos, le quitaron los cordones y le agarraron las manos. Entonces a mí me dijeron que me recogiera en una pieza de estas con los niños, y cerraron la puerta. Cuando ya fueron a salir con él, entonces uno de los muchachos lo llamó, entonces él lo único que les dijo fue: “Adiós hijos, manéjense bien con su mamá” [...].<sup>7</sup>

El testimonio evoca los instantes en que la vida cambia de manera definitiva para las familias y, con frecuencia, para la comunidad. Con su adiós, el padre anuncia que sabe el destino que le depara y busca resumir en una frase lo que espera de sus hijos en su ausencia. Este registro temporal del cambio lo es también de los actos de violencia; para los familiares, el peso del recuerdo queda con las últimas palabras y actos de sus seres queridos.

Una madre en Trujillo evoca el momento límite en su vida en el que fue testigo de las torturas sufridas por su hijo y narra su despedida:

Nos fuimos para una finca cuando empezó ese carro blanco a recoger a la gente, la Toyota blanca. A mí me duele lo que le hicieron a mis hijos, no tanto la pobreza porque Dios lo ilumina a uno y hay vecinos buenos. Una señora que vivía ahí enseguida me dijo: “Ahí viene el Ejército”. “¡Yo ya no me escondo! ¡Que me lleven!”. Ella me dijo: “¡Mire para atrás!” y vi que llevaban a mi hijo encapuchado, todo tapado. Cuando él me vio me hizo así con la mano [gesto de despedida]. Yo traté de irme detrás, pero me dijeron que no me fuera porque me pateaban. Yo dejé que siguieran. Él venía todo aporreado, andaba como cojo y yo dije: “Mi hijo no anda cojo... Me van a matar a mi muchacho”.

7. Testimonio de mujer adulta. GMH, *Silenciar la democracia, las masacres de Remedios y Segovia, 1982-1997* (Bogotá: Taurus/Semana, 2011), 107.

Me fui para adentro y no me volví a acordar de nada. Ahí fue que yo desperté en el hospital.<sup>8</sup>

La carga traumática de ser testigo de la violencia sufrida en el cuerpo de los hijos y asistir a la partida de los seres queridos ronda a lo largo de los años el recuerdo de padres y madres, de personas vecinas y paisanas. Desde esta misma clave se reconstruye el testimonio de un residente de Vigía del Fuerte en el departamento de Chocó y sus recuerdos de los momentos posteriores a la masacre de Bojayá (2002):

[...] vemos que viene un viejito con un muchacho, un jovencito por ahí de 15 años en una chalupita [bote pequeño]... el viejito lloraba así agachado y el muchacho lloraba y decía: “Los mataron a todos”... El “Pelao” era como si tuviera el cuerpo en la tierra y el alma en otra parte, porque él tenía la mirada perdida como no sé adónde... Ahí fue cuando dijeron que habían tirado una pipeta [cilindro de gas] en la iglesia, y nos cogimos la cabeza y nos pusimos a llorar... entonces empezaron a llegar botecitos con más gente que venía como más despierta, y nos decían que buscáramos la manera de que paren esos combates para sacar a los heridos. La gente de acá se fue a recoger esos heridos, pero al momento otra vez iniciaron con su disparadera, y ya la gente no podía auxiliar a los que aún estaban con vida.<sup>9</sup>

Las memorias del sufrimiento reconstruyen los rostros y los cuerpos doloridos de quienes sobrevivieron, así como el padecimiento de otros frente a los trágicos acontecimientos. A su vez, las memorias remarcan los enormes pero infructuosos esfuerzos de estos testigos por rescatar a los heridos, intentos que se ven obstaculizados por los combatientes, indiferentes a las necesidades de ayuda humanitaria y a las acciones solidarias.

Los familiares de los quince integrantes de la comisión judicial que fue víctima en la masacre de La Rochela (departamento de Santander), el 18

8. Testimonio #17, GMH, *Trujillo*, 222.

9. Testimonio, Taller de memoria histórica, Vigía del Fuerte, 2009. GMH, *Bojayá: la guerra sin límites* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2010), 64.

de enero de 1989, se encontraron hace más de dos décadas alrededor del sufrimiento compartido y en la búsqueda por la verdad. Como lo evocan dos de las viudas, al traer sus dolores individuales y familiares al ámbito público de la lucha por la dignidad y la justicia, ellas y ellos conformaron una comunidad de memoria y dolor itinerante:

[...] construimos una comunidad de memoria viniendo de diferentes lugares del país... [...] Cuando mataron a nuestros esposos, nuestros hijos estaban muy pequeños, no conocieron a sus papás, todas las familias estaban en proceso de construcción, estábamos casi todos recién casados. Esto fue lo que nos llevó a trabajar por la justicia; para que nuestros hijos sepan que no les pueden matar a sus seres queridos y nosotros quedarnos indiferentes. Nosotros estamos luchando por nuestros seres queridos. También estamos luchando para que nuestros hijos sepan, y la sociedad en general, que se debe hacer justicia. Nosotros nos hemos convertido como en una familia.<sup>10</sup>

### 5.1.2. Los horizontes del dolor y el terror

Una mujer testigo de la masacre perpetrada por los paramilitares el 9 de enero de 1999 en El Tigre, Putumayo, recuerda la manera como los cuerpos de varios hombres de su pueblo fueron despojados de sus prendas y dispuestos espacialmente por los victimarios cuando abandonaban el lugar después de cometida la masacre:

A la salida de La Hormiga encontramos siete cuerpos. Todos eran hombres jóvenes. Estaban solo con ropa interior. Eso era muy doloroso porque los paramilitares habían dejado un círculo con los cuerpos en la mitad de la calle. Las cabezas de los muertos estaban hacia dentro del círculo. Todos tenían un disparo en la frente.<sup>11</sup>

10. Intervención, Taller Memorias en diálogo y construcción, Cúcuta, 2011.

11. Relato #3, Taller de memorias, 2010. GMH, *La masacre de El Tigre, Putumayo* (Bogotá: Pro-offset editorial, 2011), 27.

La imbricación narrativa entre cuerpos y espacios locales que documenta este relato comunica el poder de destrucción que tuvieron los paramilitares y el sufrimiento que ocasionan. Sus acciones sobre cuerpos y escenarios sociales provocaron dolores y tristezas difíciles de superar, porque asesinaron a personas vecinas y las dejaron en lugares de alta circulación, valor simbólico e interacción cotidiana. Así lo continúa relatando una testigo de la masacre de El Tigre:

[...] No sabemos cuántas personas más echaron al río, por eso decimos “los que viven en el río”. Es incontable saber cuántas personas viven en este río. Eso nos da mucha tristeza. Nosotros encontramos este puente lleno de sangre, y algunas cosas de los muertos, como chanclas o ropa, estaban tiradas a lo largo del puente.<sup>12</sup>

El río, eje de vida y sustento para la población, se transforma en “hogar” de muertos anónimos y paisaje de tristeza. Esto sucedió de la misma manera en otros lugares del país, donde plazas y lugares de encuentro fueron transformados en escenarios de desolación; los ríos y caudales de agua se convirtieron en cementerios donde fueron arrojados centenares de cuerpos.

El relato inicial de la masacre de El Tigre también documenta una topografía de la muerte: se trata de hombres de mediana edad, dejados en los dos extremos del pueblo en medio de la calle, ubicados en forma de círculo, boca abajo, con la cabeza hacia adentro del círculo, con disparos en la cabeza. La ubicación de los cuerpos de las víctimas en la vía del pueblo manifiesta una gran carga comunicativa por parte de los victimarios, quienes los ubicaron estratégicamente en los dos extremos del pueblo para demarcar su poderío. Las personas sobrevivientes evocan la topografía para enfatizar la crueldad de los victimarios, precisar lo que pasó y reconstruir el entorno familiar del pueblo, que fue transformado en escenario de muerte y desolación. Así como se castiga el cuerpo y se le tortura, los relatos registran el modo en que incluso el territorio del

12. Relato #3, Taller de memorias, 2010. GMH. *El Tigre*, 27.



pueblo es violentado con las atrocidades de los victimarios. Uno de los testigos de la masacre de El Salado, departamento de Bolívar, ocurrida en febrero del año 2000, recuerda la cancha donde ocurrieron la mayoría de torturas, delitos y asesinatos, también desde este énfasis narrativo:

En la cancha nos dijeron “los hombres a un lado y las mujeres a un lado” y nos tiraron boca abajo ahí, de ahí enseguida apartaron a un muchacho, le dijeron “usted se queda aquí con nosotros porque usted se nos escapó de Zambrano, pero de esta no se nos va a escapar”, le decían ellos. A él fue el primero que mataron en la cancha. Le pusieron una bolsa en la cabeza y le mocharon una oreja primero, y después esto se lo pelaron con espino, lo acostaron y le ponían la bolsa en la cabeza, él gritaba que no lo mataran, que no lo mataran, le pegaban por la barriga, patadas, puños, por la cara, toda la cara se la partieron primero, y nos decían “miren para que aprendan, para que vean lo que les va a pasar a ustedes, así que empiencen a hablar”, decían ellos. Entonces nosotros le decíamos “qué vamos a hablar si nosotros no sabemos nada”. Ya después que lo tiraron en la cancha sí lo mataron, le dispararon [...].<sup>13</sup>

El relato muestra la crueldad de los paramilitares y destaca los modos en que las víctimas declaran su inocencia, se rehúsan a hablar e insisten en su desconocimiento de la información que quieren obtener los armados.

Anudado al registro de los mecanismos del terror y las huellas del dolor sobre el entorno inmediato, se encuentra el registro de los momentos de la huida en medio del desconcierto y con su intensa carga de sufrimiento e incertidumbre. Una sobreviviente de la masacre de Dos Quebradas en el municipio de San Carlos (departamento de Antioquia), perpetrada por la guerrilla de las FARC en enero 16 del 2003, evoca esos momentos:

Cuando llegamos al puente ya casi de noche, gracias a mi Dios. En cada curva era una tensión, pensamos que estaba la guerrilla pero fuimos bajando y no nos atajó nadie. Entonces llegamos al puente de aquí de San Carlos, apenas había llegado el Ejército que le tocó venir caminando desde San Rafael, un helicóptero volaba porque era guardián del Ejército, ¡iba custodiándolo! Ahí sí había policías, periodistas, el Ejército, ¡mucha gente! Pero ¿para qué? Ahí yo les supliqué que fueran por esos muertos pero como ya era de noche se fueron hasta el alto Dos Quebradas, no se atrevieron a arrimar donde estaban los muertos, recogieron los del camino, las señoras degolladas y los que encontraban en la carretera. Ahí dispararon como para simular que los habían atacado y se devolvieron, eso lo hizo el mismo Ejército, se devolvieron... y nosotros aquí esperando de noche los muertos, cuando llega otra vez el Ejército sin los muertos, ¡qué desespero el de nosotros!<sup>14</sup>

Así, los relatos evocan los lugares y las personas con el fin de marcar y describir los escenarios y la topografía del terror, y también para contar cómo se transformaron en lugares que contenían el sufrimiento y registraban la desolación: se trata de calles, plazas, canchas, caminos, ruínas, enramadas y ríos que también guardan la historia de lo que “sobre o dentro de ellos” pasó y que se traen al recuerdo para trazar los horizontes del dolor vivido y evocado. A través de este tipo de memoria también se construyen unos reclamos que tienen que ver tanto con las víctimas fatales como con las personas sobrevivientes y su entorno físico.

Al recordar estos lugares se reclama que tales espacios tenían un valor y un significado antes de los eventos violentos que los marcaron. Se reclama, además, la inocencia de las víctimas, mientras se enfatiza en la vulnerabilidad e indefensión en la que se encontraban vivos y muertos. Estos relatos dan testimonio de que los hechos descritos no son mentiras o exageraciones, pues los testigos están ahí para confirmar que sí tuvieron *lugar*.

13. Testimonio #7 de hombre joven, El Salado, año entrevista GMH, *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2009), 47,

14. Testimonio de mujer adulta, San Carlos, 2010. GMH, *San Carlos. Memorias del éxodo en la guerra* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2010), 128.

Las memorias de la desolación se inscriben además en unas temporalidades definidas por los eventos límites que marcan un umbral para quienes los vivieron. Entre los relatos acopiados por el GMH en el 2009 sobre la vida antes de la masacre de Bojayá (2000) y de la reubicación del pueblo, destaca la narración de una mujer sobreviviente que muestra estos cambios en el sentido del tiempo:

Estas son las ruinas [las de Bellavista viejo]... La verdad es que yo después de lo que pasó no me gusta venir acá, es muy duro, es muy triste... hay muchas cosas que uno no las entiende, y como no las entiende pues eso le pega muy duro. Yo en especial siempre me pregunto: ¿por qué a nosotros?, ¿por qué tuvo que pasar lo que pasó? Y todo se va acabando... se han ido perdiendo muchas cosas en nuestra comunidad, las costumbres... como dice uno, su ideología, ya no la hay... Acá éramos de pronto más pobres porque vivíamos en unas casitas de madera, pero teníamos todo lo que queríamos... El río, que es la vida de uno acá, el río para nosotros ahora está muerto... solo lo utilizamos para transportarnos y no para saciar los deseos, como bañarse, pescar, lavar los platos, cepillar la ropa, que uno bajaba y lavaba su ropa y se sentía bien encontrarse con las otras mujeres... [...] No tenemos nada.<sup>15</sup>

El pasado se trae al presente mediante una memoria discursiva que le pone un fin temporal a los ritmos de la vida cotidiana y a la relación humana y productiva que mujeres y hombres mantenían con el medio ambiente. La ruptura temporal sobre la que se construye el relato indica además un quebrantamiento más profundo, que guarda relación con el desequilibrio que los actos de la guerra generan sobre la íntima relación que ellas mantenían con el río en cuanto eje simbólico y natural. El pasado se localiza así en un paisaje donde se ancla la relación de estos pobladores con su entorno, mientras que el presente es caracterizado por la ausencia de estos elementos estructuradores y emplazadores de sus vidas.

15. Entrevista a mujer adulta, habitante de Bellavista, 2009. GMH, *Bojayá*, 109.

La violencia se representa, en algunos casos, no simplemente como un asunto del pasado o de eventos límites como las masacres o el desplazamiento forzado, sino como una entidad “viva” e incontrolable a través del tiempo, dado su efecto devastador sobre sus vidas. Los versos que escribe una testigo de la masacre de Bojayá, quien participó en los procesos de recuperación de memoria, lo ilustran:

Lo que pasó en Bellavista el día 2 de mayo / fue una cosa inolvidable, / para guardarlo en la memoria, / Sin omitir detalles. // La guerra que estamos viviendo, / no escoge grande ni pequeño, / destruye nuestros pueblos, / y acaba con nuestros sueños.<sup>16</sup>

### 5.1.3 Los rostros y las acciones de los actores armados

Los relatos de víctimas y testigos sobre sus encuentros con los actores armados puntualizan sus impresiones sobre el perfil humano de estos últimos, describiendo su fisonomía y facciones particulares, pero en momentos de terror son percibidos como seres alterados y desfigurados. Un profesor del municipio de San Carlos evoca:

[...] cuando subí la subida de la viejita, al llegar a la esquina estaba a los dos lados lleno... paramilitares. A mí ahí mismo me detuvieron, lo que me impresionó mucho fue ver los rostros, o sea, yo no había visto rostros tan impresionantes antes, no sé por qué pero yo no había visto rostros tan impresionantes, ó sea caras tan... O sea, aunque había unos jovencitos [...] ¿Impresionantes...? Se veían como desfigurados, sería el miedo mío, pero yo los veía como monstruos, muy extraño [...].<sup>17</sup>

16. Versos, diario de campo #2, gestora local de memoria. Bellavista, 2009. GMH, *Bojayá*, 282.

17. Testimonio de profesor de San Carlos, Taller de memoria, 2010.



 Municipio de El Peñol, Antioquia. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, 1997

La extrañeza del profesor resulta —como él mismo anota— del miedo y también de un sentimiento de anticipación sobre la capacidad para la maldad de quienes, a la vez, reconoce como “unos jovencitos”. El profesor expresa de esta manera sus sentimientos ambiguos al reconocer al joven, al ser humano, en estos hombres en armas. Este testimonio nos introduce a otro conjunto de relatos en el que víctimas y testigos reconocen o se encuentran con los actores armados e interrogan sus percepciones y valoraciones. Como veremos, en las descripciones sobre las acciones y comportamientos de estos hombres y mujeres se entreteje una suerte de juicio moral sobre la calidad humana de quienes fueron responsables directos de los hechos de violencia.

Los relatos sobre estos hombres y mujeres que ejecutan los actos de violencia contra la población civil varían de acuerdo a la región del país o al régimen armado impuesto por las guerrillas, los paramilitares o los miembros de las Fuerzas Militares, según la historia política y organizativa local. Sin embargo, las narrativas de las personas residentes y/o víctimas sobre los actores armados presentan algunos énfasis narrativos comunes que giran alrededor de la manera como relatores y relatoras reconocen los rasgos físicos, palabras y comportamientos de los agentes armados, para luego darles rostro y voz, y, paso seguido, dar cuenta de que fueron hombres (y en algunas ocasiones mujeres) con semblantes, emociones y cierto accionar quienes cometieron actos atroces.

En un entorno como la Comuna 13 de la ciudad de Medellín —cuyos habitantes han vivido la presencia agobiante de las milicias (presencia urbana de guerrillas), paramilitares y miembros de las Fuerzas Militares, así como la vigilancia y el control sobre su vida diaria y sus movimientos—, los encuentros con agentes armados resultan frecuentes:

[...] por qué se metieron a guardar ese armamento allá, por qué se metió ese Ejército allá, la Fiscalía allá. En ese momento que estaba la Fiscalía allí todo el mundo sabía que ellos [las milicias] estaban ahí, ¿por qué?... Incluso le decían [a mi esposa] “déjenos meter al baño”, con fusiles colgados aquí atrás, “déjenos meter al baño”[...] Si ellos estaban nerviosos, cómo



estaríamos nosotros... Y cuando se fueron yo ya esperaba el golpe, que ya venían pues, que en cualquier momento ya venían esos animales aquí.<sup>18</sup>

En este testimonio se recuerda con precisión las palabras dichas, pero además se valora el estado emocional de los milicianos y de ese modo los humaniza: tanto los milicianos como su familia se encontraban nerviosos. Finaliza con una clara apreciación de las repercusiones que traerá el resultado de la coacción (haber dado refugio a los milicianos), para lo cual el relator nombra a los que vendrán como “animales”, valorando así su comportamiento irracional.

En Segovia, departamento de Antioquia, las personas recuerdan las incursiones y también a quienes eran los informantes: “unos tipos vestidos de civil y otros de verde, algunos enmascarados, las máscaras eran negras, otros iban encapuchados, con pelucas [...] iban matando unos en los carros y otros a pie”.<sup>19</sup> Un testigo de la masacre de Segovia narra:

Yo iba para la calle La Reina, cuando llegué a una esquina yo vi que pasó por ahí un carro pequeño, como amarillo clarito, pasó el carro y de los que iban a pie yo reconocí a tres... ellos eran de aquí de Segovia, pero hace mucho que se fueron, uno se llama Mario, que vivía en Montañita y era trabajador de minas, otro Marcos, que tiene como una cicatriz en la cara al lado izquierdo, también vivía en Montañita y también trabajaba en minas, y el otro es Otoniel, es un señor que tenía negocios aquí, tenía en el barrio Coco Hondo, vendía ahí carne y tenía como una tienda [...] ellos iban disparando, ellos venían hacia el centro [...] a Marcos y a Mario sé qué les decían los “Yeyos” o los “Pecas”, y a Otoniel “Carnicero”. En esta masacre estuvo un ex-agente de la policía que le dicen “Copartidario”, “Cuasi” o “King-Kong”, es

de apellido Monsalve, estuvo trabajando aquí de policía bastante tiempo y estuvo también en Remedios. También un ex-agente carabinero de apellido Marín, que era mala clase.<sup>20</sup>

A través del reconocimiento de tres participantes en la masacre, el relator aporta un testimonio riguroso sobre quiénes fueron los responsables directos de la masacre. La atención a detalles como la ubicación exacta de la cicatriz en la cara de uno de ellos y la ocupación de otro aporta un inventario de evidencias sobre la identidad de los victimarios. Además, el relator registra la conducta reproachable del carabinero Marín y lo caracteriza como hombre “que era mala clase”. En esos momentos del testimonio, quien relata encuadra su narrativa dentro de un juicio moral sobre la integridad y la capacidad de hacer el mal de los agentes que las ejecutan.

Por otro lado, las narrativas reconstruyen conversaciones por medios comunicativos como los radioteléfonos, en las que un guerrillero o un paramilitar reciben la orden de “parar una masacre”, son amonestados por sus superiores e, incluso, registran su propia conmoción cuando se enteran de la magnitud de la tragedia causada. Con ello no solo se recuerda la “vileza” de los armados, sino también el sinsentido y la crueldad que rodean el hecho concreto:

[...] como a las cuatro de la tarde, ellos llamaron “jefe, llevamos 48, ¿seguimos o paramos?”. El jefe, porque se oyó claritico por el radio ese o por el teléfono, le dijo: “Ya no sigan más porque ustedes han matado mucha gente inocente ahí, no sigan”.<sup>21</sup>

Mientras se traía al personal, estaban los subversivos con sus armas revisando las embarcaciones que venían, a ver quién había que fuera enemigo de ellos para rematarlo. Entonces vinimos y le dijimos al comandante de la guerrilla: “¿Sabe qué, hermano? Tiraron una pipeta en la iglesia y mataron a un poco de gente.

18. Entrevista colectiva, testimonio de hombre adulto, 2010. GMH, *La huella invisible de la guerra. Desplazamiento forzado en la Comuna 13* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2011), 122.

19. Expediente Penal 7583 de 1988, cuaderno original #1, ff. 321–322v. GMH, *Silenciar la democracia: las masacres de Segovia y Remedios*, 62.

20. Expediente Penal 7583 de 1988, cuaderno original #3, ff. 78–80. GMH, *Remedios y Segovia*, 60.

21. Testimonio hombre, adulto mayor. GMH, *El Salado*, 114.

Dígales a sus hombres que paren el combate para sacar los heridos.” Entonces él dijo: “¿Cómo así...? No puede ser!”, y se puso a llorar... Entonces llamó y pararon esa vaina [...].<sup>22</sup>

Estos dos relatos muestran formas contrastantes de las lógicas y emociones en que transitan los agentes armados: mientras unos paran porque los números son altos, en el otro caso nos encontramos con el reconocimiento de la tragedia causada. Los testigos y sobrevivientes observan las emociones y apreciaciones de quienes, sumidos en la confrontación, se dan cuenta del horror causado. Esto permite entender cómo su ejercicio memorativo no transforma a quienes participan en los actos de violencia en seres anónimos o estereotipados, sino que califica sus diferencias y los modos en que estos hombres fueron vistos en momentos críticos. Los relatos registrados no deshumanizan a quienes ejercen la violencia armada; por el contrario, los representan en su condición humana, con sus debilidades y capacidad de hacer el mal.

Las historias relatadas al GMH por las mujeres del corregimiento de El Placer, en el sur del país (departamento del Putumayo) —cuyos habitantes han sufrido diferentes regímenes armados de la guerrilla y los paramilitares—, están llenas de calificativos sobre el carácter “sanguinario”, “corrompido”, “bravo”, “caníbal”, “malo” y “terrorífico”<sup>23</sup> de los agentes de la guerra. Así lo evocan dos de los relatos:

Ellos eran las personas más corrompidas [...]. Al principio eran unos comandantes malísimos, yo creo que ni mamá tenían. Había uno que le decían el J. J., ellos ya no viven, a unos los mataron los mismos compañeros.<sup>24</sup>

Los primeros comandantes fueron los más sangrientos [...] eran como caníbales, como demonios.<sup>25</sup>

22. Testimonio, Taller de memoria histórica, Vigía del Fuerte, 2009. GMH, *Bojayá*, 64.

23. Véase GMH, *El Placer. Mujeres, coca y guerra en el bajo Putumayo* (Bogotá: Taurus/Semana, 2012), 112.

24. Entrevista #4 a mujer adulta, El Placer, 2011. GMH, *El Placer*, 112-113.

25. Entrevista #29 a mujer adulta, El Placer, 2011. GMH, *El Placer*, 112.

El carácter infame de los actores armados lo registra la primera mujer al evaluar el comportamiento corrupto de estos hombres y considerar que su maldad puede solo comprenderse por la ruptura de todo lazo filial y responsabilidades morales con el mundo: “ni mamá tendrían”, sentencia ella. El reconocimiento de la otra mujer de los diversos matices y niveles de maldad entre victimarios la lleva a caracterizar grados de maldad y a señalar a aquellos que considera con mayor capacidad de ejercer la violencia sanguinaria como demonios o caníbales, es decir, que llegan a extremos de una maldad simbolizada en “el demonio”.

Un grupo de relatos de habitantes de El Salado, Bolívar, recopilados en el 2009 por el GMH, aportan otra clave sobre el sentido de estos relatos como mecanismo mediante el cual se evalúa el carácter de los paramilitares partícipes de la masacre:

Aquí habían mandado unas tamboras, acordeón, aquí había un grupo de gaita, habían mandado los instrumentos para que los pelados fueran comenzando a practicar, todo eso se apoderaron ellos. Esta cancha, ahí era cuanto muerto mataban, tocaban, tocaban tambora, tocaban acordeón y todo, si cargaban grabadoras, porque en las casas habían buenas grabadoras y hasta cogían las grabadoras, y todo eso ponían la música [...] Cuando eso mataban, ellos tocaban, eso era una fiesta para ellos. Eso para ellos era una fiesta.<sup>26</sup>

Sacaron unos tambores de la Casa del Pueblo, cantaban después de matar... se les veía el placer de matar.<sup>27</sup>

El juicio sobre los paramilitares que perpetraron la masacre es expresado por las personas sobrevivientes a través de un lenguaje que los caracteriza como seres poseídos por una “sed” de matar y un “placer” por la violencia que alcanza límites inimaginables, lo que se manifiesta en festejar con tamboras luego de matar, mientras bebían alcohol de las tiendas.

26. Testimonio #2 de dos mujeres, adulta y joven. GMH, *El Salado*, 48.

27. Testimonio #27 de hombre joven. GMH, *El Salado*, 48.

Estas formas de ejercer la violencia impactan también en sus decisiones e interacciones con las y los pobladores, como se evidencia en las memorias de las víctimas sobre las listas de la muerte. Los recuerdos de las listas que llevaban los paramilitares, la guerrilla o el Ejército enfatizan la arbitrariedad de sus procedimientos. En los relatos de las víctimas, los armados ejecutaban a las personas inscritas en las listas pese a las súplicas de las personas detenidas o de los pobladores que trataban de persuadirlos sobre la inocencia de las víctimas: “no pueden quedar heridos, no pueden quedar convalécientes”, “todos se mueren”.<sup>28</sup> En ellos también se narran las agresiones y humillaciones que de manera indiscriminada hacían los actores armados, como lo relata un testigo de las acciones de violencia ejecutadas por Rodrigo Mercado Pelufo alias *Cadena*, comandante del Bloque Héroes de Montes de María, en un billar en Rincón del Mar (cerca de San Onofre, departamento de Sucre):

Lo del billar fue que una mañana llegó “Cadena” [paramilitar Rodrigo Mercado Pelufo] en un montero Mitsubishi rojo y traía unos hombres anotados en una hoja. Trajo a una gente para que le dijeran dónde vivían. Pero a “Cadena” le dio mucha rabia que yo no le ayudara y cachetió a dos personas. Me patió, nos tiró al piso, porque: “¡Hijueputa! ¡Cómo es que no van a saber!, ¡ahora los voy a matar hijueputas, malparidos negros!” Entonces nos llevó a todos a la parte de la pared de atrás y nos puso en fila y les dio cachetadas en la cara a los que decían “Dios mío”, o algo así. Le puso el fusil a un muchacho y lo amenazó, y luego le disparó unos centímetros arriba de la cabeza [...] hizo varios disparos iguales. Volteaban los muchachos contra la pared, disparaban como si los fueran a fusilar, luego se fueron, se embarcaron en sus camionetas, pero nadie les ayudó con los nombres de la lista esa. Luego se les avisó para que se volaran [se fueran].<sup>29</sup>

28. Entrevista a funcionario judicial en San Onofre, Sucre, 2010.

29. Entrevista #33 a hombre adulto, Sucre, 2010. GMH, *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2011), 124.

Este relato registra con detalle las ofensas verbales y físicas que revelan las conductas racistas de alias *Cadena* y el orden armado que impuso en Montes de María (departamentos de Sucre y Bolívar). Ofrece un retrato del comportamiento caprichoso, irracional y racista con el que este jefe paramilitar implantó un régimen de terror en esta región de Colombia.

En estos relatos sobre los agentes que ejercen la violencia encontramos un eje de sentido que gira en torno a una memoria de la crueldad, aquella que al narrar con precisión los actos, gestos, comportamientos y palabras de los victimarios los califica y significa desde su brutalidad y ferocidad, desde el sinsentido con el que actúan y que lleva a ubicarlos entre la irracionalidad y la bestialidad. Enfatizamos que el ejercicio de sentido en estos relatos no es el de deshumanizar a los actores armados, sino por el contrario, el de observar su naturaleza humana para dar cuenta del ejercicio de la maldad, es decir, para ejercer un juicio moral sobre su comportamiento. Los guerrilleros, paramilitares, milicianos y miembros de las Fuerzas Militares tienen para las víctimas un rostro definido y por ello se juzgan desde una clave de responsabilidad humana.

Las memorias tanto de la crueldad de quienes perpetraron la violencia y de las acciones de terror hacen parte del registro de los recuerdos del sufrimiento porque aportan un reconocimiento de los impactos humanos de los repertorios de violencia, así como de las percepciones y valoraciones de las víctimas y testigos sobre los hechos y aquellos que ejecutaron dichas acciones.

## 5.2. Los reclamos e interpretaciones desde las memorias

Este apartado introduce un grupo de narrativas que revela verdades fundamentales sobre el pasado para quienes relatan las memorias. Incluye relatos que explican cuáles fueron las causas y quiénes los responsables de la victimización de la población civil en Colombia. Estas son memorias que sitúan los orígenes de la violencia vivida y de los repertorios de terror sufridos en: a) las colaboraciones y alianzas de una amplia red



de personas, políticos, funcionarios y miembros de la fuerza pública, que favorecieron o ejecutaron la victimización sufrida, y b) el estigma de la pertenencia a la guerrilla o las filiaciones a milicias imputadas a comunidades y víctimas. El reclamo persistente que articula estas memorias es que las complicidades, estigmatizaciones y continuidad de la violencia fueron o continúan siendo posibles por el abandono en que viven las personas en los territorios y por la impunidad que prevalece, lo que impide a las víctimas la realización del derecho a la justicia y la verdad.

### 5.2.1. Memorias de las colaboraciones y el abandono

La memoria emblemática que aparece en la totalidad de los casos documentados por el GMH es la de la complicidad de un amplio grupo de actores con los hechos de violencia o el régimen de control armado impuesto sobre la población civil y el territorio. Esta memoria es emblemática porque ofrece un eje interpretativo que captura lo que para un grupo de personas constituye “una verdad esencial acerca de la [su] experiencia”<sup>30</sup>. Las memorias de las víctimas y testigos evocan un universo gris y diferenciado de colaboraciones y responsabilidades en el día a día de la guerra: alianzas de carácter político o militar, participación directa y material en los hechos, apoyo económico o político, instigación, encubrimientos estratégicos, consentimientos pasivos, ayudas bajo coerción o miedo, observadores pasivos e indiferencia.<sup>31</sup> La complicidad

30. Steve Stern, *Remembering Pinochet's Chile* (Los Ángeles: Universidad de California, 2005), 113.

31. De la misma manera la literatura sobre justicia transicional elabora sobre los distintos grados y formas de complicidad y maldad que tienen lugar en el contexto de un conflicto armado o de atrocidad masiva, identifica las diferencias y grados de responsabilidad diferenciada entre acciones de cooperación o colaboración directa y las acciones de connivencia o aceptación pasiva. Brownyn Leebaw, basada en el trabajo de Primo Levi, se refiere a estas formas de complicidad como la zona gris, “un espacio entre víctimas y victimarios, poblado con ‘personas grises, ambíguas’ que existen en cada sociedad, pero que pueden llegar a constituirse en ‘vectores e instrumentos’ de un sistema criminal”. Brownyn Leebaw, *Judging State-Sponsored Violence, Imagining Political Change* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), 3. Véase: Chiara Lepora & Robert Goodin, “Grading Complicity in Rwandan Refugee Camps”, *Journal of Applied Philosophy* 28 (2011): 259-276.

en la memoria de las víctimas cubre, de esta manera, un espectro de acciones con grados de responsabilidad diferenciada que incluye actos de colaboración directa y material, y también de apoyos indirectos y de los que tienen lugar bajo coerción. Algunas de estas complicidades han sido corroboradas a través de sentencias judiciales a nivel interno y a nivel internacional, así como cuando se ha declarado al Estado colombiano responsable internacionalmente mediante sentencias de la Corte Interamericana de Derechos Humanos – CIDH.<sup>32</sup>

En los casos documentados por el GMH la memoria emblemática de la complicidad tiene dos grandes matices y diferenciaciones. De una parte, está la memoria que reconstruye las acciones de agentes estatales y la responsabilidad de instituciones del Estado como el Ejército y la Policía en los hechos de victimización contra comunidades, organizaciones y líderes. Esta memoria narra con detalle quiénes hacen la guerra y cuáles fueron sus roles para mostrar las responsabilidades de los agentes estatales y de políticos, funcionarios o financiadores. De otra parte, está la memoria que registra las complejas redes y modos internos de colaboración por parte de vecindades, familiares e integrantes de la comunidad. Si bien esta memoria señala responsabilidades y modos de participación, a la vez sugiere los desafíos éticos y humanos que la guerra, la presencia de agentes armados y las complejas redes de colaboración les presentan a los residentes de pueblos, barrios y veredas. Los relatos, en su mayoría, no hacen una discriminación categórica de los actores y sus grados de responsabilidad, pero sí emiten juicios claros sobre la gravedad de sus

32. Entre los fallos de la Corte Interamericana de Derechos Humanos que han condenado al Estado colombiano por hechos ocurridos en el marco de este tipo de alianzas, vale la pena resaltar los siguientes: 1) caso de la masacre de Mapiripán Vs. Colombia. Fondo, reparaciones y costas. Sentencia del 15 de septiembre del 2005. 2) Caso 19 comerciantes Vs. Colombia. Fondo, reparaciones y costas. Sentencia del 5 de julio del 2004. 3) Caso de la masacre de Pueblo Bello Vs. Colombia. Fondo, reparaciones y costas. Sentencia del 31 de enero de 2006. 4) Caso de la masacre de la Rochela Vs. Colombia. Fondo, reparaciones y costas. Sentencia del 11 de mayo del 2007. 5) Caso Manuel Cepeda Vargas Vs. Colombia. Fondo, reparaciones y costas. Sentencia del 26 del mayo del 2010. 6) Caso de las masacres de Ituango Vs. Colombia. Excepciones preliminares, fondo, reparaciones y costas. Sentencia del 1 de julio del 2006.

acciones y la responsabilidad variable de acuerdo a quienes las cometen: militares, civiles, poderosos políticos locales o personas vecinas que fueron forzadas a colaborar.

### 5.2.1.1 Los agentes estatales

Había una complicidad de los militares. Indiscutiblemente. Porque es que ellos, matar a la gente como la mataron [...]. Tenía que haber complicidad para que absolutamente nadie estuviera, fuera de los civiles, observando lo que pasaba [...]. El recorrido lo hicieron a pie [...]. Y ahí es donde... o sea, cómo la Policía se pierde completamente. La complicidad... el comando de Policía, por la parte posterior donde ellos tenían que bajar con la gente que cogían, tiene sus huecos que utilizan los policías para observar quién anda por el parque [...]. Ese recorrido que ellos hicieron cuando la masacre, yo no sé cuántas horas pudo haber durado. Porque ellos andaban como Pedro por su casa.<sup>33</sup>

Este testimonio de una mujer sobreviviente de la masacre del 2 de agosto de 1997 en Remedios, Antioquia, ilustra lo que para ella y otras víctimas de la región arroja la verdad sobre la connivencia del Ejército y la Policía respecto a los hechos relacionados con la masacre del 97. En la memoria de las víctimas, una de las señas de estas colaboraciones es la ausencia del Ejército y la Policía, que “se pierde completamente” de las calles del pueblo la noche en que ocurre. De la misma manera, el recuerdo de un sobreviviente de la masacre de Segovia perpetrada por paramilitares el 11 de noviembre de 1988 denota la inexplicable ausencia del Ejército de los espacios públicos:

Todos los agentes y soldados estaban en el comando y en el cuartel, y esto lo sé porque ellos siempre se ven en la calle, lo mismo policías que soldados. El Ejército nunca abandona a

Segovia por la noche. Y esa noche no había nadie, ni policías ni soldados. Yo llegué de Zaragoza a las 2:00 de la tarde y yo no vi Ejército en el pueblo, ni policías andando en la calle.<sup>34</sup>

Para estos testigos, las colaboraciones se materializan en ausencia e inacción, y también en el abandono en que quedan los residentes de Remedios y de Segovia. La veracidad de esta interpretación la construyen los relatores alrededor de una serie de indicios, de los que pueden dar testimonio directo, sobre la tolerancia e inacción de las Fuerzas Armadas. Uno de ellos es, en el caso de la masacre de Segovia, que los eventos ocurren muy cerca de las instalaciones de la Policía y del cuartel, “a menos de cien metros”, y que los agentes “no hicieron nada para impedir esto”,<sup>35</sup> como lo reclama otro testigo de la masacre de Segovia. La larga duración que tuvo el recorrido de los victimarios durante la masacre es el otro indicio que prueba a testigos y sobrevivientes que a quienes se protegía era a los victimarios, que se movilizaban “como Pedro por su casa”.<sup>36</sup>

Los relatos sobre las complicidades dan testimonio de los modos directos e indirectos en que establecen relaciones de colaboración entre agentes estatales y grupos armados ilegales, y dan cuenta de las múltiples formas de abandono y riesgo a los que se somete a la población. Estos testimonios señalan la gravedad del comportamiento de los miembros de las Fuerzas Armadas y hacen además un reclamo más amplio, apoyados en la obviedad de los hechos, sobre la negligencia del Estado durante los momentos en que fueron victimizados. Así mismo, manifiestan la desconfianza que producen estas acciones hacia funcionarios e instituciones

34. Expediente Penal 7583 de 1988, cuaderno original #3, ff. 364–366. GMH, *Remedios y Segovia*, 74.

35. Véase: Expediente Penal 7583 de 1988, cuaderno original #3, ff. 35–36. GMH, *Remedios y Segovia*, 74.

36. En este caso, la complicidad cercana y la evidente aquiescencia de las autoridades con los criminales fue objeto de fallos judiciales. Véanse al respecto las sentencias proferidas por el Juez Regional de Bogotá, que falló en primera instancia (31 de marzo de 1998), el Tribunal Nacional (20 de abril de 1999) y la Sala Penal de la Corte Suprema de Justicia (25 de octubre de 2001).

33. Testimonio. de mujer adulta. GMH, *Remedios y Segovia*, 110.

estatales como resultado de dicho abandono. La recurrente mención a la ausencia de fuerzas de choque resalta en quienes recuerdan las razones por las que estas no intervinieron en las detenciones y muerte de sus familiares y personas paisanas, vecinas y conocidas, y pone de presente la asimetría de fuerzas y el abandono en que quedaron, así como la impunidad en que con frecuencia han quedado dichas acciones. Hombres y mujeres sobrevivientes de la masacre de El Salado anotan:

Ellos decían “no salga nadie para el monte porque nosotros no respondemos”, así decían; la misma Infantería de Marina decía “no salgan para el monte porque no respondemos, porque esa gente está por aquí cerquita”, y la gente les decía “pero si están cerquita por qué no los van a buscar”.<sup>37</sup>

La veracidad de las declaraciones sobre las alianzas de los agentes estatales en los hechos de violencia perpetrados contra civiles es construida en torno a que ellos y muchos otros (“todos”, como insiste otro testigo de la masacre de Remedios) fueron testigos de los recorridos de la muerte:

Ese recorrido lo hicieron desde las 12:30 de la noche, por todo el municipio, pasaron por detrás del comando de la Policía, bajaron con una señora amarrada y después subieron con tres. [...] Es que a esa hora la gente todavía no estaba acostada. Entonces, todo el mundo murmuraba: “Mira, ¡y están uniformados!”, “Ve, voltearon por tal parte, subieron por fulano y por perano”, “Ve subieron para Monteblanco, sacaron al profesor”; “Ve, sacaron a Carlos Rojo” [...] todo el mundo vio todo [...].<sup>38</sup>

Los testimonios sobre las relaciones de colaboración e, incluso, de convivencia entre agentes estatales y grupos armados ilegales se registran en la totalidad de los casos documentados por el GMH. Este amplio archivo testimonial documenta, desde la perspectiva de los testigos y sobrevivientes, modos de actuar de miembros del Ejército y la Policía que dejaron

abandonados a los residentes civiles a pesar de que se encontraban en el lugar de los hechos. Un residente de San Carlos en el oriente antioqueño denuncia esta forma de complicidad como “alianza” y mediante observaciones precisas sobre la ubicación de los lugares de operación de los paramilitares sustenta la veracidad de su relato:

¿Cómo se explica uno, por ejemplo, que aquí, en pleno parque, a media cuadrada del comando, tengan una base los paramilitares donde tienen gente retenida, gente torturando, donde le mocha la cabeza a una persona y juegan fútbol con ella, donde a la otra media cuadrada se toman un hotel que ahora es sede del CARE [Centro de Acercamiento para la Reconciliación] y es una sede que está conectada así directamente? Pues esas son cosas que uno, negarlas, es llamarnos a engaños y tapar lo que no se puede tapar, entonces se da esa alianza y viene una arremetida muy grande.<sup>39</sup>

Además de las alianzas que muestran estos testimonios en relación con la inacción y tolerancia de los agentes estatales, su participación directa en la victimización y ejecución de masacres o desapariciones forzadas aparece en los relatos como otra forma más grave de complicidad, porque indica el involucramiento, como eventuales autores materiales y/o intelectuales, de algunos agentes del Estado en la victimización de la población civil y en los delitos atroces cometidos. Dos indígenas wayuu testigos de la masacre de Bahía Portete (departamento de La Guajira) manifiestan:

Los que sacaron a Margoth de su casa estaban vestidos con el mismo uniforme que los militares. Nosotros como comunidad, sea lo que vieron, no es por los uniformes que digamos que eran militares sino porque llegaron a la base militar del Cerro de la Teta y dejaron a las personas allá. La gente uniformada no masacraron, sacaron a las personas del brazo y se las entregaron a los paramilitares. El camino del carro es una trocha que tienen

37. Testimonio #1 de tres hombres adultos y dos mujeres adultas. GMH, *El salado*, 117.

38. GMH, *Remedios y Segovia*, 108.

39. Testimonio de hombre adulto, San Carlos, 2010. GMH, *San Carlos*, 87.



que dar vuelta, mientras que el wayuu en su bicicleta va acortando camino y sabe para dónde va, conocen su camino, están acostumbrados a veranear con sus animales y saben cuál es el camino más corto para llegar en bicicleta y así siguieron al carro.<sup>40</sup>

Me quedé y escuchaba tiros en la playa. ¡Viví una cosa tan horrible! [...]. Vimos pasar una camioneta blanca, iba un hombre gordo como moreno vestido de soldado y bajaron para la salina. No nos vieron, cogimos para donde vivía mi mamá [...]. Vimos las huellas de los zapatos que nos daba miedo hasta verlas [...]<sup>41</sup>

Estos testimonios relacionan a miembros del Ejército con la masacre del 18 de abril del 2004 en Bahía Portete. Quienes relatan apoyan su interpretación en dos indicios. Por un lado, se destacan los uniformes que portaban y, por otro, surge la observación sobre adónde se dirigen cuando terminan su recorrido: al Cerro de la Teta, donde se encuentra la base militar.

Los residentes de El Salado encuentran otro indicio relacionado con la participación directa de miembros del Ejército en los actos de terror en la presencia de un helicóptero durante la masacre y las funciones que cumplió:

“[...] prueba tenemos nosotros de que fue parte del gobierno quien hizo esto, ¿por qué? Porque quien tiene un avión fantasma es el gobierno, no son los paramilitares”, me dice “¿por qué dice eso?”, “porque el avión fantasma estaba respaldando los que estaban aquí, no a la población, respaldaban a los que estaban haciendo la masacre”.<sup>42</sup>

(Ver imagen, Mapa el Salado, en la página siguiente).

Además de la participación de agentes estatales durante los eventos trágicos, en los testimonios referidos se registra la participación de miembros

del Ejército en momentos previos a través de acciones de amedrentamiento, amenazas o exigencias de colaboración a la población civil. También después de los eventos trágicos, mediante los intentos por denunciar, buscar a los desaparecidos o recuperar los cuerpos de quienes han sido asesinados. Esta extensión en el tiempo de las alianzas establecidas se relata en testimonios sobre el ultimátum y amenazas que militares y paramilitares hicieron a campesinos del corregimiento La India en Santander, en 1987, año en el que la presencia paramilitar en la región se hizo evidente:

[...] reúnen a la población del corregimiento de La India para decirles que: “se unen a nosotros, se van con la guerrilla o se van de la región o se mueren”.<sup>43</sup>

El mismo Ejército, según la historia que yo conozco, prácticamente le coloca a la gente o irse con la guerrilla o meterse a los paras o quedarse y asumir las consecuencias.<sup>44</sup>

Enfatizando también sobre la complicidad que se extiende más allá de la masacre, los relatos de sobrevivientes, jueces y familiares de los operadores judiciales que fueron masacrados en La Rochela denotan advertencias y clara obstaculización de integrantes del Ejército a la labor de jueces y familiares para rescatar los cuerpos y adelantar las investigaciones sobre la masacre:<sup>45</sup>

El Ejército no solo no había apoyado la labor de rescate de los cuerpos de las personas... sino que impedía que llegaran los demás jueces a realizar su labor investigativa...no hay derecho.<sup>46</sup>

43. GMH, *El orden desarmado. La resistencia de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC)* (Bogotá: Taurus/Semana2011), 306.

44. Entrevista a campesino, La India, 2010. GMH, *Informe ATCC*, 306.

45. Estos hechos fueron reconocidos en la sentencia de la Corte Interamericana contra Colombia. Véase: Caso de la Masacre de La Rochela Vs. Colombia. Fondo, Reparaciones y Costas. Sentencia de 11 de mayo del 2007.

46. Entrevista a Gerardo Delgado, San Gil, 2009. GMH, *La Rochela. Memorias de un crimen contra la justicia* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2010), 95.

40. Declaración Expediente Penal, Radicado 1941. GMH, *Bahía Portete*, 152-153.

41. Declaración Expediente Penal, Radicado: 1941. GMH, *Bahía Portete*, 60.

42. Testimonio #1 de tres hombres adultos y dos mujeres adultas. GMH, *El Salado*, 117-118.



 Mapa El Salado, taller de memoria en Cartagena. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2009

Yo me comuniqué con un compañero que estaba en Barrancabermeja, llamado José Cuesta y me comentó que inmediatamente los compañeros del Cuerpo Técnico de Policía Judicial de Barranca tuvieron conocimiento de los hechos, fueron a hablar con el Comandante del Ejército Farouk Yanine Díaz para que les prestara colaboración para sacar los muertos, y que la respuesta de este oficial del Ejército fue que “ojalá hubiesen matado a esos chulos [ave rapaz, zopilote] hijueputas”, refiriéndose a mi hermano y los compañeros de la Comisión. Finalmente no les quiso colaborar para que ellos se pudieran desplazar al sitio de los hechos.<sup>47</sup>

En Bojayá, los actos de pillaje y robo a las viviendas de sus habitantes por parte de miembros del Ejército aportan a los residentes otro elemento de las formas de complicidad:

Las cosas de uno, ellos se las colocaron para salir a escudarse... Incluso se pusieron unos pantalones míos. Se colocaron ropa, sandalias... La ropa del vecino la encontré en mi casa... Encontré también un poco de maltas, cervezas, latas de leche, ollas y vasijas que no eran de nosotros... todo lo que no quisieron utilizar lo dejaron ahí en mi casa. La tienda comunitaria también fue saqueada... A mi papá también se le llevaron todo... le cogieron hasta un marrano, lo mataron ahí mismo en la casa y allí se lo comieron. Todas esas cosas las hizo el Ejército, no era apenas los grupos al margen de la ley... mientras unos corríamos, los otros robaban [...].<sup>48</sup>

En conclusión, la memoria de la complicidad asocia las colaboraciones entre actores armados con la victimización de la población civil y pone de presente un reclamo contundente sobre el abandono en que la dejan quienes tienen el deber de proteger, así como sobre el silencio y el miedo

que se les impone. Para quienes lo sufren, las preguntas que quedan son muchas y, como lo sugiere este residente de San Carlos, se profundiza la desconfianza en el Estado:

¿Por qué la policía nos dejaba ahí? ¿Por qué permitía que nos fuéramos para allá, si ya estaban aquí? ¿Por qué ellos no les prohibían la salida a esos carros? Que el pueblo pudiera decir: “No fuimos porque no nos dejaron”, pero no, no, la gente se montaba en los carros e iba allá como si nada. Entonces ahí es donde la gente de San Carlos no tiene fe en el Estado.<sup>49</sup>

Este tipo de narrativa enmarca las memorias de la pérdida de amistades y seres queridos dentro de juicios morales y políticos que nombran la responsabilidad del Estado en los actos de connivencia, omisión y participación de parte de sus agentes en hechos de violencia contra civiles:

Porque hay muchísimas más historias pues de amigos que mataron de la injusticia que se dio, y fuera de acá uno empieza a entender muchas cosas que de pronto la gente de afuera no entiende, por ejemplo el apoyo del Estado a esos grupos, la permisividad del Estado, el que diga de que el Estado no trabajó mancomunadamente con los paramilitares pues está viviendo en un país que no es Colombia.<sup>50</sup>

La capacidad interpretativa de estos relatos está precisamente en que aportan datos y observaciones sobre la veracidad de sus afirmaciones, y establecen causalidades entre eventos e impactos: se trata de algo que no solo unos lo vieron y vivieron, sino de lo que muchos son testigos: “todo el mundo vio todo”. Se trata, además, de que dicha ausencia o presencia, negación a ayudar o amenaza proferida de parte de miembros del Ejército o la Policía tienen en cada relato un corolario negativo, ya sea por la consecuencia letal para las personas, por la prevalencia de la impunidad o por la imposición del silencio. En este sentido, la memoria de la complicidad nombra y sugiere responsabilidades concretas.

47. Entrevista a Alfonso Morales, hermano de Orlando Morales. Testimonio ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Costa Rica, enero del 2007, GMH, *La Rochela*, 213.

48. Testimonio, Taller de memoria histórica, Bellavista, 2009. GMH, *Bojayá*, 70.

49. Testimonio de hombre adulto, San Carlos, 2010. GMH, *San Carlos*, 357.

50. Taller de gestores de memoria, San Carlos, 2010.



La fuerza testimonial de las memorias de las alianzas se ofrece como una contranarrativa a los relatos dominantes que estigmatizan a campesinos, pobladores urbanos, jóvenes, líderes y jueces como instigadores de su victimización o asociados con la subversión. La sección sobre estigmatización abordará este tema.

#### 5.2.1.2. Las colaboraciones de políticos y poderes locales

Durante conversaciones informales, entrevistas y talleres, diversas personas hablaron sobre las colaboraciones de alcaldes, concejales, gobernadores y otros servidores públicos, como los notarios,<sup>51</sup> con los actores armados. Aunque a través de algunos testimonios el GMH tuvo acceso a información sobre la eventual complicidad de distintos actores sociales en la ocurrencia de delitos o sobre su participación en las estructuras criminales que los hicieron posibles, esta información fue escasa y fragmentaria, porque con frecuencia el miedo sobre posibles repercusiones llevó a las víctimas a optar por el silencio. Aun a pesar de la dificultad de rastrear las colaboraciones, estas fueron recordadas por habitantes de las localidades para explicar cómo resultaron en complicidades complejas e intrincadas que contribuyeron a su estigmatización y victimización, así como a la instalación de un clima de inseguridad y desconfianza durante los años en que tales colaboraciones se hicieron públicas o estuvieron vigentes.

Así, en el caso del golfo de Morrosquillo, departamento de Sucre, los habitantes recuerdan las peleas de gallos que se llevaban a cabo en Berrugas y en las que tanto políticos como hombres poderosos de las localidades y de las élites regionales compartían el mismo palco con alias *Cadena* y alias *El Oso*, comandantes del Bloque Héroes de Montes de María: “En la gallera de Berrugas, ¿qué hacían los paras? Peleas de gallos, pero con cuerdas de galleros de todas partes. Ahí lo que se veía era gente de plata, plata, gente de la Costa, de todas partes [...]”.<sup>52</sup>

51. Véase: GMH, *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa caribe, 1960-2010* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2010), 130.

52. Entrevista #2 a mujer adulta, Sucre. 2010. GMH, *Mujeres y guerra*, 111.

Habitantes de la misma región recordaron también que en celebraciones como las del día de los niños, la Navidad o el fin de año, los paramilitares establecieron nexos, canalizaron y administraron recursos de las alcaldías y municipalidades:

Él [alias *Cadena*] le celebraba el Halloween a los niños. Traía juguetes a los niños, también el 24, 25 de diciembre. No eran valiosos pero algo es algo. Los mandaba la Alcaldía de San Onofre pero él los repartía. Según él, nunca trabajó en lo armado sino en lo social. Y sí, él trabajó en lo social [irónicamente] porque nos hizo ir dos médicos del centro de salud.<sup>53</sup>

De otro lado, en algunos testimonios la actuación de los armados no solo canalizó o sacó provecho de los recursos de las administraciones locales, sino que además ellos complementaban con sus propios recursos las celebraciones, complejizando aún más las redes de colaboración y relación con la población civil. Aunque algunas personas arguyen que dichas relaciones con los políticos y funcionarios administrativos locales involucraban presuntos desvíos de los recursos, otras señalan que las fiestas y celebraciones se hicieron con la anuencia de los funcionarios locales y acudiendo tanto a los recursos legales como a los de los paramilitares.

Otros testimonios recuerdan que, en momentos concretos de amenaza y despliegue de hechos de violencia, los paramilitares explicitaron su respaldo a determinados políticos locales y cómo a través del uso de la violencia muchas personas se vieron obligadas a votar, incluso en localidades ajenas a la propia. El resultado de este tipo de acciones fue la cimentación de los poderes de los políticos cómplices y la persecución de aquellos que se oponían o no daban su respaldo.<sup>54</sup>

53. Entrevista #6, conversación con hombre y mujer líderes, Sucre, 2010. GMH, *Mujeres y guerra*, 112.

54. A este respecto, pueden consultarse las investigaciones de Claudia López (2010) y Mauricio Romero (2007). La desbordante cantidad de procesos iniciados en diferentes jurisdicciones y de decisiones judiciales proferidas sobre lo que se ha convenido en llamar la *parapolítica* es tema de análisis en el capítulo sobre “Guerra y justicia” de este mismo informe. Claudia López, *Y refundaron la patria. De cómo mafiosos y*

Acá llegó Cadena con el candidato a la alcaldía Nelson Están. Lo montó en una tarima y dijo: “El que no vote por él, ya sabe; es ¡tan, tan, tan!” [emulando el sonido de la pistola].<sup>55</sup>

Todos los hombres acá fuimos obligados a votar por Carlos Gómez, por Álvaro Uribe, nos hicieron ir hasta las islas de San Andrés, acá todo el mundo, incluidos los muertos fueron obligados a votar.<sup>56</sup>

Por último, las complicidades se describen también como colaboración abierta y directa, ya sea porque son los poderosos locales los que traen a los grupos armados o porque les permiten el uso de sus tierras y fincas para ejercer el terror. Las memorias de los líderes de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos – ANUC – sobre la recuperación de tierras durante las décadas de 1970 y 1980 en la costa caribe hacen referencia a estas formas de colaboración con militares, narcotraficantes y paramilitares, y mencionan cómo esto facilitó el asesinato de numerosos líderes campesinos:

[...] creo que son los Tulena, que están muy compinchados con esta base militar y había en la finca La Rioja y desde ahí le disparaban a uno.<sup>57</sup>

Empieza lo que nosotros decimos, la primera presencia de manera directa del paramilitarismo; los terratenientes comenzaron a contratar matones a sueldo y comenzaron a matar selectivamente dirigentes campesinos. Aquí están estas familias muy conocidas como los Mesa, los Méndez; inclusive comenzaron a contratar agentes secretos del Estado, oficiales de la

Policía retirados y del Ejército, porque eso lo comprobamos nosotros en San Pedro. [...] Mataron a Iván Salgado, mataron a Ramiro Jiménez, mataron a Narváez en El Piñal, mataron a tres hermanos Narváez, dirigentes aquí del corregimiento de San Rafael, municipio de Ovejas, a Jaime Narváez y a otro hermano, mataron a dos compañeros de la hacienda Mula, al compañero Alberto Romero en San Pedro, eso fue una cadena así. Mataron a Gary Suárez que era de las llanadas de Corozal, mataron a José en Betulia y siguieron esas muertes selectivas en toda esa época de Turbay.<sup>58</sup>

De esa manera, la memoria de las asociaciones entre políticos, gamonales y actores armados —incluyendo a miembros de la Fuerza Pública— registra cómo estas se materializan en formas diversas, lo que concreta una relación innegable de patrullaje y vigilancia permanente de la vida diaria y entrega respuestas rápidas a cualquier intento de desestabilizar estas alianzas y sus beneficios. Así lo comentaron mujeres y hombres campesinos entrevistados por la periodista María Jimena Duzán en la zona del Carare: “[...] en muchas ocasiones, los paramilitares patrullaron las zonas en compañía de integrantes del Ejército y que eso se hacía bajo la anuencia de los políticos y ganaderos del Magdalena Medio”.<sup>59</sup> Para los líderes de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare – ATCC –, la persecución contra la Asociación y sus miembros se explica en parte por la fortaleza de dichas asociaciones.

Los relatos dan cuenta del complejo entramado de relaciones e intereses que se mantiene en el tiempo y de la responsabilidad política y, en ocasiones, acción directa que tienen estos poderosos locales. La prevalencia de este tejido de alianzas y poderes locales en la vida cotidiana contribuye a implantar un clima de miedo y a cimentar la ley del silencio, como lo anotan los testimonios a continuación:

políticos reconfiguraron el estado colombiano. (Bogotá: Random House, 2010); Mauricio Romero, ed. *Parapolítica. La ruta de expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. (Bogotá, Corporación Nuevo Arco Iris, 2010).

55. Diario de campo. Entrevista a poblador en el departamento de Sucre, 2010.

56. Diario de campo. Entrevista a poblador en el departamento de Sucre, 2010.

57. Testimonio de hombre adulto, exdirigente indígena, San Andrés de Sotavento, Córdoba, 2010. GMH, *La tierra en disputa*, 247.

58. Testimonio de hombre adulto, dirigente campesino, Los Palmitos, Sucre, 2009.

GMH, *La tierra en disputa*, 250.

59. María Jimena Duzán, *Mi viaje al infierno* (Bogotá: Grupo editorial Norma, 2010).

Citado en GMH, *El orden desarmado*, 92.

Nosotros no denunciemos eso porque, por una parte, hubo presiones; por otra parte, nos daba miedo hacerlo... A nosotros nos han dicho: “Oiga, que ustedes por qué no demandaban”. Pero nosotros nunca pensamos en eso... Vea, uno en estas regiones..., usted tiene que guardar silencio, porque si usted se pone a hablar o alguna cosa... Uno tiene que llevarla... Uno lamenta todas estas cosas y eso es muy duro, pero es que en estos pueblos mineros todo se olvida [...].<sup>60</sup>

[...] a nosotros nos da miedo hablar porque si no hubiera sido por eso, a uno cuando le mataron su hijo ahí mismo se hubiera denunciado... Es que yo duré más de tres años con ese miedo... Entonces, nosotros no pusimos demanda, por miedo y temor... Es que aquí nadie hacía nada por las víctimas... Por ahí después me mataron a otro, en una cantinita, abalearon un hijo mío también. Y yo llegué allá y me dijeron que si no iba a hacer la demanda. Y yo les dije: “Pero, ¿para qué?, si ustedes no van a coger al que lo baleó. Ustedes no van por allá. Entonces, ¿para qué, hermano?” Eso fue lo que yo les dije [...].<sup>61</sup>

Los testimonios revelan además la percepción y reclamo por parte de las víctimas sobre la imposibilidad de lograr que se haga justicia por la constatación del poder del miedo y el silencio como mecanismos de refuerzo de la impunidad en la que queda gran parte de los crímenes perpetrados.

### 5.2.1.3. Las colaboraciones internas

Las distintas narrativas escuchadas y reconstruidas ponen rostros y nombres a las personas que establecieron vínculos con los actores armados pasando por encima o “vendiendo”<sup>62</sup> a personas vecinas, pero también

señalan a quienes, queriendo sacar ventaja económica, incluso de los propios paramilitares o guerrilla, se convirtieron a su vez en victimarios o en víctimas o en ambas. En las narrativas referidas, estas personas se perciben como “colaboradores” y los relatos describen de qué manera sus acciones tuvieron un efecto sobre vecindades o paisanos. Esta asignación de responsabilidad que realizan los y las sobrevivientes en sus testimonios muestra las rupturas y divisiones que el conflicto genera en la comunidad o localidad.

En un contexto de guerra, los tejidos de complicidades, alianzas, lealtades y deslealtades cambian continuamente, así como los modos de colaboración voluntaria o forzada. Las memorias sobre estas colaboraciones locales les atribuyen responsabilidades en la desestructuración de la confianza y en los silencios impuestos entre o sobre familias y en las localidades. Así lo narra una mujer del municipio de Segovia (Antioquia), quien en su relato sobre la masacre del 11 de noviembre de 1988 reflexiona sobre las consecuencias que tuvo el haber identificado conocidos entre los perpetradores de la masacre: “Y qué tristeza, porque a uno le daba miedo el amigo. Porque uno no sabía si estaba torcido [...] o no. Eso se jodió... Yo todavía le tengo mucho miedo a la gente”.<sup>63</sup>

Un comunicado de organizaciones indígenas sobre eventos relacionados con la masacre de Bahía Portete, en la alta Guajira, manifiesta las alianzas que se fueron tejiendo entre paramilitares y miembros de la comunidad para ganar ventaja en la dinámica de las disputas sociales, económicas y locales:

[...] deleznable resulta el argumento de las alianzas de nuestros ancestros al que recurren los familiares de Chema Bala [José María Barros Ipuana] para justificar su accionar, pues en el mismo tapete y nivel ponen dichas alianzas con las tejidas por Chema Bala con los paramilitares. Una cosa son las alianzas de nuestros antepasados en guerra justa, para enfrentar al invasor

60. Testimonio #52, investigación sobre Segovia y Remedios, 2010.

61. Testimonio #42, investigación sobre Segovia y Remedios, 2010.

62. Entrevista a poblador. Diario de campo, Sucre. Investigación sobre Mujeres y guerra, 2010.

63. Testimonio #7 de mujer adulta y desplazada. GMH, *Remedios y Segovia*, 205.

español y otra, son las alianzas de Chema Bala<sup>64</sup> con los paramilitares para masacrar a su propia etnia del pueblo wayuu y para continuar a manos llenas con el negocio del narcotráfico.<sup>65</sup>

El comunicado enfatiza en la diferencia fundamental que hay entre las alianzas establecidas por el pueblo wayuu en el pasado colonial (con piratas y bucaneros ingleses) para resistir la colonización española y las alianzas que Chema Bala, hombre wayuu administrador del puerto local de Bahía Portete, concretó con el paramilitarismo. Las palabras tenían como trasfondo la idea de una guerra que se propone defender a la comunidad de la invasión territorial o de las campañas evangelizadoras del colonizador. Esto se contrapuso a la decisión de Chema Bala y sus colaboradores, quienes atentaron contra la comunidad en aras de obtener un beneficio individual (mayores rentas por la actividad del narcotráfico).

En el golfo de Morrosquillo, varias personas en sus testimonios también enfatizaron en aquellos que de una manera similar a Chema Bala facilitaron la ocurrencia de delitos, dieron información del contexto local a los paramilitares y se articularon a sus acciones. En este caso se trata de dos mujeres que, si bien no participaron en hechos de violencia, ocuparon un lugar importante como informantes y fueron intermediarias en cobros y sobornos a la población: “La gente que sancionaban la citaban en la casa de Eufemia y le cobraban plata [...] la oficina de [alias] ‘El Oso’ en Libertad era la casa de Eufemia [...]. [Alias] ‘El Oso’ nunca vino a molestar acá a esta cuadra. Se la pasaba era en la calle de Eufemia”.<sup>66</sup> De hecho, insisten en que tales acciones, leídas como ambiguas por el comandante paramilitar, llevaron a que finalmente fuera asesinada junto con su hija.<sup>67</sup>

64. Chema Bala, indígena wayuu y comerciante en el Puerto de Bahía Portete fue capturado, juzgado y condenado por los hechos asociados a la masacre de Bahía Portete en el 2008. En el 2009 fue extraditado a Estados Unidos, donde cumple una condena de veinte años por narcotráfico.

65. Asociación Akotchijirrawa de Bahía Portete; Organización Wayuu Munsurrat, Comunicado “Llamamiento a la solidaridad con las víctimas de la masacre de Bahía Portete”, 2009 en GMH, *Bahía Portete*, 194.

66. Entrevista #5 a líderes comunitarios, Sucre, 2010. GMH, *Mujeres y guerra*, 103.

67. Entrevista a funcionaria. Diario de campo, Sucre, 2010.

En los testimonios, la otra mujer asociada con la colaboración abierta con los paramilitares es la dueña de un restaurante en Rincón del Mar. Similar a Eufemia, en los relatos se registra que ella ascendió socialmente gracias a su relación con los paramilitares. “En Rincón construyeron un restaurante que se llama Hotel Dorado era donde llegaba la gente. Allí hacían espectáculos gratis, traían pickups, conjuntos, y en el festival de la tanga metían mucha plata”.<sup>68</sup> Según los testimonios, ella se encargaba de mandar a arreglar los uniformes de los paramilitares,<sup>69</sup> así como de facilitarles información sobre los pobladores.

El relato sobre estas personas da cuenta de las distintas interacciones que se establecieron en escenarios como Bahía Portete y el golfo de Morrosquillo entre los paramilitares y los pobladores, y a la vez señala su responsabilidad en los delitos que facilitaron y las consecuencias que sus acciones y tendencias tuvieron sobre sus propias comunidades.

Hay también otro grupo de relatos en los que las personas se interrogan sobre si víctimas y personas de la comunidad tuvieron responsabilidad en lo que pasó. En El Salado y el Golfo de Morrosquillo, las personas estimaron porcentajes de colaboración con los paramilitares por parte de una sección del grupo social o comunidad e incluso debatieron sobre la cantidad de personas o el porcentaje del pueblo que había prestado una colaboración a los grupos armados bajo la coerción o sin necesidad de ella. Porcentajes como “5%, 15%, 20%”<sup>70</sup> aparecían en discusiones que se tornaban acaloradas. Sin embargo, estas narrativas hacen referencia a un tipo muy diferente de responsabilidad a la que se le atribuye a los victimarios o a quienes establecieron una alianza directa con los actores armados, porque en este caso lo que se interroga es si los vínculos voluntarios o forzados que la población tuvo, por ejemplo, con las guerrillas la expuso más al riesgo.

68. Entrevista #1 a hombre adulto, Sucre, 2010. GMH, *Mujeres y guerra*, 98.

69. Entrevista a pobladora. Diario de campo, Sucre, 2010.

70. Taller de memoria histórica, Sucre, 2010.



#### 5.2.1.4. La dinámica de las colaboraciones

Cuando la guerrilla llegó, le colaboramos a la guerrilla no de voluntad sino por la impotencia que ahí con sus armas llegaban y decían —necesitamos que nos hagan un sancocho— y de una vez salía a hacérselo porque bueno...<sup>71</sup>

Los relatos de las memorias reconstruyen no solo la red local de colaboración que se teje alrededor de los armados para sobrevivir la guerra o incluso por lucro personal, sino que también enfatizan cómo los actores armados, respaldados por el poder de las armas, se articulan en el mundo social de estas comunidades y enlistan bajo coerción a sus colaboradores. Estas redes de apoyo presentan formas de participación muy diversas de acuerdo con la historia del territorio y el tipo de presencia que los grupos armados han tenido allí: diferencias, por ejemplo, entre los tipos de colaboraciones que operan en un territorio que nunca había sido ocupado por las guerrillas o los paramilitares, como Bahía Portete, y un territorio con una historia de presencia cambiante de las guerrillas y los paramilitares, como San Carlos o San Onofre, donde los grupos armados establecieron su campamento de operaciones y controlaron múltiples detalles y prácticas de la vida cotidiana.

En el corregimiento de Libertad, en el golfo de Morrosquillo, alias *El Oso* organizó un reinado de belleza con niñas y adolescentes, ante lo cual algunas personas afirman: “[...] que la gente de los pueblos las eligió [a las candidatas]”, mientras que otros dicen: “El Oso bien vivo, hizo que los profesores llevaran a las niñas”, “El Oso puso a trabajar a las Juntas de Acción Comunal para elegir las y luego sí ir todos a Libertad”.<sup>72</sup> Uno de los profesores que participó en este reinado expresó:

[...] eso era obligación, que todas las comunidades teníamos que llevar una candidata, ¡obligación!, y tuvimos que mudar-

nos: mis compañeros y yo nos mudamos cuatro días, alquilamos una casa para mudarnos para Libertad porque “El Oso” dijo que teníamos, y que ¡ay! de quien no asistiera [...] entonces era obligación de que todas las comunidades participaran y la tarea se la encomendó a los docentes, porque se supone que el docente es el que lidera las comunidades.<sup>73</sup>

La insistencia en la “viveza” del armado (al involucrar a personas centrales en la vida social) se conecta con su capacidad de ejercer la violencia y además de poner en escena sus deseos y caprichos. Este énfasis narrativo explica cómo “hombres en armas” como alias *El Oso* buscaron regular la vida cotidiana, pero también comprometer a personas claves en la vida comunitaria con su proyecto de establecer una “base social” para su dominio y de hacer de este control una fuente de poder, beneficio personal y placer.

Pero desde este énfasis narrativo, las memorias también dan cuenta de las ambigüedades y zonas grises, tanto de las colaboraciones forzadas como de las voluntarias, cuando esta relación ocurre en un ambiente de intimidación, vigilancia, continuo acoso y/o criminalidad, en el que personas de los pueblos y líderes comunitarios “abren espacios” para el nuevo grupo armado, guerrilla o paramilitar, y algunos terminan señalando a sus vecindades:

Les pasó [a los líderes comunitarios que facilitan la entrada de los paramilitares] lo mismo que a nosotros, la comunidad de San Carlos, que en algún momento vio a los paramilitares como los ayudantes, les abrieron una puerta, denunciaron por supuestos [guerrilleros] a los mismos paisanos; gente extraña porque esos paramilitares no eran de aquí, abrieron el espacio: “Ahí hay cinco, vea que aquí nos quitaron dos concejales, que esto y lo otro...” “Vénganse de donde sea que yo aquí les ayudo, que aquí duermen, que aquí tal cosa”, también los utilizaron, también les pasó exactamente lo mismo. Entonces ¿qué

71. Testimonios de mujeres adultas, campesinas, desplazadas y líderes en el Taller de memoria, Cartagena, 2009. GMH, *La tierra en disputa*, 368.

72. Entrevista #24 a mujer adulta, Sucre, 2010. GMH, *Mujeres y guerra*, 63.

73. Entrevista #25 a hombre adulto, Sucre, 2010. GMH, *Mujeres y guerra*, 63.

pasa? Los paramilitares como las guerrillas, cuando la cosa se pone pesada se van y dejan a la gente, que en su momento les ayudó, como carne de cañón [...].<sup>74</sup>

En las memorias, algunas personas ven en esta compleja imbricación de relaciones y colaboraciones entre armados y pobladores una de las razones por las que fueron victimizados. Así lo expresa un hombre en El Salado: “Lo que pasó aquí fue por nosotros mismos. Si nos hubiéramos puesto de acuerdo en no aceptar a ningún grupo armado, como sucedió en Canutalito, pues no nos hubiera pasado”.<sup>75</sup>

Sin embargo, en otras referencias las personas entrevistadas llaman la atención sobre la coerción que estaba de por medio en dichas “colaboraciones” y, por consiguiente, en la dificultad para ejercer un juicio moral o atribuir responsabilidades sobre aquellos que se enfrentaron a estos dilemas y circunstancias. Comenta un poblador de Trujillo, Valle del Cauca:

[...] En esa época en que andábamos nosotros de ahí para acá, claro, el campesino es el que lleva del bulto, unos porque les gusta y otros porque les toca, así de sencillo. Porque llega un grupo paramilitar aquí a la zona, por ejemplo, aquí a Trujillo y póngale la cantidad de muchachos que se van para allá. Y al que no le gusta pues le toca. Entonces, uno, gústele o no le guste tiene que colaborar [...].<sup>76</sup>

Este tejido complejo de colaboraciones, traiciones y señalamientos activa profundas desconfianzas entre pares comunitarios y refuerza silencios y dudas sobre las responsabilidades de agentes locales en la violencia. Desde esta perspectiva, las memorias sobre las complicidades locales son además registros de la desestructuración del orden social y de las bases morales que sostienen la vida cotidiana. Por ello, alrededor de las complicidades y colaboraciones de numerosos personajes de la vida

local se erigen los silencios que cuidan verdades sobre las alianzas, lealtades y traiciones que llevaron a que vecindades, amistades o familiares participaran o permitieran la violencia, y terminaran en lados diferentes del conflicto. Como lo indican los testimonios referidos a continuación, los dilemas y las rupturas que les quedan en la vida diaria a los residentes de municipios como San Carlos y los de El Salado son enormes:

Cuando ellos menos pensaron estaban matando [a] sus pares y creo que ahí en los jóvenes hay una cosa que es impresionante porque ellos saben quién fue y ellos saben quién los mató y la gente sabe; pero ellos saben también que eran sus vecinos, que vivían en su vereda, que fueron sus familiares, eso lo saben ellos también.<sup>77</sup>

Cuál fue la manera, las ganas que ellos [los paramilitares] llevaron, que cogieron a un muchacho, que ese tipo él tenía sus problemas mentales, si él a usted no lo conocía, usted no le sacaba palabra. Entonces como ellos lo conocían, empezaron a preguntarle, y como no les contestaba nada, entonces lo mataron [...]. El pueblo vivía intimidado por ambos grupos [paramilitares y guerrillas], porque ajá, con tantas armas, tantas armas que ellos tenían, de pronto uno se veía hasta comprometido, porque ellos lo comprometían a uno [...].<sup>78</sup>

Este complejo tejido de memorias y silencios permanece en las comunidades como uno de los tantos legados de la guerra y contribuye a reforzar estigmas y estereotipos que se imponen a aquellas personas que fueron victimizadas o que vivían relaciones complejas en territorios asociados con uno u otro grupo armado.

74. Testimonio de mujer adulta, San Carlos, 2010. GMH, *San Carlos*, 136.

75. Testimonio #20 de hombre adulto. GMH, *El Salado*, 136.

76. Testimonio #7. GMH, *Trujillo*, 144.

77. Testimonio de mujer adulta, San Carlos, 2010. GMH, *San Carlos*, 244.

78. Testimonio #25 de tres hombres y tres mujeres, tres adultos mayores, dos adultos y un joven desplazados, Cartagena, Barrio San José de los Campanos. Investigación sobre El Salado.

### 5.2.2. Memorias de la estigmatización

El estigma de ser señalado como perteneciente, auxiliador o informante del “otro bando” es otra memoria emblemática. La victimización se origina en una relación desigual de imputación de identidades por parte de los victimarios y sus colaboradores hacia la población civil. Estas memorias interpretan lo que pasó como una consecuencia de la estigmatización sufrida. Si bien los impactos de la estigmatización ya fueron analizados en el capítulo cuarto, en este capítulo exploramos la estigmatización como memoria emblemática desde la que se interpreta por qué sucedió lo que sucedió. La estigmatización en los testimonios de pobladores y víctimas se reconoce como un proceso mediante el cual aspectos como: marcas sobre la apariencia, conducta, señales físicas o lugar de residencia se transforman en señales de pertenencia a las filas del enemigo y en mecanismos de culpabilización y señalamiento hacia la población civil.

#### 5.2.2.1. La imputación de pertenencias estigmatizantes

A los hombres les miraban las manos a ver si eran trabajadores, porque los guerreros tenían que tener las manos ampolladas y todo eso, reventadas. Revisaban los hombros a ver si tenían bien marcados los hombros de cargar los maletines. O si tenían alguna cicatriz les ponían problema porque decían que la guerrilla tenía cicatrices.<sup>79</sup>

Ahora, a los hombres, ellos cargaban la bomba de fumigar que les hace una seña aquí [señala el hombro] y como a los guerrilleros se les hace una seña por el morral, si lo miraban le quitaban la camisa y miraban, “tiene la seña”, entonces era guerrillero que porque ahí cargaba el fusil y, mentira, había sido la bomba de fumigar.<sup>80</sup>

79. Testimonio de mujer adulta. GMH, *El Placer*, 141.

80. Entrevista #38 de mujer adulta, vereda Los Ángeles, 2011. GMH, *El Placer*, 142.

La “cacería” de señales en el cuerpo se extiende a los modos de vestir, conductas y costumbres de la vida veredal. Así lo recuerda otra mujer de El Placer:

Por allá nos pararon, nos bajaron, nos requisaron. A mí me dijeron que me iban a dejar que porque yo tenía cara de guerrillera, que yo era partidaria de la guerrilla. Eso me levantaron la blusa, me levantaron la camiseta, me bajaron el pantalón, me revisaron aquí [el hombro] a ver si yo tenía señales de cuando cargan el morral, las maletas. A ver si yo tenía la boca ajada. A ella [su patrona] no la requisaron tanto como a mí, es que yo iba con una sudadera negra y con botas negras y ese era el problema que me montaron a mí [...]. Uno de esos señores dijo: “A esas dos viejas pásenmelas para acá, para ponerlas a cocinar. Necesito que me haga el almuerzo”. Entonces yo le contesté: “Yo no soy empleada suya”. Dijo: “¡Ah!, vos sos como alteradita, como arrechita. Vos sos como guerrillera”.<sup>81</sup>

Las marcas físicas en el cuerpo se integran con una serie de elementos del ambiente cotidiano, local y diario, que pasa por elementos tan inadvertidos a simple vista como el tipo de atuendo o su color, pero que en escenarios como retenes son leídos por los paramilitares como delatores de guerrilleros: “los hombres no podían andar con poncho, no podía andar con botas de plástico. Tenía que andar bien forrada la camisa por dentro del pantalón”.<sup>82</sup> “Toda la gente de las veredas comía en el restaurante de El Placer y un día llegaron los paramilitares y a todos los muchachos que tenían botas los cogieron, también a un muchacho de pelo largo”.<sup>83</sup> “No se podían usar camisetas negras ni rojas, puesto que eran tonos asociados con la insurgencia”.<sup>84</sup> De esta manera, la edad, el género, los modos de actuar y vestir se usaron para estigmatizar a las personas y justificar los abusos cometidos.

81. Testimonio de mujer adulta. GMH, *El Placer*, 145.

82. Testimonio de mujer adulta. GMH, *El Placer*, 142.

83. Notas de, testificante no identificada. GMH, *El Placer*, 143.

84. Conversación con maestros. GMH, *El Placer*, 142.



 Municipio de Cocorná, Antioquia. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, 1994



De forma similar, las actividades productivas y comerciales fueron recordadas como posibles dispositivos de persecución y muerte. Un habitante de El Salado rememora la suerte de uno de los comerciantes:

[...] todo eso lo tiraron para afuera y decían que Alfonso Mena era la tienda guerrillera, que no le fiaba una papeleta de café al pueblo y sí se la daba a la guerrilla, y así con todas las tiendas que se encontraron en el pueblo fue lo mismo.<sup>85</sup>

Las memorias del estigma registran las maneras en que cuerpos y personas fueron humilladas y sus vidas diarias sujetas a constante escrutinio. A la vez, estas memorias resisten al estigma y reclaman el reconocimiento de la inocencia, y su dignificación:

[...] yo quisiera que en algún lugarcito de ese libro que ustedes van a escribir, se dijera que mi esposo era un hombre trabajador, buen padre y buen marido, que no era un guerrillero ni un malhechor... eso es lo que yo más quiero y que ojalá mis hijos lo pudieran leer y mostrárselo a todos los demás.<sup>86</sup>

Sí, eso es muy bueno [la recuperación de la memoria de las víctimas] porque [...] hay millones de personas que no los conocieron y no saben a qué se dedicaban realmente, y con eso van a saber qué clase de gente eran. La mayor parte se imagina que eran guerrilleros, que eso no es así, que eran personas de bien, trabajadoras.<sup>87</sup>

En conclusión, el estigma se recuerda como carga y sentencia, es decir, como mecanismo poderoso que signa y culpabiliza a las víctimas. Desde su perspectiva, ellas reclaman verdad y justicia, es decir, procesos que

85. Testimonio #11 de mujer adulta mayor, testigo y desplazada, corregimiento Canutalito, 2009.

86. Testimonios y opiniones de los hombres y mujeres víctimas que participaron en los talleres de la memoria realizados en la región caribe. GMH, *Mujeres y guerra*, 363.

87. Testimonio de mujer joven. GMH, *Trujillo*, 195.

aclaren responsabilidades y “limpien” el nombre de víctimas y comunidades de las culpas y pertenencias imputadas:

Yo espero que se haga justicia en este sentido de que nosotros quedemos reivindicados porque la excusa que ellos sacaron para matarnos a nosotros era que nosotros éramos dizque los jefes de la guerrilla del pueblo cuando en ese entonces nosotros no conocíamos un pueblo, ni siquiera había bajado guerrilla al pueblo ni nada y ellos entraron acusándonos de guerrilleros para podernos matar porque cuando eso estaban pagando por cada guerrillero que mataban. Les pareció muy fácil acusarnos de guerrilleros para matarnos [...].<sup>88</sup>

#### 5.2.2.2. El destino de habitar un lugar marcado

¿Por qué en El Salado y no en los pueblos aledaños? Lo que sucede es que uno de los puntos donde más se metió la guerrilla fue ahí, y debido a eso, los paramilitares abrigaron que ese era un terreno que ellos lo utilizaron, pensaron de que todo el mundo era guerrillero, que el pueblo era guerrillero, y al mirar ellos de esa manera, la única forma que ellos creyeron como combatir a la guerrilla era matarnos a toditos, masacrar al pueblo. Entonces clasificaron al pueblo de esa manera porque ellos miraron que ese podía ser un punto de apoyo para esa gente, y que a la larga, pues, lo que hicieron fue acabar con tanta gente inocente, porque cogieron hasta [al] loco.<sup>89</sup>

De la misma manera que las memorias del estigma evocan la búsqueda de marcas y signos en los cuerpos de las personas, otro conjunto de narrativas revela la imposición de marcas y límites territoriales mediante

88. Testimonio de mujer adulta, Taller de memoria, Magdalena, Investigación sobre Mujeres y guerra, 2010.

89. Testimonio #25 de tres hombres y tres mujeres desplazados, Cartagena, barrio San José de los Campanos. Investigación sobre El Salado.



Comuna 13 de Medellín, Antioquia. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, 2002

los que se imputa a sus pobladores el ser parte del “patrimonio” de un grupo armado. Así, las narrativas de residentes en áreas en las que la guerrilla o los paramilitares tuvieron un dominio sostenido evocan cómo la comunidad recibe el peso del estigma territorial (de ser un territorio “guerrillero” o “paraco”) y cómo esta estigmatización se utiliza para justificar la continua victimización e imputación de culpa sobre toda una población, como lo señala esta mujer de San Carlos:

No, es lo que yo decía anteriormente, el solo hecho de ser de determinada zona aquí en San Carlos, eso ya le generaba un estigma. Ya lo tenían a uno tildado. Entonces, si usted por ejemplo era de El Chocó, Santa Rita, San Miguel, ya usted era un colaborador o usted ya hacía parte de un grupo armado; y obviamente, que eso no era así. A nosotros nos tocó vivir en medio, nacer y crecer en medio de los grupos armados ilegales, pero uno en ningún momento compartía cosas con ellos.<sup>90</sup>

Otros testimonios anotan cómo estas relaciones forzadas o voluntarias con los grupos armados fueron cambiando a lo largo de los años a medida que, por ejemplo, en el caso de El Salado o San Carlos, las guerrillas y los paramilitares transformaron sus repertorios de violencia:

Entonces... no, igualmente pues la guerrilla como empieza a coger a la comunidad entre la espada y la pared; o sea si usted tiene algún vínculo con el paramilitar entonces es como objetivo militar y si usted tiene algún vínculo con la guerrilla, entonces usted es guerrillero y también es objetivo militar. Entonces el rollo es que quiero que quede claro que el vínculo no era de quien necesariamente tenía que estar ahí, sino por el hecho de usted vivir en una vereda digamos declarada guerrillera entre comillas entonces eso ameritaba que usted era guerrillero o lo sindicaban de guerrillero y si usted tiene una reunión porque los mismos paramilitares lo cogían en la calle y te llevaban a reunir, entonces vos ya estás apoyando al paramilitarismo, entonces eso era entre la espada y la pared, vos no sabes qué hacer,

90. Testimonio de mujer adulta. GMH, *San Carlos*, 269.

si medio haces algo [...]. Si un grupo te dice que tenés que hacer esto y no lo hacés te mata, y si el otro te dice que no lo haces te mata, o sea, aquí te mataban por lado y lado.<sup>91</sup>

La circulación y permanencia de un grupo armado en el territorio justifica la imputación a pobladores como colaboradores de este grupo armado y esta “teoría” desencadena en cada caso las masacres, asesinatos y el desplazamiento de la población. Por ello, el reclamo que atraviesa estos relatos es que se reconozca el peso y las consecuencias que la estigmatización de personas y poblaciones enteras tiene sobre ellos. Las memorias del estigma se relacionan de esta manera con las de las alianzas y la complicidad para anotar que el conflicto armado destruyó las relaciones locales y llevó a que algunos personajes locales se involucraran directamente con las guerrillas, los militares o la inteligencia del Ejército. Esto no justifica ni hace al pueblo o comunidad guerrilleros o paramilitares. Uno de los costos de una guerra larga y compleja es que profundiza los juicios sumarios basados en generalizaciones fundadas más en prejuicios que en constataciones empíricas.

### 5.2.2.3. La criminalización de los liderazgos

La imposición de estigmas sobre líderes comunitarios y militantes políticos es el tercer mecanismo de pertenencia que reconstruyen las memorias de la estigmatización. Los relatos sobre los numerosos eventos de detención, desaparición y asesinatos de líderes en diferentes regiones de Colombia<sup>92</sup> enlazan su persecución, tortura y muerte a la manera como la estigmatización opera a través de rumores que imputan su pertenencia a grupos armados o que anuncian las sentencias que justifican su inclusión en listas de muerte, detención o desaparición. Este es el caso de algunos líderes en El Tigre, Putumayo, o en la costa Caribe colombiana:

91. Testimonio de joven, Taller de memoria con gestores de memoria, San Carlos, 2010.

92. Véanse: GMH, *La tierra en disputa*; GMH, *Mujeres que hacen historia. Tierra, cuerpo y política en el Caribe colombiano* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2011).

Acá muchos de nuestros líderes fueron asesinados o amenazados. Nosotros sabemos que los líderes tenemos la lápida colgada al cuello.<sup>93</sup>

Primero me persiguen por ser líder de la comunidad tanto cristiana, como líder comunitaria. Segundo porque era promotora de salud. Allá en ese sitio mataron muchas promotoras porque decían que éramos las que le dábamos ayuda a la guerrilla.<sup>94</sup>

[...] Mataron a Héctor Malo, mucha gente, dizque porque tenían nexos con la guerrilla. Mataron a Eusebio Velásquez que fue el primer maestro indígena que mataron. Dizque porque era guerrillo. Luego cuando aparecen los paras matan a Ramiro Sandoval.<sup>95</sup>

Los relatos documentan los repertorios de violencia que operaron contra mujeres y hombres cuyas ideas o trabajos comunitarios fueron asumidos como evidencia de pertenencia a la guerrilla. Este estigma se extiende hacia las organizaciones sociales y comunitarias, a sus acciones colectivas y sus acompañantes espirituales, como lo señala esta mujer en referencia a los hechos y antecedentes que marcaron la violencia en Trujillo:

[...] ¡eso fue horrible! nosotros no teníamos ningún pensamiento malo, solo era para reclamar por las carreteras; por eso estábamos preparando hacer un teatro, presentar unas danzas, pero fue el ejército el que hizo teatro con nosotros. Eso comenzó con una balacera de parte del ejército... no olvidamos, eso fue muy horrible. Salían tiros por todas partes, nos iban a pelear que porque nosotros éramos guerrilleros. El padre Tiberio abrió la puerta de la iglesia para que la gente se refugiara allá, porque esa noche cayó mucha agua. Prácticamente ahí comenzó

93. Entrevista #9, 2010. GMH, *El Tigre*, 45.

94. GMH, *Mujeres que hacen historia*, 152.

95. Testimonio de hombre adulto, dirigente indígena. GMH, *La tierra en disputa*, 279.

lo del padre Tiberio, porque a él lo tildaron de guerrillero, a todos los que ayudaron a esta gente los tildaron de guerrilleros, todo el mundo estaba pendiente de esto, los paramilitares entraron y como necesitaban acabar con la guerrilla entonces aprovecharon ahí, y ahí fue donde se sembró el terror en Trujillo, todo comenzó con la marcha [campesina].<sup>96</sup>

En el relato, el momento en que se estigmatiza a líderes y a la marcha que organizan marcará el inicio de una larga violencia. Las memorias escritas del Consejo Regional Indígena del Cauca – CRIC – registran la imputación de identidades y el señalamiento al que sus líderes y las comunidades indígenas han sido históricamente sometidas:

Constantemente hemos sido señalados de pertenecer a la guerrilla, al ejército, al narcotráfico o a los paramilitares. Siendo víctimas de constantes invasiones ideológicas (religiones, partidos de derecha y de izquierda, instituciones del gobierno y privadas, ONG, entre otras) que confunden a nuestras comunidades.<sup>97</sup>

Las sospechas y estigmatizaciones sobre líderes sociales y las organizaciones sociales están vinculadas al terreno oscuro y complejo que fue descrito en el aparte sobre las complicidades, que fueron exacerbadas y manipuladas para justificar la persecución sistemática a líderes y activistas. En las memorias sobre la estigmatización, a esta se le atribuye una capacidad de desencadenar la violencia y la represión.

96. Testimonio de mujer adulta. GMH, *Trujillo*, 2011.

97. Consejo Regional Indígena del Cauca, “Por la autonomía de los pueblos indígenas frente a los conflictos que atentan contra nuestro proyecto de vida (Declaración de Jambaló)”, policopiado, marzo 23 de 1999. En GMH, *Nuestra vida ha sido nuestra lucha. Resistencia y memoria en el Cauca indígena* (Bogotá: Taurus/ Semana, 2012), 320.

### 5.3. Las labores de la dignidad y la resistencia

Es importante recordar, para que nuestros hijos, nuestros vecinos y todos los que nos rodeen algún día puedan decir que lo que se vivió aquí no fue algo tan fácil, fue algo muy difícil. Que días nos tocaba salir de nuestras casas, que teniendo propiedad teníamos que abandonar nuestras casas. Pero aquí estamos, fuimos valientes y resistimos a esos altibajos que hubieron.<sup>98</sup>

Los testimonios que se incluyen en este aparte describen cómo sobrevivieron y qué hicieron las víctimas frente a las violencias que sufrieron o de las que fueron testigos. En ellos, cuentan cómo actuaron para intentar protegerse, modificar, negociar o alterar las situaciones de violencia que vivieron y los designios de los actores armados. Estos actos individuales y colectivos incluyen: 1) actos sutiles, indirectos y no oposicionales de protección, acomodamiento y resistencia cotidiana que hacen la vida diaria más vivible frente al poder devastador de las violencias; 2) actos de solidaridad, bondad y rescate humanitario mediante los que se pervive, se restauran relaciones, se mantiene cierta autonomía y la dignidad de las víctimas; 3) actos de oposición, desobediencia, rebelión, confrontación directa o indirecta y resistencia civil a los controles y arbitrariedades de los poderes armados, así como a sus versiones o silencios sobre lo que pasó; y 4) prácticas de conmemoración, peregrinación, reconstrucción de memoria y búsqueda de verdad mediante las cuales, emprendedores de memoria, grupos y organizaciones sociales buscan visibilizar sus reclamos, restaurar la dignidad y resistir al olvido.

Los relatos rescatan a las víctimas y testigos como seres humanos que, por encima del desbalance de poder frente a los actores armados, responden a situaciones adversas y buscan alterar sus resultados. De esta manera, los testimonios acopiados por el GMH reivindican el sentido político y la función reparadora que estas acciones tienen para sobrevivientes y testigos. En algunos casos, las memorias de estos actos dan cuenta también de los juicios y posiciones morales y políticas de estas personas.

98. Testimonio en el Taller de memorias en El Tigre, Putumayo, 2010.



El registro de estos actos de pervivencia, rescate y resistencia en medio del conflicto armado en Colombia es visto por quienes los narran como un deber fundamental en la construcción de la memoria histórica sobre la guerra. La sociedad necesita saber lo que pasó. Esto quiere decir que es preciso mantener el registro de la devastación y explorar el por qué pasó, pero también el cómo se afrontó y se resistió. Estas historias no son necesariamente memorias victoriosas, sino, más bien, memorias que, al reconstruir a las víctimas y las comunidades como sujetos y colectivos que perviven, responden y resisten, cumplen un papel de dignificación e igualmente de reconocimiento de sus verdades narrativas.

### 5.3.1. Pervivir la guerra y las labores de la dignidad

En esta parte se describen las memorias sobre acciones en las cuales las habilidades y recursividad de algunos individuos, o la bondad, solidaridad y sagacidad de otros, permiten a las víctimas y testigos protegerse y sobrevivir. Esta función protectora de las acciones de respuesta frente a la violencia tiene un sentido que va más allá de la supervivencia. Estas prácticas sociales les permiten a las víctimas contrarrestar, minimizar o negociar el poder de los actores armados y abrir espacios de protección, autocuidado, re-significación y recuperación de los escenarios de la destrucción. Esta creación de espacios autónomos y las diferentes formas de movilidad estratégica tienen un sentido que caracterizamos como de resistencia en adaptación<sup>99</sup> a la violencia y a los designios de los actores armados.

#### 5.3.1.1. Leer los signos en el entorno

Jóvenes y mujeres del barrio El Salado en la Comuna 13 de Medellín recuerdan los temores con los que vivieron en el año 2002 por el extendido rumor de que algo iba a pasar. Los grafitis que aparecieron en las paredes de sus casas cimentaron el temor que se hizo realidad en junio de ese año,

99. Luis Miguel Glave, “Resistencia y adaptación en una sociedad colonial. El mundo andino peruano”, *Norba Revista de Historia* 18 (2005): 51-64.

cuando los paramilitares entraron al barrio.<sup>100</sup> Los grafitis y rumores en el relato de los pobladores fueron signos que les advirtieron de lo que vendría: “No nos dijeron directamente, pero sí empezaron a regar la voz de que iba a haber un sábado negro y un domingo de lágrimas”.<sup>101</sup> (ver imagen en la página siguiente)

La circulación de rumores sobre lo que iba a suceder, los grafitis de los grupos armados o las señales premonitorias que recibieron víctimas y familiares aparecen en los recuerdos de los sobrevivientes como señales que les permitieron reconocer el peligro, tomar decisiones y actuar. El reconocimiento oportuno de estos signos requiere de un estado de alerta estratégico<sup>102</sup> que hace parte de un repertorio de recursos tácitos a los que se acude para protegerse y sobrevivir, y en algunos casos para mantener distancia o intentar controlar los designios de los actores armados. De una parte están las señales tangibles que acarrearán amenazas o sentencias verbales o escritas, y que requieren de una rápida respuesta. Así lo recuerda un dirigente campesino de Ovejas, Sucre: “Dan una carta que te dan 48 horas para que salgas de la zona, te vas con tu familia así dejes lo que tengas”.<sup>103</sup> De otra parte están las imágenes recurrentes de los grafitis que marcan el entorno material con signos de las amenazas y violencia, pero que también son leídos como indicaciones de los pasos e intenciones de los actores armados.

Para los habitantes de la Inspección de policía El Placer en el Putumayo, el momento crítico de la llegada de los paramilitares en el año 1999 y el inicio de un régimen de terror fue anunciado con los rumores que se escucharon tras la masacre en El Tigre: “Nosotros llegamos y nos

100. GMH, *La buella invisible de la guerra*, 25.

101. Pilar Riaño, “Trayectos y escenarios del miedo y las memorias de las personas refugiadas y desplazadas internas”, en *Poniendo tierra de por medio*, eds. Pilar Riaño y Martha Villa, 411.

102. María Teresa Uribe, “Emancipación social en un contexto de guerra prolongada. El caso de la comunidad de Paz de San José de Apartadó”, en *Emancipación social y violencia en Colombia*, eds. Boaventura de Sousa Santos y Mauricio García Villegas (Bogotá: Norma, 2004), 75-117.

103. Testimonio de hombre adulto, dirigente campesino. GMH, *La tierra en disputa*, 274.



Imagen elaborada en taller de memoria desarrollado en la Comuna 13 de Medellín. Fotografía: Corporación Región ©, 2010

quedamos”; “Fuera guerrilleros y colaboradores de la guerrilla”; “Fuera colaboradores y sapos de la guerrilla”; “AUC presentes”<sup>104</sup>. En respuesta al rumor, los hombres del pueblo se organizaron para hacer guardias nocturnas, pero este recurso no logró su finalidad preventiva porque los paramilitares llegaron en la mañana y los tomaron por sorpresa.

De igual forma, las intuiciones y los cambios en el entorno natural conforman otro tipo de signos que presagian o acompañan la violencia. Los afrocolombianos de Bojayá, Chocó, y de Vigía del Fuerte en el Urabá antioqueño, fueron testigos de la confrontación armada entre las FARC y las AUC que desencadenó la masacre del 2 de mayo del 2002. En sus memorias quedaron grabadas las señales climáticas que marcaron los ritmos del combate:

[...] En el día sonaban las pipetas y en la noche eran los truenos... Todas las noches cuando daban las 6 o 7 de la noche empezaba la lluvia, y con esos truenos que tenían como ese mismo sonido de las pipetas, ese mismo sonido tan feo... Luego nos dicen “Bueno... el ejército viene por Napipí y hubo una balacera, y ese pueblo quedó vuelto nada, ¿y ahora qué?” “Muy sencillo, conclusión: o se va la guerrilla o nos vamos nosotros...”<sup>105</sup>

[...] Llegó la noche y otra vez el aguacero y la tronamenta... Es como si el cielo estuviera llorando la tragedia de los atrateños, como si quisiera con las lágrimas de agua limpiar la sangre de tanto inocente que hay aquí [...].<sup>106</sup>

La señal en este caso no se lee para intentar protegerse, sino para confirmar la magnitud y el impacto de lo que pasó. Las personas que recuperan estas memorias enfatizan sobre los cambios en el clima para aportar una prueba fáctica de los abusos cometidos y para resaltar el drama humano que allí tiene lugar. Mediante la caracterización de este

paisaje sonoro balacera-lluvia-truenos como “feo”, o el uso de las figuras “llora la tragedia” y “limpiar la sangre”, las víctimas valoran estos sucesos como una catástrofe y reclaman la inocencia de quienes murieron.

En un ámbito más urbano, los relatos de los familiares de los operadores judiciales que fueron víctimas de la masacre de La Rochela rememoran las palabras, gestos y ademanes que confirmaron sus intuiciones sobre la cercanía de la muerte de sus seres queridos. Las palabras dichas por la jueza Mariela Morales a su esposo don Olegario, días antes de partir a la comisión donde habría de morir, son repasadas por él como signo premonitorio de su destino:

“[...] Si yo me muero en la Comisión... si alguna cosa me pasa, no se le olvide dejarle a Sergio Andrés a Gloria, mi hermana, y a Nicolás se lo deja a mi mamá”. [...] Recuerda Olegario [su esposo] que ella comenzó entonces a dar unas órdenes raras y que él solo comprendió después que estas palabras eran una anticipación concluyente de los hechos. Dos días antes de irse, Mariela hizo un mercado en las Supertiendas y todavía sin haberlo desempacado le dijo a su familia: “... ¡Para que les dure!” Pero además ese mismo sábado se fue a la boutique de su amiga Esther de Torres a quien le comentó con un dejo de humor: “Necesito unos jeans porque me voy a una comisión delicada, ¡seguramente para que me maten, voy a estrenar!”<sup>107</sup>

Este estado de aguda percepción sobre el futuro, previo a una misión que todas las víctimas reconocían como de alto riesgo, es identificado por los familiares cuando repasan las acciones emprendidas por sus seres queridos. Las palabras dichas y las acciones realizadas quedan como huella de los presentimientos, pero además perseveran como registro de aquellos actos de eficacia personal,<sup>108</sup> mediante los que las víctimas intentaron controlar el destino,<sup>109</sup> preparar a sus familias y decirles adiós:

107. Testimonio hombre adulto. GMH, *La Rochela*, 203.

108. Convicción sobre la capacidad personal de lograr ciertas metas difíciles y moldear o afectar cambios. Véase: Kristen R. Monroe, *Ethics in an Age of Terror and Genocide. Identity and Moral Choice*. (Princeton: Princeton University Press, 2012)

109. Monroe, *Ethics in an Age of Terror*, 245-247.

104. GMH, *El Placer*, 108.

105. Testimonio en taller de memoria. GMH, *Bojayá*, 69.

106. Testimonio de líder comunitaria. GMH, *Bojayá*, 64.



Familia de la jueza Mariela Morales, víctima de la masacre de La Rochela. Curití, Santander. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2010



Gabriel Enrique Vesga Fonseca estuvo visitado por los malos presagios. Mariela Rosas Lozano, su esposa y quien para la fecha en que partió la comisión hacía apenas dos meses que había dado a luz al pequeño Marlon Andrés, recuerda: ese día —antes de irse— se quitó el anillo... se lo dio a mi mamá..., y le dijo, porque no quiero que me lo quiten si me matan... Dijo que no quería que su nombre quedara por ahí, la argolla iba marcada por dentro como se acostumbra, la del hombre marcada con el nombre de la mujer y la de la mujer..., a mí me devolvió la cadena de oro que tenía. Él me decía Rosas —mi apellido es Rosas— me dijo: “Rosas, está verraca la comisión, qué tal que nos encuentren con gusanos de a metro”.<sup>110</sup>

### 5.3.1.2 Los refugios y subterfugios

A lo largo de la década de 1980, la población campesina de La India y Cimitarra en el Magdalena medio, vivía en zozobra constante por la presencia continua de paramilitares, Ejército y guerrillas, y el uso de torturas y hostigamientos contra la ciudadanía. La memoria de estos años, contada a investigadores del GMH dos décadas más tarde, evoca las formas de intimidación, acusación y vigilancia. Las memorias reconstruyen también los modos en que el campesinado agrupado alrededor de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare – ATCC –, instauró la neutralidad como principio de organización social. Los testigos recuerdan las estrategias individuales y colectivas que usaron para escapar al control que se les imponía y crear espacios de refugio.<sup>111</sup>

Yo en los años 1986, 1987, arriaba una mula para Borracho Bravo, ¿usted lo conoce? Allí no podíamos tener gallos, pa’ que no cantaran, pa’ que no supieran donde vivía uno, ni tener perros que ladraran, cuando uno oía decir “viene el MAS [Muerte a Secuestradores] con el Ejército”, uno tenía que desocupar. Porque

usted tenía que dar cuenta dónde vivían ellos, si decía, malo y si no decía también, porque si decía lo echaban por delante ya la guerrilla, también los salvaba a ellos o lo arreglaba. Y así [...]. Eso era terrible en ese tiempo. Y habíamos muchos que de tanto ir, ya lo que hacíamos llevábamos caleta, hacíamos ranchitos allá en la montaña, desocupábamos la casa que teníamos grande y hacíamos los ranchitos por allá de caña.<sup>112</sup>

Ante las acusaciones de apoyar al otro bando, como lo enfatiza la narración, y bajo la presión constante de rendir cuentas de sus paraderos y andares, la población campesina buscó lugares donde refugiarse y escapar temporalmente al control agobiante. Estas formas de retirada estratégica ofrecieron protección y tácticamente permitieron escapar a las imposiciones e intimidaciones. Los relatos expresan los diversos modos de cálculo, subterfugio, refugio y apoyo que les permitieron encubrirse o escapar:

Uno tenía prácticamente una parte en donde refugiarse. Usted trabajaba acá y entonces uno tenía un campamento enterrado para allá, y cualquier comentario ahí mismo la comida uno sacaba una parte y se la llevaba y la encaletaba allá. Cuando ya se veía que venía la tropa cerquita entonces uno cogía por aquí, otro por allá, y así para no dejar trilla por ninguna parte y de allá estaba uno pendiente.<sup>113</sup>

El campesinado contrarrestaba el escrutinio de sus vidas y los racionalamientos del Ejército y del MAS con la creación de refugios que escapaban a este control y que les permitían mantener un estado de alerta y movilización estratégica.<sup>114</sup> Estas estrategias de refugio se valoran en la memoria, no solo porque son actos que permitieron la sobrevivencia en tiempos de peligro, sino porque revelan la recuperación de autonomía y el desafío anónimo e indirecto a los controles de los grupos armados.<sup>115</sup>

110. Testimonio en entrevista a doña Mariela Rosas Lozano y Marlon Andrés Vesga Rosas, viuda e hijo de Gabriel Enrique Vesga. GMH, *La Rochela*, 206.

111. Uribe, “Emancipación social en un contexto de guerra prolongada”, 7.

112. Entrevista a hombre campesino. GMH, *El orden desarmado*, 318.

113. GMH, *El orden desarmado*, 318.

114. Kalyanakrishnan Sivaramakrishnan, “Some Intellectual Genealogies for the Concept of Everyday Resistance”, *American Anthropologist* 107 3 (2005): 346-355.

115. Uribe, “Emancipación social en un contexto de guerra prolongada”, 7-8.

En medio del ambiente hostil, la precariedad y el miedo generado por los paramilitares cuando establecieron un control total sobre el municipio de San Carlos, Antioquia, los pocos habitantes que se quedaron intentaron mantener algunas prácticas cotidianas de reunión para evitar la desolación y el aislamiento. La habilidad de leer el entorno e identificar el peligro y de manejar la dificultad facilitó encuentros para jugar, compartir y afrontar el miedo. En espacios como la calle (al frente de sus casas), la cancha, la plaza y la escuela, a los que los paramilitares les impusieron un toque de queda y prohibieron su uso, los resistentes se encontraban para jugar, compartir y confrontar el miedo.

Después de que el ministro de transporte paró la ruta por San Rafael, el pueblo quedó muy solo, quedó como un pueblo fantasma, solo, solo quedó y me tocó que la gente después de las 6 de la tarde, eso no se veía nadie en la calle, el parque, [pero] la gente se agrupó, la poca o mucha gente que había se iba era para el parque, a amanecer [en el] parque [...].<sup>116</sup>

[...] Entonces yo nunca me fui por eso, no me fui porque sentí que podía como aportar y de alguna forma yo pienso que los que nos quedamos lo hicimos. Sí... yo creo que el mero hecho de salir a la calle en ese tiempo y ver que ahí estaban los vecinos, si de una cuadra se quedaron 5 familias (de donde eran por decir 40 casas) entre esas que se quedaban se hacía compañía y se creaban esos espacios de encuentro, así se soportaba.<sup>117</sup>

La población campesina de Buenos Aires en San Carlos sobrevivió durante uno de los periodos con mayor número de desplazamientos en el oriente antioqueño (2002-2003). Este tiempo coincidió con la masacre de El Chocó, perpetrada por paramilitares del Bloque Metro, y la masacre de Dos Quebradas, perpetrada por las FARC. Gracias a la ubicación de lugares estratégicos en el monte que les permitían escapar al hostigamiento de la guerrilla y los paramilitares, el campesinado logró resistir.

Una memoria ilustrativa de sus tácticas de sobrevivencia es narrada por uno de sus líderes:

Entonces pues nosotros bregando a resistir. Ya en el 2003, finalizando 2003, ya no éramos capaces de resistir, hubo una época de dieciséis días, que fue la última, que nosotros guardábamos panela, el otro guardaba el arrozcito, los otros guardaban de todo alquito: panela y pollitos los que se salieron... nosotros como a los conejos, sembrábamos bastante yuca, 2.000, 3.000 palos. Entonces por todos los pies salíamos con las guaduas y arrancábamos con yuca para el rastrojo a comer allá; hacíamos de comer a las tres de la mañana, de las dos de la mañana a las cinco de la mañana, de ahí en adelante apague el fogón porque eso era ese voleo de candela por ahí, de tierra. Como estábamos en el cañón, por ahí no bajaba nadie ni ningún grupo armado llegó a ir por allá. Como nos hacíamos era por el agua y en el día no hacíamos de comer y los niños bregábamos a que no lloraran, de todas maneras como que mi Dios nos ayuda.<sup>118</sup>

El narrador le otorga sentido político a las estrategias de sigilo y cuidado que utilizó esta colectividad cuando las identifica como formas de “bregar a resistir”. Es decir, su recuerdo le confiere coherencia a los comportamientos que en aquellos momentos llevaron a la población al límite, y que el testigo incluso compara con los de los conejos. Estas son formas de adaptación en resistencia a los poderes y designios de los paramilitares y guerrillas.<sup>119</sup> Los residentes de zonas urbanas como la Comuna 13 comparten también esta forma de narrar la guerra, y evocan con detalle sus modos de refugio durante las confrontaciones entre las milicias urbanas y los paramilitares:

118. Testimonio de hombre adulto. GMH, *San Carlos*, 295.

119. Ponciano del Pino H., “Familia, cultura y ‘revolución’. Vida cotidiana en Sendero Luminoso”, en *Historizar el pasado vivo de América Latina*, ed. Anne Pérotin-Dumon (Santiago: Alberto Hurtado, 2007), consultado el 20 de mayo del 2013, <http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/delpino.pdf>.

116. Testimonio de hombre adulto. GMH, *San Carlos*, 305.

117. Testimonio de hombre adulto. GMH, *San Carlos*, 305.





 Ritual por la vida en la Iglesia de Bojayá - Chocó, seis meses después de la masacre. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, octubre del 2002

Fueron muchos hijos de compañeras que bajaban desplazados buscando refugio, incluso mi casa es como un sótano, ahí dormíamos hasta quince personas, teníamos cobijas en el piso y bajaban de arriba pidiendo la ayuda. Entonces nos metíamos todas ahí mientras amanecía para poder ir a buscar refugio en el restaurante o en el colegio La Independencia. A un grupo de varias señoras que fueron salidas de allá, les quemaron los ranchitos.<sup>120</sup>

Las personas en sus relatos dan testimonio del ingenio que exigieron estas estrategias y del sentido protector y recuperativo que tuvieron los espacios de refugio. Los testimonios ilustran tácticas para rehabilitar los espacios públicos destruidos y los actos mediante los que buscaron quitarles su encadenamiento como sino de guerra.

Las memorias del refugio evocan los actos y rituales de recuperación y limpieza del territorio. Así, algunas comunidades intentan reconstruir sus rutinas y trabajos, y buscan reparar los efectos de las violencias sobre sus vidas. El retorno de los habitantes de Bojayá cuatro meses después de ocurrida la masacre estuvo acompañado de una misa y un ritual. A través de la danza de los jóvenes sobrevivientes, en conjunción con el fuego, la música y la limpieza del lugar con agua bendita, se restauró a la iglesia como lugar protector, y se fortalecieron los espacios para la elaboración del duelo:

El padre Antún, líder espiritual de la comunidad, conmemoró con ellos el retorno de los desplazados delineando en el piso de la iglesia un croquis del Chocó con 119 velas. Esa noche, además de orarle al niño Jesús y a la Virgen María, invocaron la protección de Changó, dios africano de la guerra y la fecundidad.<sup>121</sup>

En estas narrativas se resalta además que se sobrevive, no solo por la recursividad y valentía de las víctimas, sino también gracias al refugio y la

valentía que otros solidarios les proporcionaron. Estos actos individuales o colectivos de ayuda y protección son el tema de la siguiente sección.

### 5.3.1.3 Las solidaridades y las ayudas

Yo siempre he sido muy conocido en el pueblo, gracias a Dios; cuando iba en El Alto, una señora me vio y me dijo: “¡Por Dios, para dónde va!” —“Me dijeron que tenía que ir para el parque”. Y me dice la señora: “No, no, no, venga”. Y me entró para la casa, me metió en el último rincón y cerró la puerta, y ellas miraron yo no sé por dónde y que cuando pasaron eran como arreando animales, con toda la gente así [...].<sup>122</sup>

Recordar los actos mediante los que ciertas personas salvaron, ayudaron o protegieron a otros en situaciones límite rescata la bondad humana que permite a personas o grupos enteros huir, encontrar refugio o resolver circunstancias de alto riesgo. Los testimonios evocan el enfrentamiento de un peligro inminente, pero se detienen ante el horror para reconocer a quienes ayudaron e intervinieron en favor de las víctimas. Estas memorias, que con frecuencia recalcan la ausencia de las instituciones estatales en momentos críticos, reclaman el reconocimiento a las acciones de rescate de mujeres y hombres del común, y reivindican cómo sus acciones les permitieron sobrevivir. Estos recuerdos resaltan la decencia de ciertas personas, su capacidad de responder y actuar con bondad y entereza moral frente a los crímenes y vilezas de otros.<sup>123</sup>

Un profesor en San Carlos evocó su llegada al pueblo durante los años del control paramilitar. Justo al llegar, una señora le advirtió que no siguiera porque los paramilitares acababan de entrar: “Yo llegué al pueblo y cuando iba entrando vi un carro volteado ahí como a la salida de la viejita, así todo volteado, cuando una señora llega y me dice, “Es que

120. Taller de memoria, testimonio de mujer adulta. GMH, *La huella invisible de la guerra*, 31.

121. GMH, *Bojayá*, 293.

122. Testimonio de hombre adulto. GMH, *San Carlos*, 258.

123. Ron Dudai, “‘Rescues for Humanity’: Rescuers, Mass Atrocities, and Transitional Justice”, *Human Rights Quarterly* 34 1 (2012): 1-38.



se entraron los paracos; profe no siga...” Yo iba con otra profesora, yo qué hacía, yo dije, ‘yo tengo que entrar’”<sup>124</sup>. El profesor continuó su camino a pesar de las advertencias de la señora. A los pocos minutos, los paramilitares lo pararon y lo sometieron a una requisita minuciosa, lo que le generó un profundo temor. Finalmente lo dejaron seguir su camino, pero el riesgo permaneció latente porque en el parque del pueblo, hacia el cual se dirigía, estaban los paramilitares separando y llevándose a los hombres. Una familiar que lo vio pasar recurrió a una estrategia diferente para impedir que el profesor llegara hasta el parque:

[...] Yo seguí por la calle que da del hospital al parque, cuando iba más o menos por donde mi tío Arnolfo, salió la esposa y me dijo, “Por Dios ¿para dónde va usted con esas botas?”<sup>125</sup>, y yo “Necesito ir a la emisora y tengo que ir al parque”. Y me dijo “Nada, usted se me entra para la casa, se me cambia esas botas, se las quita, y no se va para ningún parque, se me va para la casa”, y yo “¿Y por qué?”, Y ella: “Es que ese parque está miedoso, ¿quiere que lo maten?”<sup>126</sup>.

Vecinos, paisanos o personas anónimas ayudaron con advertencias sobre el peligro, con informaciones breves e incluso, como en este caso, con “órdenes”. Mediante estos actos de bondad, una persona o grupos enteros pudieron protegerse y salvar sus vidas. En momentos de caos y terror, estos gestos de ayuda rescatan el sentido de humanidad y solidaridad.<sup>127</sup> Durante la masacre de Bahía Portete en La Guajira, varias familias se escondieron por dos días en los mangles de la bahía, hasta que unos pescadores les dieron agua y comida y los llevaron a otro lugar. Durante esta misma masacre, la maestra del pueblo y su hija se salvaron gracias al mensaje que les transmitió un vecino. Quienes ayudan son, en ocasiones, personas conocidas con las que regularmente se intercambia

124. Testimonio de hombre adulto. Taller de memoria, San Carlos, marzo del 2010.

125. Como se explicó en el acápite sobre la estigmatización, atuendos como las botas eran con frecuencia utilizados como prueba fáctica de que se era guerrillero.

126. Testimonio de hombre adulto. Taller de memoria, San Carlos, marzo del 2010.

127. Jacques Semelin, Claire Andrieu y Sarah Gensburger, *Resisting Genocide. The Multiple Forms of Rescue* (Nueva York: Columbia University Press, 2011).

información, pero también están aquellas que actúan de manera anónima. Así lo recuerda un joven de la Comuna 13 de Medellín:

[...] Como al año, yo volví al año... cuando un día por la tarde sonó el teléfono y yo contesté: “Parce, ábrase que van por usted, váyase como sea, váyase, es mejor que se vaya, que a mí también me toco venirme”. Y yo: “¡Cómo así!”, “No, no, váyase con lo que tenga, como pueda”.<sup>128</sup>

Estas acciones tuvieron lugar en momentos en que las relaciones entre los mismos vecinos habían sido profundamente afectadas por las desconfianzas generadas a partir de la colaboración de algunos de ellos con los agentes armados, o de la consagración de alianzas que les permitieran obtener beneficios políticos o económicos. El registro en la memoria de estos actos humanos hace parte de un lenguaje que intenta reconciliar el sufrimiento y sobrevivencia personal con un tejido de relaciones colectivas que también ha sido duramente afectado por las complicidades y colaboraciones referenciadas anteriormente.

### 5.3.1.4 Los rescates humanitarios

En el año 2000, cuando las mujeres de la comunidad del Valle Encantado en el departamento de Córdoba avanzaban con su proyecto cooperativo para trabajar la tierra y generar alternativas alimentarias y de producción, los paramilitares reclutaron algunos de los jóvenes de la comunidad mediante engaños y ofertas de empleo en fincas. Cuando las madres se dieron cuenta de la situación, decidieron rescatar a sus hijos, a pesar del alto riesgo que suponía actuar durante uno de los periodos más álgidos de la guerra. La memoria de este evento la reconstruye la hija de una de las líderes:

Mi mami convocó a todas las madres y otras mujeres que quisieran ir a buscar a sus hijos y arrebatárselos a los paramilitares.

128. Testimonio de hombre adulto. GMH, *Comuna 13*, 138.

En esa época, mediados del año 2000, llovía mucho, el barro llegaba –y aún lo hace– hasta las rodillas, pero nada de eso impidió que se organizara una gran marcha al nido de los paracos. A las seis de la mañana se emprendió la caminata, eran cerca de 200 mujeres que se apoyaban las unas a las otras para no caer a los charcos de agua en la carretera, que como siempre estaba inservible. El sitio al que irían estaba lejos, debían pasar por una población llamada Guasimal, controlada por paramilitares. [...] Mi madre iba diciendo a las mujeres que no demostraran miedo, que ellos no podían ser tan tontos para matar a tantas mujeres. [...] Cuando el terrible comandante estuvo enfrente de las mujeres, les preguntó qué buscaban, y ellas respondieron en coro: “¡A nuestros hijos!”.<sup>129</sup>

Horas más tarde las mujeres regresaron al Valle Encantado con sus hijos. Una parte de estas narrativas hace referencia a los actos de valentía mediante los cuales mujeres y hombres enfrentaron de manera organizada o espontánea a los victimarios. A través de estos actos, la población busca alterar los designios e intenciones de los victimarios. En algunos casos, su desafiante acción ha sido exitosa. Tal es el caso de las mujeres del Valle Encantado, en cuyas memorias se reconstruye este evento como ejemplo de la resistencia y capacidad de acción colectiva. Su desafío llegó al punto de interpelar al comandante, y amenazarle con que no se irían hasta recuperar a sus hijos. De manera similar, las mujeres en El Placer intercedieron por aquellos hombres que estaban detenidos para rescatarlos de la situación en que se encontraban. Ellas capitalizan sobre la percepción local de la guerra como un espacio masculino para desarrollar su propia capacidad de maniobra:

Esta tarea no solo la cumplió la abuela Noemí: también otras mujeres intermediaron en las decisiones de los armados sobre la vida de los pobladores: “A los hombres les tiraban más feo, entonces uno se enfrentaba, con miedo, pero les enfrentaba.

Nos sabíamos reunir entre varias para ir a que [soltaran a] los detenidos.<sup>130</sup>

Los intentos de rescate o de cambiar la voluntad de los actores armados no siempre fueron exitosos. Su registro en la memoria, sin embargo, redime los recursos a la palabra, las negociaciones cara a cara y los intentos valerosos que, en situaciones extremas, madres, mujeres y hombres emprendieron para liberar a sus seres queridos de un destino adverso o fatal. Estos actos tienen un carácter extraordinario y constituyen formas específicas de resistencia civil que se comprometen con la vida o el destino de las víctimas, en oposición a los proyectos de los actores armados. Una mujer de Trujillo recuerda cuando ella y otras madres y padres encararon a guerrilleros que estaba reclutando a jóvenes y niños:

[...] Cuando fue entrando el grupo de la guerrilla se fue complicando todo. [...] Cuando yo bajaba a La Sonora, veía a mi hijo allá y le preguntaba: “¿Usted qué está haciendo acá?”. “No, acá conversando con ella”. “¿Y qué está conversando?” “No, cosas personales”. “Usted no tiene por qué estar conversando, porque usted es menor de edad. Si ustedes van a incluir a mi hijo en algo raro yo voy a poner el denuncia”. “Si usted va a poner el denuncia la mandamos matar con toda su familia”, así fue la amenaza. Me dio rabia, a mí no me importó que fuera guerrilla, no tienen por qué conquistar a mis hijos. Mi hijo no había completado los quince años. “Yo no acepto eso, yo voy a hablar con el jefe”. [...] entonces nos fuimos todos los padres de familia y ¿sabe qué hicieron? amenazaron a nuestros hijos: “si ustedes no se vienen con nosotros, sus papás se mueren”. [...] Llegaron esos señores y me dijeron: “Buenas, buenas”; “Sigán”. “Necesitamos conversar con usted, ¿usted como que se rebeló?” “No, es que a mí me da rabia, imagínese, unos muchachos tan pequeños que los vayan a obligar, es que no se justifica. Uno saca la cara por sus hijos. Uno no quiere perderlos. Ustedes son un

129. Testimonio de mujer adulta. GMH, *Mujeres que hacen historia*, 44.

130. Testimonio de mujer adulta. GMH, *El Placer*, 316.

peligro”; “No, es que nosotros estamos formando una escuela”. [...] Bueno, eso se fue así, se los llevaron.<sup>131</sup>

Los diferentes intentos de esta mujer por rescatar a su hijo no lograron alterar los designios guerrilleros y tropezaron con la inflexibilidad de los armados. Su relato, sin embargo, recupera la capacidad de respuesta con la cual negocia con los guerrilleros, mientras aduce razones de peso fundamentadas sobre un sentido de rectitud moral. De la misma manera, las mujeres de Chengue en el departamento de Sucre, durante la masacre perpetrada por las AUC el 13 de febrero del 2001, acudieron al recurso de la palabra y a la protección física de sus hijos para salvarles la vida. Si bien ellas no lograron parar la masacre, defendieron y rescataron a sus hijos del destino fatal:

En el 2001, el 17 de enero, pues algo enmarcable, algo que no se va a borrar de las mentes, fue la masacre de Chengue, el lugar donde ocurrió fue en la Plaza Principal de Chengue, eh..., los autores fueron los paramilitares, pues fue algo, algo demasiado atroz por decirlo así, porque hubieron unas muertes muy feas, donde en poquitas palabras les voy a decir que reunieron a la gente en el parque, o sea, a los hombres y a algunas mujeres, porque el que logró salir, escapar, pues se fue [...] En ese plazo de tiempo, pues, llevaron a los hombres, habían niños de 12-14 años, eso sí logramos defenderlos como pudimos para que no les hicieran nada, sin embargo los pateaban, después de ese momento que ya mataron la gente nos mandaron a una casa y empezaron a quemar, a quemar, a quemar las [otras] casas.<sup>132</sup>

El rescate de la dignidad mediante el trabajo de la memoria se revela en este testimonio con el uso del calificativo “enmarcable” referido a la masacre, y también en las acciones emprendidas por las mujeres. De la misma manera en la década de 1970, otra mujer, Magola Gómez, también lideresa social y esposa del dirigente liberal Germán Gómez Peláez,

quien fuera el primer secuestrado de Montería, acudió a campesinos conocidos de veredas para recuperar el cadáver de su esposo asesinado por la guerrilla del Ejército Popular de Liberación – EPL:

A Germán lo secuestran el 5 de mayo y lo matan el 9 del mismo mes, y lo enterramos el 12 porque a él lo mataron por los Llanos de Tigre, entre los límites de Córdoba y Antioquia [...] querían enterrarlo en la montaña y yo cogí el micrófono de la emisora y llamé a los campesinos de Montelíbano, de San Francisco del Rayo, y les dije: “Compañeros, acaban de asesinar al líder Germán Gómez Peláez, y el Ejército quiere enterrarlo en las montañas del San Jorge. Yo les pido que lo saquen a San Francisco del Rayo, tomen una hamaca, échenle cal al cadáver y tráiganlo ustedes a San Francisco del Rayo”.<sup>133</sup>

Los sobrevivientes de la masacre de Bojayá evocan otra forma de rescate humanitario que ocurrió en medio de las atrocidades de la guerra. La población recuerda los esfuerzos extraordinarios del párroco de Bellavista para llevar a los sobrevivientes a la orilla del río y escapar en lanchas:

[...] A eso sale el padre Antún, que él estaba adentro en la iglesia... sale así por todo el agua, arriesgando su vida a que le cayera una bala, y movilizándolo la gente a que todo el mundo nos fuéramos... en un bote rumbo para Vigía [del Fuerte], para nosotros poder salvar la vida, porque le digo que si no hubiera sido por el padre Antún nosotros nos quedamos en Bellavista y la guerrilla acaba con todo el pueblo entero... eso ahí todo el mundo no tuvo que ver ni por sacar plata, ni por sacar lajas, ni por sacar comida, todo el mundo se fue apenas con el cuerpo, y con los brazos bogando en un bote grandísimo, porque ni los remos se pudieron cargar [...].<sup>134</sup>

131. Testimonio de mujer adulta. GMH, *Trujillo*, 166-167.

132. Testimonios de lideresas campesinas. GMH, *La tierra en disputa*, 349.

133. Testimonio de Magola. GMH, *Mujeres que hacen historia*, 61.

134. Testimonio de hombre anciano. GMH, *Bojayá*, 61.

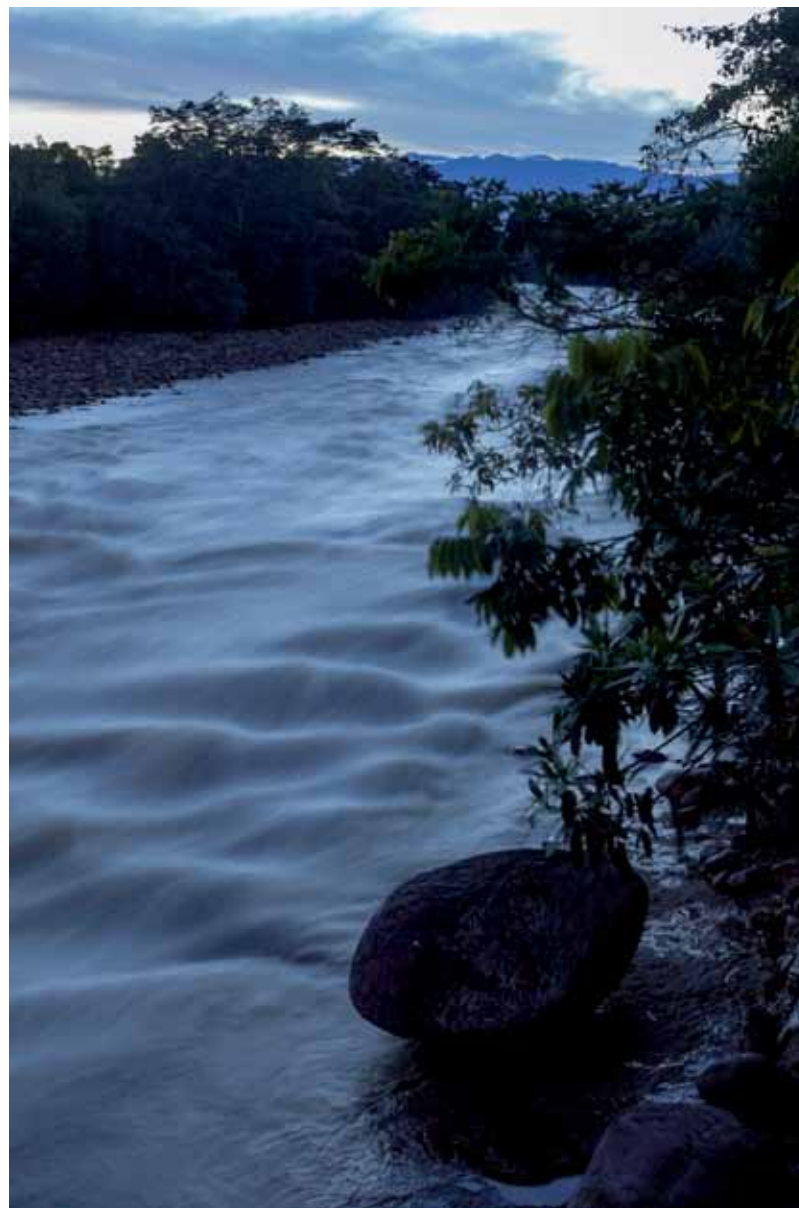
En estos testimonios en los que las protagonistas son, en su mayoría, mujeres que actúan como madres, esposas y líderes para lograr la liberación de las personas detenidas y la recuperación de cadáveres, se resalta su ingeniosidad y su hábil manejo de la palabra y las redes organizativas. El objetivo último de quienes intervinieron con actos humanitarios era cambiar el curso de lo que parecían designios o decisiones inamovibles de los agentes armados. Las memorias además rescatan cómo mujeres, hombres, madres, padres o vecinos no sucumbieron frente a la barbaridad de las acciones de los victimarios, ni frente al poder de sus armas. Por el contrario, las víctimas acudieron a la palabra, a los recursos simbólicos o incluso a la defensa física para proteger a sus seres queridos y para intentar alterar la situación.

#### 5.3.1.5 Los actos extraordinarios

Los actos extraordinarios que vecinos, familiares, líderes o héroes anónimos realizaron para salvar la vida de quienes estuvieron a punto de morir o para restaurar dignidad a los cuerpos de heridos o muertos perviven en las memorias de quienes se beneficiaron o fueron testigos de estas acciones. Las historias de estas acciones extraordinarias ponen énfasis sobre el valor, la calidad humana y la rectitud moral de estas heroínas y héroes anónimos.

Doce años después de la masacre de El Tigre, Putumayo, en 1999, dos mujeres evocan el abandono de parte de las autoridades y sus esfuerzos descomunales por recuperar los cadáveres tirados al río Guamuez y devolvérselos a sus familiares:

Desde el día de la masacre comenzamos a hacer memoria histórica, eso fue hace 12 años. Nosotros como mujeres valientes hicimos un proceso silencioso, pero a la vez un proceso de esperanza. Cuando se fueron estos hombres macabros después de la masacre, tuvimos la fortaleza de recoger los hombres del



 Río Guamuez, Vereda Puerto Amor, Putumayo.  
Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2012



río con el estómago abierto, los cosimos con una aguja capotera y les metimos los intestinos, fuimos cuatro mujeres.<sup>135</sup>

Reunimos todos los cadáveres y los llevamos a la plaza de mercado. Autoridades ninguna, la inspectora que había en ese tiempo vivía en otra vereda. Luego vino el cuerpo de bomberos, la Cruz Roja y la inspectora de La Hormiga, pero no vinieron ni la policía, ni los jueces, ni los fiscales. Entre los más valientes nos dimos en la tarea de arreglar los cadáveres, de coserlos, para entregarlos a las personas que quisieran llevarlos.<sup>136</sup>

Las brutales acciones de los paramilitares durante la masacre y la disposición de los cadáveres en los dos límites del pueblo llevaron un mensaje claro de intimidación a la población. En este escenario de profunda desolación, muerte y amenaza, pero particularmente bajo la orden de permanecer en silencio, el rescate de los cuerpos del río constituyó una acción de desafío anónimo de gran valentía, como bien lo caracteriza una de las líderes del pueblo.

Frente a la determinación de los paramilitares de “descontinuar el pueblo”, el relato de estas mujeres enfatiza su coraje. Su determinación de no dejarse destruir y su empeño por restaurar la dignidad de los cuerpos ultrajados les permite a otros hacer los trabajos del duelo y los rituales funerarios. Ellas se convierten de esta manera en justas restauradoras de la dignidad de los muertos y en facilitadoras del duelo. Este proceso silencioso en el que se reparan los cuerpos es también un proceso de reparación social para continuar con la vida diaria y además, como dice una de las líderes, constituye una acción de memoria.

De manera similar, los relatos de algunos sobrevivientes de la masacre de Bojayá sobre los momentos caóticos que siguieron al lanzamiento de la pipeta de gas que cayó en la iglesia de Bellavista recuerdan a Minelia.

135. Intervención en taller de Memoria Histórica con gestores de memoria, Cúcuta, 2011.

136. GMH, *El Tigre*, 30.

Esta mujer que padece una enfermedad mental, permaneció día y noche en la iglesia y en la casa cural cuando ocurrió la masacre. Allí, junto con las hermanas misioneras y algunos líderes de la comunidad, ayudaron a los heridos y cuidaron de los muertos:

Minelia fue la enfermera. Ese día después que ya pasó todo, que explotó la bomba y todo, yo no pude correr, me tocó quedarme ahí con la hija mía y entonces se ajustó un sol muy fuerte, y esa iglesia estaba sin techo y yo sin poder caminar. Ella ayudaba a todos los que todavía estaban vivos y hablaban, y yo le dije: “Ay Minelia ayúdame a llegar a la sacristía” y ahí verdad me ayudó, ayudó a mi hija, me alzó, me arrastró y me metió allá. Yo tenía ese dolor tan... estaba sangrando mucho y yo le dije, “ay Minelia vaya y me hace una agua sal” y me trae y me dijo: “ve, ¡aquí no hay sal!” y yo le dije: “Sí, en la cocina de los curas”. Y de verdad fue, trajo la sal y el agua e hizo el agua sal y me dio para calmar el sangrado.<sup>137</sup>

Cuando las personas heridas y sobrevivientes pudieron finalmente salir de la iglesia y escaparon a Vigía del Fuerte, Minelia permaneció en el pueblo y fue ella “quien armó los cuerpos destrozados de quienes murieron en la iglesia”.<sup>138</sup> Como las mujeres de El Tigre, el trabajo reparador de Minelia les devolvió cuerpo y humanidad a las víctimas. Pero además, Minelia cumplió un papel cultural central al recomponer los cuerpos, y permitió así el restablecimiento de la comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos.<sup>139</sup> Esta conexión e intermediación fue esencial para reparar también el lazo que, dentro de los referentes culturales de las comunidades negras del Pacífico, debe existir entre estos dos mundos. Los sobrevivientes, al tener que escapar para protegerse, no pudieron recoger a sus muertos, ni cuidarlos, ni ofrecerles los rituales que les permiten su tránsito ulterior.

137. Testimonio de mujer adulta. GMH, *Bojayá*, 62-63.

138. Delma Constanza Millán Echeverría, “Ya no llega el Limbo porque la gente bailando está”. Prácticas de memoria en Bojayá, Chocó (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2009), consultada el 22 de mayo del 2013, <http://www.bdigital.unal.edu.co/8828/1/478187.2009.pdf>.

139. Millán Echeverría, “Ya no llega el Limbo porque la gente bailando está”, 130.



 Minelia Palomeque, Bojayá, Chocó. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, octubre del 2002

Por otro lado, en algunos testimonios sobre masacres, ejecuciones o repertorios de terror se evocan las acciones de valentía y decencia y afirmación de humanidad que realizaron quienes perecieron. Un sobreviviente de la masacre de Bahía Portete da testimonio sobre los últimos momentos de Diana, una de las mujeres wayuu que fue raptada en la masacre y cuyo cuerpo aún permanece desaparecido:

Aclaro, antes de matar a Diana, ellos pasaron con ella amarrada adonde el señor que vivía cerca de mi casa. Él corrió a buscarme a decirme que a Diana la llevaban atada los alijunas [foráneos, no indígenas], que hacía poco habían estado en su casa y que lo habían golpeado con las armas largas pero no lo mataron, porque Diana había intervenido que lo dejaran tranquilo. Él me contó y me dijo que se iba a avisarle a la demás gente.<sup>140</sup>

Este conjunto de relatos testimonian actos mediante los que mujeres y hombres, jóvenes, niñas y niños se protegen, forjan solidaridades y rescatan la vida en condiciones adversas. Estas historias dan cuenta de los modos en que las víctimas se comunican y resisten las violencias, y de las valoraciones o juicios morales que anclan las memorias. En estas se reivindican los esfuerzos individuales y colectivos que resignifican el sobrevivir como una acción que exige mucho más que seguir vivo, al tiempo que hacen un reconocimiento a personas cercanas, vecinos e incluso desconocidos y a sus actos de rescate en medio de un entorno de violencia continua. Las memorias rescatan los actos de solidaridad que afirmaron la humanidad y el coraje de las víctimas y testigos.<sup>141</sup>

### 5.3.2. Resistir la guerra

Las formas de resistencia en el día a día de la guerra que se han documentado en los acápites anteriores constituyen mecanismos de autoprotección y solidaridad que sostienen a las personas en medio de la

violencia. Estos mecanismos también crean espacios de recuperación y reparación que permiten continuar con la vida diaria, y representan actos de resistencia invisibles que generan autonomía y solidaridad en las relaciones sociales. A las memorias de acciones bondadosas de quienes se atrevieron a ayudar a otros las acompañan otras memorias de resistencias más directas y organizadas. Este otro tipo de acciones son situaciones específicas en las que individuos o grupos enteros rechazan órdenes impuestas, responden de manera frontal y se sublevan en contra de sus victimarios.

#### 5.3.2.1 Las desobediencias y la recuperación de espacios

El GMH encontró un gran acervo de narrativas en las que se enfatizan estrategias y mecanismos para resistir la regulación de la vida que ejercían los actores armados. Se trata de formas repentinas, ocultas<sup>142</sup> y casi invisibles de rechazar la acción armada. Las memorias de la vida diaria bajo el control de la guerrilla o los paramilitares relatan también las acciones mediante las que los pobladores rechazaron órdenes impuestas y transgredieron las prohibiciones. En San Carlos, en el oriente antioqueño, residentes del casco urbano desobedecieron el toque de queda impuesto por paramilitares del Bloque Cacique Nutibara, y salieron a las calles a compartir y a jugar al bingo pese a la orden de permanecer en las casas después de las 5:30 de la tarde. A esa hora, según un testigo, los residentes “estábamos sacando mesita, nocheritos, lo que fuera, donde se pudiera colocar y el bingo grande, y a hacer chocolate ahí en la calle”.<sup>143</sup>

Este tipo de respuesta a las órdenes de los actores armados deviene en insubordinación abierta, pública y colectiva. La desobediencia se manifiesta en formas de subversión grupal que se reapropian de la calle como lugar de reunión, y no en confrontación directa con quienes someten. Salir a la calle es un acto mediante el que las personas buscan preservar

140. GMH, *Bahía Portete*, 57.

141. Dudai, “Rescues for Humanity”, 7.

142. James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos* (México D.F.: Ediciones Era, 2000).

143. Testimonio de hombre adulto. GMH, *San Carlos*, 319.



las prácticas culturales y actividades sociales que conforman, desde su perspectiva, un aspecto central de su vida social como comunidad, y mediante las que, de acuerdo con otro residente de San Carlos, “se resistían estando ahí jugando y no importaba qué les dijeran”.<sup>144</sup>

Las narrativas describen en detalle estos aspectos de la resistencia por que constituyen acciones que recuperan y renuevan el tejido social. Estos actos de desobediencia lograron mantener cierta cohesión y fuerza entre quienes decidían transgredir las prohibiciones y quienes, a su vez, interpelaban a los observadores sobre lo que estaba sucediendo:

[...] Todas las noches en la calle de los bomberos que yo siempre toda la vida viví en la calle de los bomberos... nosotros todas las noches jugábamos bingo y pasaban pues la gente armada y nos hacían entrar, pues algunos entraban y mi abuelita nos decía que no nos entráramos ahí [...], siempre pasaban los armados y hacían entrar a la gente y, como les dije ahorita, mi abuelita nos decía que no, que nos quedáramos ahí, nos quedábamos ahí.<sup>145</sup>

De la misma manera ocurrió en Berrugas, Sucre:

En Berrugas prohibieron un espacio en la calle que tenían las mujeres de jugar cartas, entonces ellas seguían jugando y se pasaban por encima la norma, y una mujer seguía haciendo la reunión con sus amigas en su casa. Entonces un día llegó el paraco; llega y ella se puso toda nerviosa y decía: “Señor Barajas, yo le prometo no jugar más paracos”, y él se rió y dijo: “¡Estas viejas! Se las perdono por esta vez”.<sup>146</sup>

En los dos testimonios se revela también cómo las mujeres desobedecieron la orden e instruyeron a otros más jóvenes a que también lo hicieran.

Este tipo de actos de insubordinación en la vida cotidiana requiere un cálculo estratégico en la evaluación del riesgo y, como se evidencia en ambos testimonios, prudencia y habilidad para negociar o practicar un cierto tipo de conformismo irreverente.<sup>147</sup>

La recuperación de espacios y lazos sociales debilitados por las órdenes, prohibiciones y acciones violentas de paramilitares y guerrilla busca alterar el sometimiento en que viven las víctimas y crear opciones para el encuentro. En la Comuna 13 de Medellín, los testimonios de los jóvenes líderes de grupos culturales resaltan el sentido rector de sus iniciativas. Estos jóvenes rememoran la manera como decidieron enfrentar las restricciones para ir a otros barrios o encontrarse en las noches entre los años 2001 y 2002. Los grupos juveniles organizaron torneos nocturnos para rescatar la noche y confrontar el miedo:

Entonces nosotros: ¡Venga, parce, vamos a hacer un torneo por la noche! Y lo concertamos también con otros grupos juveniles de otras zonas, con las otras entidades comunitarias y tuvimos como respaldo entonces, por ejemplo, de los barrios y de otros grupos sacaron equipo femenino y masculino y hacíamos torneo. Un partido a las 10 y un partido a las 11, y a las 12 de la noche estábamos todavía jugando fútbol. Evitando y tratando de que vieran que había gente en la calle entonces que no se podía como suscitar cosas. Funcionó mucho, pues toda la jornada fue llena, fue la gente, la cancha llena, graderías llenas. Entonces la gente se movía y había un tránsito muy común, no había ese silencio de miedo, sino que había bulla de la gente caminando y los equipos volviendo a los barrios y la gente también ahí porque les poníamos música a todo taco.<sup>148</sup>

144. Testimonio de joven, Taller de gestores de memoria, San Carlos, 2010.

145. Testimonio de joven, Taller de gestores de memoria, San Carlos, 2010.

146. Entrevista a hombre joven. GMH, *Mujeres y guerra*, 125.

147. Susan Thomson, “Whispering Truth to Power: the Everyday Resistance of Rwandan Peasants to Post-Genocide Reconciliation”, *African Affairs* 110 440 (2011): 439-456.

148. Testimonio de hombre joven, líder desplazado. GMH, *La huella invisible de la guerra*, 208.





 Proyección del Colectivo de Comunicaciones de Montes de María. Fotografía: Colectivo de Comunicaciones de Montes de María.

Estos actos de “quitarle espacio”<sup>149</sup> a los grupos armados tienen también como objetivo la reconstrucción y recuperación de las prácticas nocturnas de encuentro social en las calles. La estrategia de tomarse el espacio de la noche y las canchas constituyó un acto, tanto de confrontación como de desobediencia indirecta, que infortunadamente no pudo ser mantenido cuando la violencia se agudizó en el 2002.<sup>150</sup>

En la región de Montes de María, el Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21 trabaja con radio, video y televisión comunitarias desde 1994. Con sede en Carmen de Bolívar, el Colectivo lanzó la iniciativa del cine club itinerante en los momentos más álgidos de la confrontación armada, cuando estallaron simultáneamente cuatro bombas en el Carmen de Bolívar. El miedo generado por los hechos de violencia dejó las calles y los espacios de encuentro vacíos como rememora una de las gestoras de esta iniciativa:

Cuando empezó toda esta situación en la región y se puso negra la noche, nosotros pensamos en crear una luz en esa noche y se nos ocurrió hacer el cine itinerante la Rosa Púrpura del Cairo, después del año 2000 y de la masacre de El Salado, cuando nadie salía de noche. Empezamos a recobrar el espacio público y a decirles a los violentos que no nos iban a meter miedo. Por eso hablamos de re-existir y lo hacemos a través del cine. Esa herramienta para el cambio social nosotros la inventamos en la región. Tenemos hace dos años y medio el proyecto de memoria histórica y también con otros aliados hemos inventado Comunicación, Memoria y Territorio.<sup>151</sup>

Las personas que emprendieron el cine club recuperaron con esta iniciativa el control de la noche, y conjuraron el miedo defendiendo un espacio social emblemático. Salir a la calle otra vez para reunirse y ver

películas abrió espacios protectores de la vida comunitaria y desde los que también se comunicaba el rechazo a los actores armados.

Los líderes del Proceso de Comunidades Negras – PCN – en el Pacífico, acompañados por organizaciones sociales nacionales e internacionales, han realizado recorridos en los cuales reconocen y dan testimonio de hechos de violencia e injusticia histórica. Gracias a éstas, los integrantes del PCN han mantenido viva una historia de resistencia que reconoce huellas territoriales y conecta sus luchas presentes con la memoria histórica de la esclavización. Los recorridos, en palabras de uno de los líderes, “no buscan simplemente una visibilización y reconocimiento, pues ellos también están buscando testimonios de esos horrores más allá del reconocimiento”.<sup>152</sup> Prácticas como la de caminar el territorio y la celebración de conmemoraciones (por ejemplo la de la muerte del río Anchicayá), demuestran formas de resistencia que resignifican el territorio mediante actos ceremoniales de limpieza: “Nuestros ancestros tienen que proteger y limpiar los lugares donde las masacres ocurrieron, desde ahí comienza su reconstrucción”.<sup>153</sup> Estas prácticas constituyen otras formas de resistencia civil ancladas en la defensa y recuperación del territorio.

### 5.3.2.2 Los rechazos frontales y las negociaciones

En medio de periodos de dominación y control, encarar a los actores armados se recuerda como práctica de rechazo frontal a la violencia. Dos tipos de rechazo a las acciones, coordinadas o no, de los actores armados se registran en los testimonios recopilados por el GMH. De un lado, están las personas que buscan defender a la comunidad o a una parte de ella. Estas son, la mayoría de las veces, líderes sociales. De otro, están aquellos que se levantan en defensa propia, y en muchas ocasiones, como último recurso para salvar la vida. La población acude a estas

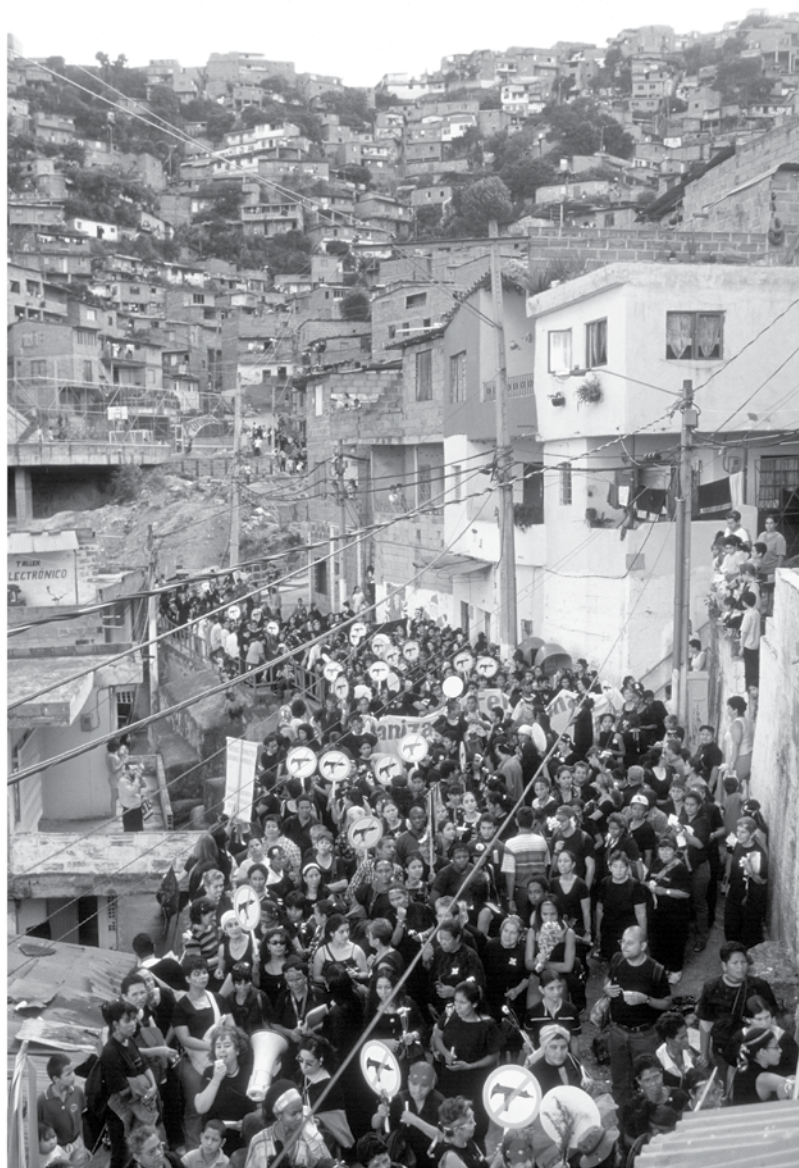
149. Clemencia Rodríguez, ed., *Lo que le vamos quitando a la guerra. Medios ciudadanos en contextos de conflicto armado en Colombia*. (Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, 2008).

150. GMH, *La huella invisible de la guerra*, 205-206.

151. Intervención en Taller con gestores de memoria, Cúcuta, 2011.

152. Entrevista a líder de PCN. GMH, *Memorias en tiempo de guerra. Repertorio de iniciativas* (Bogotá: Punto Aparte Editores, 2009), 169.

153. GMH, *Memorias en tiempo de guerra*, 168.



 Marcha en silencio de organizaciones de mujeres y de jóvenes, Comuna 13 de Medellín. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, noviembre del 2002.

acciones para encarar a los actores armados con el fin de oponerse a sus arbitrariedades y atropellos o al daño que causan sobre el orden y las relaciones sociales cotidianas. En el testimonio que sigue, una líder del Valle Encantado en Córdoba narra su oposición directa al intento de un paramilitar de degollar a un joven:

[...] Nos jodieron acá a nuestros hijos, porque cuando yo vi que el hombre cogió al muchacho, le quitó la gorra, yo lo vi que en seguida ¡pa!, le puso la mano en la rula [machete], y se le transformó la cara. Yo dije: -Ya este muchacho, a lo que ese hombre le venga a mochar, le mocha la cabeza, mínimo lo van... nos van a matar a toditos aquí, enseguida me paré yo y le dije al hombre: “Mire señor, un momento, usted dice que tiene orden de venir aquí a buscar a alguien porque hubo una pelea. Mire, déjeme decirle a usted, los problemas internos de nosotras aquí en esta comunidad, los resolvemos nosotras, porque tenemos la autoridad y tenemos un comité para eso, para resolver nuestros problemas”.<sup>154</sup>

La descripción en este relato revela el carácter frontal pero también delicado, inteligente y dúctil de su estrategia. En otra situación similar ocurrida en la misma comunidad, la lideresa encaró a los agentes armados y les instruyó sobre cómo debían comportarse. Así lo recuerda su hija:

Uno de los hombres armados empezó a caminar entre los jóvenes, se buscó en sus bolsillos y sacó unas tijeras con las que pretendía cortarles el cabello a los chicos, que ya estaban de mal genio y no se iban a dejar tan fácil al ver la reacción de ellos. Mi madre le dijo al hombre: “Me parece que esa no es la mejor manera de llegarle a la gente, sé que ustedes tienen intereses políticos a futuro. Esta es la gente que puede votar por sus propuestas, pero no creo que quieran si les imponen este juego. Además, la Constitución Política de Colombia dice que la gente tiene derecho al libre desarrollo de la personalidad y

154. Mujer adulta, campesina desplazada y lideresa. GMH, *La tierra en disputa*, 328.



eso implica llevar el cabello como se les antoje. Si ustedes están enseñando normas, deberían empezar por las que se encuentran en la Carta Política”. El hombre quedó perplejo al escuchar esas palabras; en los imaginarios de esos grupos está el que la gente es bruta e ignorante y fácil de embolatar. El hombre dijo: “Perdón señora, no sabía que era abogada”. Ella le dijo que no era abogada, que simplemente era una ciudadana que conocía y acataba las normas de su país. El comandante dijo que le parecía muy bien que la gente resolviera los problemas, pero advirtió que si se armaba una riña, ellos intervendrían, y al quedar sin argumentos, se marchó junto a sus hombres. La comunidad descansó al verlos ir, pero lo peor estaba por venir.<sup>155</sup>

Esta mujer crea una situación de interacción con los actores armados, los aconseja como persona mayor y sabia, y de esta manera, subvierte la lógica punitiva y letal del orden armado. Su estrategia es efectiva porque los actores armados no esperan este tipo de desafío en el que ellos son tratados como menores aconsejados y orientados, y en medio de su perplejidad se retiran.

En estos entramados de coerción, violencia y respuesta social, fueron las personas líderes de la comunidad quienes confrontaron y lograron mantener un rechazo frontal a las acciones de los actores armados. Pudieron echar mano de varios recursos de palabra, capital político y acción para negociar e incluso tomar a los actores armados por sorpresa.<sup>156</sup> Este tipo de estrategia de negociación es recordada en las narrativas porque supone un arriesgado cálculo susceptible de errores. Un error mínimo podría llegar a producir una respuesta o retaliación aún más violenta. Las tácticas negociadoras demuestran también una gran capacidad de evaluación del espacio político o emocional en el que las víctimas de la coerción pueden actuar para comunicar de manera subrepticia o abierta su desacuerdo. Es decir, el recurso a la negociación o confrontación cara a cara exige una lectura de la situación, de los interpelados y del riesgo involucrado.<sup>157</sup>

155. GMH, *Mujeres que hacen historia*, 42.

156. GMH, *San Carlos*, 313.

157. GMH, *San Carlos*, 313.

Así lo evidencia otra acción de resistencia en la que algunas personas se opusieron a que, por orden de las FARC, todos los habitantes del municipio de San Carlos incluyendo “niños, jóvenes, adultos, mamás, papás, discapacitados”,<sup>158</sup> fueran llevados hacia una vía que conduce a la ciudad de Medellín para bloquearla. En el transcurso de la reunión algunas personas interpellaron la orden de la guerrilla:

Logramos que solamente iban hombres y mujeres de tal edad a tal edad, logramos que no fueran niños ni discapacitados, o sea fuimos cediendo, la guerrilla nos fue cediendo en muchas cosas [...].<sup>159</sup>

Las narrativas de líderes y activistas sociales vinculados a movimientos cívicos o campesinos rescatan también las tácticas de acción que utilizaron principalmente las mujeres para protestar y molestar a los actores armados. Con estas acciones buscaron presionar y alterar la situación en la que se encontraban. Las numerosas historias de resistencia de las primeras generaciones de mujeres vinculadas a la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos – ANUC – incluyen los recuerdos de las tomas de tierras, las intervenciones del Ejército y la Policía, las detenciones, la desobediencia civil de mujeres y niños, y sus liberaciones:

Otro día llegó la Policía y nosotras gritamos: “¡Nadie va a correr!”... Llegó, nos quemó los ranchos y nos llevaron presas, con ollas y pelaos. Ellos iban llorando. Por el susto les dio diarrea... Cuando llegamos a la Alcaldía, con ese calor, nos encerraron a varias en un calabozo. Afuera quedaron otras mujeres con los pelaos [niños] enfermos... Como, pese a la jarana, no nos querían soltar, mandamos a las compañeras que se subieran con los pelaos a la oficina para que le cagaran la oficina al alcalde... Al poco rato nos dejaron en libertad... Nosotras pedimos que nos devolvieran las ollas y los machetes y les dijimos: “Mañana los esperamos por la tierra.” Ya les estábamos perdiendo el miedo.<sup>160</sup>

158. GMH, *San Carlos*, 316.

159. Entrevista con hombre adulto. GMH, *San Carlos*, 316.

160. GMH, *Mujeres que hacen historia*, 134.



Esta forma de protesta y desobediencia civil apela a otros recursos físicos y materiales, tales como el defecar en la oficina de la autoridad local. Se trata entonces de una forma de “protesta sucia”<sup>161</sup> que tiene claros efectos. Así pues, el rechazo y los desafíos cara a cara a las acciones y órdenes de los actores armados, o como en este caso, de las instituciones de Policía, no siempre suponen una acción radical en su contra. En ocasiones, la población hace uso de elementos aprendidos en el entorno social y político de la negociación, y logra poner en juego, ya sea sutil o airadamente, las ideas de los armados, sus emociones y algunos factores no esperados. Las comunidades, en situación de notable desventaja frente a los actores armados, dan un giro a la situación o preservan su dignidad a través del poder persuasivo que se impone sobre el de las armas, o del poder de lo inesperado y la transgresión.

Estos intentos por darle giro a la situación y definir un espacio autónomo fueron centrales en la formación de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare – ATCC –:

Nosotros no sabíamos para donde íbamos, pero acosados por el problema hicimos una junta directiva y en ese tiempo comenzamos los comités de vigilancia, cada vereda tenía 2 o 3 tipos informando lo que estaba pasando, vigilando lo que ocurría. Así empezó la ATCC, ahí le empezamos a dar forma. Nació como un fenómeno sin pies... después le fuimos dando forma, le diseñamos estatutos, fuimos diseñando una política de paz. Conocíamos lo que había ocurrido en otros países. Ya después nos empezaron a llegar libros de otras resistencias. Resistencia civil lo vinimos a llamar después, la gente nos miraba como con lástima, la gente nos decía pero es que ustedes qué van a hacer sin armas, pero es que las armas generan más violencia. Este país no necesita armas, ¿qué solucionan las guerras mundiales?, teníamos charlas con la guerrilla, con la autodefensa, nosotros

les decíamos todo eso, que ni la guerrilla ni la autodefensa habían solucionado el problema de este país.<sup>162</sup>

Esos actos de resistencia organizada que reafirman prácticas de autonomía frente a los actores armados ocupan un lugar especial en la memoria de las personas líderes sociales y de las integrantes de un conjunto de organizaciones comunitarias. Estas memorias reconstruyen las maneras de enfrentar la guerra desde una resistencia orgánica, programada y estructurada. En una de las numerosas reuniones que sostuvieron con las FARC, uno de los líderes de la ATCC entra en confrontación verbal abierta con los armados para defender la neutralidad y autonomía de la comunidad:

En esa reunión la guerrilla nos recibió planteando: “Aquí los que mandamos somos nosotros y los que obedecen son ustedes”. Pero Josué se levantó y planteó: “No. Nosotros no venimos a que nos pongan condiciones. Venimos a poner las nuestras. Hasta aquí llegaron ustedes. Nosotros no aceptamos condiciones de nadie. Preferimos morir antes que aceptar condiciones de nadie. Si lo que ustedes quieren es matarnos, mátennos aquí de una vez [...]”.<sup>163</sup>

La Guardia Indígena de los pueblos indígenas del Cauca es otro caso emblemático de resistencia organizada como acción de autonomía, que para los pueblos indígenas incluye “identidad cultural, gobierno propio y territorialidad”.<sup>164</sup> Conformada por niños, mujeres, hombres y adultos, la Guardia Indígena se crea a finales de los años noventa como una forma de resistencia directa frente a los actores armados y para la defensa de las comunidades. Su sentido está descrito en un documento colectivo del Consejo Regional Indígena del Cauca – CRIC –:

161. Begoña Aretxaga, “Dirty Protest: Symbolic Overdetermination and Gender in Northern Ireland Ethnic Violence”, *Ethos* 23 2 (1995): 123-148.

162. Entrevista a miembro fundador. GMH, *El orden desarmado*, 369.

163. Entrevista a campesino. GMH, *El orden desarmado*, 334.

164. Pablo Tattay, “Construcción del poder propio en el movimiento indígena del Cauca”, en GMH, *Nuestra vida ha sido nuestra lucha*, 74.



Reporte de prensa del nobel de paz otorgado a la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare, Santander. Fotografía: Archivo ATCC.

La Guardia Indígena se concibe como organismo ancestral propio y como un instrumento de resistencia, unidad y autonomía en defensa del territorio y del plan de vida de las comunidades indígenas. No es una estructura policial, sino un mecanismo humanitario y de resistencia civil. Busca proteger y difundir su cultura ancestral y el ejercicio de derecho propio. Deriva su mandato de las propias asambleas, por lo que depende directamente de las autoridades indígenas. Surge para defenderse de todos los actores que agreden a sus pueblos, pero solamente se defienden con su “chonta” o bastón de mando, lo cual le imprime un valor simbólico a la guardia.<sup>165</sup>

De esta manera, las acciones de la guardia indígena ponen en escena una resistencia frontal y directa que acude al valor simbólico y ancestral del territorio, y al uso de los bastones de mando para darle un sentido alternativo a la defensa territorial. Este sentido es alternativo con respecto a la manera en que los actores armados ejercen el control territorial mediante el uso de las armas y la invasión de territorios.

El otro tipo de rechazo frontal es aquel donde las personas resisten de manera individual las acciones y atropellos que los actores armados pretenden infligirles. En El Salado se recuerda la resistencia de Francisca Cabrera antes de ser brutalmente asesinada:

La parte que más me duele es cuando señalaron a Francisca Cabrera de Paternina. Le pegaron un palazo, ella resistió, ella se confrontó, cuando ella estaba en el suelo, le pegaron en la cara. Instalaron una bayoneta y se la insertaron en el pecho. “Todavía está viva”, entonces le dispararon en la cara.<sup>166</sup>

Dos mujeres líderes del Magdalena en Chivolo y Zona Bananera dan testimonio sobre los intercambios que mantuvieron cuando fueron retenidas, luego de ser acusadas de colaborar con la guerrilla. En el primer

165. GMH, *Nuestra Vida ha sido nuestra lucha*, 78.

166. Testimonio de hombre joven. GMH, *El Salado*, 52-53.





 Guardia Indígena, Marcha por la vida, la dignidad y la resistencia de los pueblos indígenas, Bogotá. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, noviembre del 2008.



caso, la víctima sufrió una violación sexual, y en el segundo, un intento de asesinato. Estas mujeres reconstruyen los recursos individuales de impugnación y negociación que les sirvieron bajo circunstancias de gran adversidad:

Ahí llegaron [los Cheperos en el 2000] y me dijeron –¿Usted es promotora? –Era, respondo, porque antes yo le había dicho al Alcalde que iba a renunciar pero él me dijo que me iba a trasladar–. Bueno. Yo discutí como tres horas con ellos. Me les paré, cerquita del pueblo estaban [...] Dijo: –Nosotros somos de las AUC. Somos las autodefensas de los campesinos. Respondí: –Eso pensábamos nosotros cuando nos dijeron que venían ustedes, pero ustedes son matacampesinos porque, ¿no ven cómo nos tienen aquí? [...] Me dijo: –¡Cállese! –¡No me voy a callar! [...] Yo les dije: –Ustedes no son guapos. Ustedes son una parranda de cobardes porque ustedes para hacer algo necesitan de 20, 30, 40 hombres para cometer cualquier fechoría que quieran hacer con uno, porque uno solo no es suficiente [para ustedes] para hacer lo que ustedes quieran hacer. [Y respondieron]: –¡Ah! ¡Es que ella se las da de guapa! –No; yo no soy guapa. Les estoy hablando con la verdad.<sup>167</sup>

[...] Cuando a mí me tienen el revólver uno adelante y otro atrás, a mí me vino como si fuera un video [...] y me volteo, y le digo al tipo: –Vamos a negociar mi muerte, al menos dime por qué me vas a matar. Él me mira, es un hombre más bajo que yo, me mira así [...] y me dice: –Porque usted se llama [...] ¿cómo es que se llama usted? –Si tú me vienes a matar debes saber como me llamó. Él me dice: –Ah! Usted se llama [...]. y me dijo cualquier nombre y yo le digo: –Y tú ¿te llamas? Y también me dice cualquier nombre y me volteo y le digo al otro. –Y tú ¿cómo te llamas? También me dice cualquier nombre. –Bueno, ya hicimos presentación social, ahora ¿por qué me van a matar? Y el mismo tipo, había uno que era muy violento, que

era el que tenía en frente, me dice: –¿Quién es usted? –Te devuelvo la pregunta, ¿Quién eres tú y ¿por qué me vas a matar? Comienza a hacer el acto del revólver y le dije: –Tienes que disparar rápido porque estamos sobre una avenida y ahorita se va a formar aquí [...] porque hay gente que está pasando y se ha dado cuenta– porque yo ya me había dado cuenta que se estaban dando cuenta [...].<sup>168</sup>

El careo y reto de estas mujeres durante momentos límite en los que sus vidas pendían de un hilo ilustran los recursos extraordinarios con los que actuaron para interpelar a sus opresores. Ambas mujeres cuestionaron las masculinidades de sus victimarios y sus auto-representaciones como hombres valientes. Sus relatos reconstruyen con precisión cómo ellas les hablan de manera directa, demuestran la pobreza de las evidencias que usan para acusarlas y victimizarlas, y les ponen de presente la debilidad moral de sus decisiones y la flaqueza de sus acciones.

Este tipo de reacciones son comprendidas por las personas que las narran como actos de resistencia heroicos y temerarios. La situación de desigualdad y total vulnerabilidad en la que se encontraban se enfatiza en estos relatos. Esta desigualdad también se refuerza en las memorias sobre aquellas resistencias individuales en las que, desde el punto de vista del testigo, solo fueron posibles porque los actores presentaban estados de alteración emocional y mental. Esta alteración alentó y movilizó, según las narrativas, comportamientos que causaron la admiración y sorpresa de los demás:

Algunos de él [alias *El Oso*] me fueron a sacar de mi casa, pero sin orden de él, entonces yo salí con machete en mano, como un loco, y como ellos no estaban armados, salieron pitados y al otro día vinieron a pedirme perdón. Sobre todo para que la cosa no llegara a oídos del patrón.<sup>169</sup>


167. GMH, *Mujeres que hacen historia*, 152-153.

168. GMH, Entrevista en Taller de memoria con mujeres, Santa Marta, 2009.

169. Entrevista a hombres adultos. GMH, *Mujeres y guerra*, 182.





 Mapa del cuerpo elaborado en taller de memoria, Magdalena.  
Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2009

Solo un pelao se le alzó a “El Oso”. Pero era como loco y le daban arrebatos. “El Oso” lo amenazó con un revólver y el chino le dijo: “¡Máteme!”. Y cogió una botella y la rompió y se quedó con él pico en la mano, que él también le daba. Se lo llevaron a la finca, pero una señora, querida de [alias] “Cadena”, intercedió por él.<sup>170</sup>

Este tipo de confrontaciones son consideradas como extrañas porque, justamente, quienes las emprendieron tenían pocas probabilidades de éxito, de supervivencia.<sup>171</sup> Esos gestos de sublevación, vistos por algunos testigos como actos valerosos y de resistencia, son descritos por sus propios protagonistas como el producto de momentos de rabia y exasperación. Sin embargo, son también actos con un significado político de lo que hace la resistencia civil en el día a día de la guerra, y que permitieron a las víctimas pasar a un plano frontal y explícito de resistencia.

### 5.3.2.3. Rebeliones y sublevaciones

Las rebeliones y sublevaciones son quizás las resistencias más directas y temerarias que llevaron a cabo comunidades que fueron víctimas de violencias sostenidas contra todas las esferas de su vida privada y social, y que además se prolongaron por varios años.<sup>172</sup> El caso de Libertad, en el golfo de Morrosquillo, es emblemático al respecto.

En 2004, alias *Diomedes*, sucesor del entonces recién capturado comandante de las AUC en la zona, alias *El Oso* (Marco Tulio Pérez Guzmán), detuvo arbitrariamente y amenazó con asesinar a un hombre joven del pueblo durante una celebración de carácter social. Este sería el detonante que propició una resistencia colectiva en la que la población terminó

170. Entrevista a funcionario de la Fiscalía General de la Nación. GMH, *Mujeres y guerra*, 182.

171. GMH, *Mujeres y guerra*, 181-182.

172. Aquí se hace referencia a resistencias de tipo más espontáneo o que no responden a una estrategia organizativa de acción colectiva.

linchando y asesinando al nuevo comandante. Seguidamente expulsaron a los paramilitares del pueblo y tomaron el control de Libertad por varios días, mientras arribaban las tropas del Ejército Nacional.<sup>173</sup>

Luis Carlos [con la ayuda de su tío], muchacho al que [alias] Diomedes persiguió, fue el que generó la resistencia [...] la gente se organizó, rebeldizó y lo sacaron. La gente cogió a Diomedes y lo mató.<sup>174</sup>

Las narrativas sobre los hechos enfatizan cómo la reacción y defensa propia de Luis Carlos y su tío motivaron una acción colectiva de rebelión armada y de ajusticiamiento totalmente impredecible. No obstante, el mayor énfasis se pone en los hechos que siguieron a la muerte de alias *Diomedes*:

Cierran el pueblo. De aquí ni entra ni sale nadie [...] Encuentran seis fusiles, granadas, y se organizan el pueblo: ¿Quién prestó el servicio militar?<sup>175</sup>

La gente se organizó y cuidó las entradas del pueblo. Fue la única vez que el pueblo se unió, salió con la escopeta, con el palo, el machete. Las mujeres les hacíamos café, todo el mundo estuvo patrullando el pueblo [...] Después de la muerte de [alias] Diomedes, la gente se unió a cuidar las entradas. La gente identificaba a los paracos y los mandaba coger. En el tiempo en que sucedió eso, la gente paraba los carros y los requisaba.<sup>176</sup>

Los testimonios recogidos apuntan a una serie de reivindicaciones de parte de la comunidad que tienen que ver con su particular y coyuntural forma de resistir a los actores armados. Como primera medida, las narrativas exaltan más que la muerte del paramilitar; se valora específicamente

el hecho de que el pueblo hubiera hallado la manera de unirse “por una única vez” para defenderse de los paramilitares. El grado de detalle puesto en la memoria sobre la división y organización del trabajo para evitar represalias de los comandantes paramilitares manifiesta el cansancio que sentía la población ante la presencia de los actores armados. En las narraciones se evidencia también que el pueblo había estado esperando un momento oportuno en el que hubiera, por lo menos, una pequeña ventaja, para actuar y liberarse del yugo de los victimarios. En este sentido, la narrativa dibuja un escenario de la guerra donde la gente no está acostumbrada a los hechos violentos ni los acepta. En cambio, la resistencia se encuentra en latencia, esperando el momento oportuno, una coyuntura para producirse.

Ese propósito de desterrar a los armados con actos de rebeldía en los que se arriesga la propia vida tuvo lugar también en El Salado, Montes de María. Allí, los pobladores se rebelaron contra miembros de las FARC que intentaban regresar al pueblo después de la masacre ocurrida en el año 2000:

—Cuando ustedes retornan, ¿vuelve otra vez la guerrilla a presionarlos?

Víctima: No. Porque una vez vino aquí y enseguida los echamos.

Cuando ellos regresaron, ¿ustedes les pidieron alguna explicación por lo que había pasado?

Víctima: Claro, por ellos nos había pasado lo que había pasado, que se retiraran de una vez, no los queremos ni ver, ni en fotos, ni en fotos.

¿Cuál fue la explicación de ellos ante el reclamo?

Víctima: Que no sé qué, que nos iban a ayudar, “¿cómo nos ayudaron la otra vez?, por ustedes nos mataron a toditos, ¿esa es la ayuda?”, y nos resolvimos todos aquí que no y no [...].<sup>177</sup>

173. GMH, *Mujeres y guerra*, 190-197.

174. Entrevista a líderes comunitarios. GMH, *Mujeres y guerra*, 192.

175. Entrevista a hombre adulto. GMH, *Mujeres y guerra*, 192.

176. Entrevista a líderes comunitarios. GMH, *Mujeres y guerra*, 193.

177. Testimonio de mujer adulta mayor. GMH, *El Salado*, 154.

Cansada de las incursiones de las FARC y del estigma que recayó sobre la comunidad por sus supuestos vínculos con la guerrilla, la comunidad de El Salado mandó de regreso a los guerrilleros a los campamentos para que advirtieran al comandante que estaban dispuestos a morir antes de permitir que ingresaran nuevamente al pueblo.<sup>178</sup> Los pobladores, diezmados por una de las masacres más cruentas que ha conocido la historia reciente de Colombia y por el desplazamiento masivo, se enfrentaron a los armados:

[...] Cuando estaban trabajando en el camino, la gente se les paró, ellos [los pobladores] les dijeron: “—Qué pasa, tenemos hambre, tenemos que trabajar y si nos están ofreciendo un trabajo, tenemos que hacerlo, estamos en el pueblo, porque ese pueblo nos pertenece, y porque hemos pasado mucho trabajo por fuera, y por qué nos van a hacer otra vez desplazar de la comunidad donde ya hemos pasado tantas cosas, ya no vamos a aguantar otro desplazamiento más, así que ustedes tienen que [respetarnos].

—No, porque son órdenes, dicen.

—Bueno, a quienes manden esa orden, a quienes ustedes tengan que llevar esa orden, dígales que ahí vamos a esperar todos, que nos maten, que bombardeen el pueblo, que hagan lo que quieran, pero ahí vamos a estar, ya estamos muy cansados de esta situación.<sup>179</sup>

Estas narrativas ponen de manifiesto cómo los pobladores lograron imponerse en contra de los actores armados. Aquí se trata, principalmente, de actos de resistencia y protección que buscan restituir el buen nombre de las víctimas, mancillado por pronunciamientos en los medios de comunicación de militares y paramilitares. En este mismo tono de rechazo de la violencia y la injusticia, defensa de la vida y del territorio, la población de Cimitarra en Santander recuerda cómo se rebeló contra guerrilleros de las FARC. En marzo de 1981, las FARC acusaron a un señor

178. GMH, *El Salado*, 126.

179. GMH, *El Salado*, 154 -155.

de la localidad de ser informante y en un juicio sumario lo asesinaron. Un grupo de ochenta campesinos reaccionó airadamente amotinándose contra los ocho guerrilleros que cometieron el asesinato y los obligaron a huir del caserío. La relevancia de este evento radica en el desafío abierto y colectivo de la comunidad frente al crimen de las FARC, en un momento donde imperaba la ley del silencio.<sup>180</sup>

Otras narrativas sobre la rebelión y revueltas colectivas enfatizan el rechazo de la población a algunas de las acciones de los actores armados. En San Carlos, oriente antioqueño, un grupo de paramilitares se llevó a un joven que les exigió el pago de una deuda por el consumo en su negocio. El joven fue sacado de su casa, arrastrado y torturado a lo largo del camino. Su madre acudió al sacerdote y él, desde la emisora comunitaria, llamó a la gente a salir a la calle: “Salgan, salgan todos, no se bañen, salgan”.<sup>181</sup> Continúa el relato:

Con la custodia en alto, el sacerdote emprendió la marcha: [...] corriendo detrás de los que habían cogido al hijo de doña “A.”. Le habían arrancado una oreja y lo iban arrastrando vivo por la calle, y eso era un rastro de sangre, hasta el puente, hasta allá. Y la gente no sintió miedo, era el padre con la custodia en oración y la señora que les gritaba “devuélvame”; y a él le dieron una muerte muy triste pero no lo lograron desaparecer porque el pueblo en ese momento se tiró [salió a la calle en defensa].<sup>182</sup>

Uno de los énfasis en esta narración tiene que ver con la valentía. En primer lugar la del joven, quien finalmente terminó siendo asesinado; en segundo lugar la de la madre, que se atrevió a pedir ayuda; a continuación la del cura párroco, que desafió el poder de los armados; y finalmente la de toda la comunidad. Si bien esta no pudo evitar el asesinato, sí se interpuso entre la muerte y la desaparición forzada, lo que

180. GMH, *El orden desarmado*, 316-317.

181. Testimonio de hombre joven, Taller de memoria histórica, San Carlos, 2010. GMH, *San Carlos*, 321-322.

182. Testimonio de hombre joven, Taller de memoria histórica, San Carlos, 2010. GMH, *San Carlos*, 321.

hubiera equivalido a años de búsqueda infructuosa. La población, en un acto de desobediencia de los códigos de silencio que imponían los armados, se “tiró” y evitó la desaparición forzada del joven. Este crimen fue uno de los más utilizados por los distintos actores armados. Estas acciones de rechazo a la violencia, que contaron con la protección del Santísimo,<sup>183</sup> se repitieron en varias ocasiones y tuvieron lugar en los períodos de mayores hostigamientos.<sup>184</sup>

El repertorio de actos de resistencia contados al GMH ilustra claramente las maneras tan diversas en las que se vive y se sobrevive a la guerra, y se intenta recuperar espacios manteniendo la dignidad. Los actos son plurales e involucran a individuos y colectivos, pero sus recuerdos tienden a enfatizar la habilidad, valentía y sagacidad con la que emprendieron una resistencia en adaptación, desobediencias y sublevaciones. El recuento de estos actos le devuelve la palabra a las personas que fueron víctimas o testigos, y quienes reclaman la dignificación de la memoria mediante su reconstrucción, el reconocimiento de la estigmatización a la que fueron sometidos y la impunidad en las que quedan muchos de los crímenes que sufrieron. Es precisamente la lucha contra la impunidad y las labores de dignificación de la memoria de las víctimas y sus comunidades las que informan las iniciativas de memoria que se examinan a continuación.

#### 5.3.2.4. Resistir reconstruyendo memoria: las Iniciativas de Memoria

Las acciones que conmemoran y dignifican la memoria de las víctimas y sensibilizan a la sociedad civil sobre lo que pasó han sido parte constitutiva del vivir y sobrevivir una guerra prolongada. Asimismo, estas acciones hacen parte del repertorio de resistencias emprendidas por movimientos de víctimas, gestores de memoria, organizaciones sociales, organizaciones defensoras de Derechos Humanos, y comunidades indígenas y negras en medio del conflicto. Los relatos recopilados por el

GMH revelan lo importante que es para las víctimas comunicar su propia versión de los hechos y sus modos de resistir al conflicto. Por esto, sus iniciativas de memoria reconstruyen la propia historia de humanización, dignificación y resistencia, y se evidencian en lo que han contado en sus relatos. En este acápite se hace una breve descripción de dichas prácticas e iniciativas y sus formas de expresión, al tiempo que se profundiza sobre los usos y funciones de estas iniciativas. Esto con el fin de dar cuenta de los modos en que tales experiencias se transforman en prácticas de memoria reparadoras, educadoras y reclamantes de derechos.

#### *Un abanico de expresiones*

Pese a las condiciones adversas de una guerra prolongada como la colombiana, diversas comunidades, grupos e individuos se han dado a la tarea de realizar ejercicios de memoria de los hechos de violencia. Estos se expresan en formas diversas: en producciones culturales y documentales como libros, archivos y audiovisuales; a través de prácticas artísticas como murales, esculturas, pinturas, canciones y obras de teatro; en prácticas socioculturales y de tradición oral como versos y ceremonias; en la construcción de lugares de memoria como monumentos, museos y galerías de la memoria; en diferentes acciones performativas como marchas, plantones y celebraciones religiosas; y particularmente en rituales conmemorativos.<sup>185</sup> La diversidad de estas acciones es muy amplia. El GMH tiene registro de 177 iniciativas de memoria no estatales entre 1974 y 2010 que corresponden a 60 formas de expresión distintas.<sup>186</sup> Algunas de estas iniciativas han perdurado en el tiempo, otras han sido temporales y otras más corresponden a procesos organizativos truncados por efecto del conflicto armado, lo que da origen a las memorias silenciadas por la guerra.

185. Para conocer más iniciativas, véase: GMH, *Memorias en tiempo de guerra*, 2009.

186. Entre los años 1974 y 2010 los registros de iniciativas de memoria muestran una expansión progresiva. Desde unas iniciativas localizadas principalmente en Bogotá hasta la explosión de memorias locales y regionales en la década del dos mil, cuando el mapa de la nación se cubre de iniciativas incluyendo registros en 20 departamentos. El informe del GMH, *Memorias en tiempo de guerra*, analiza en profundidad varios casos ilustrativos de este repertorio.

183. GMH, *San Carlos*, 321-322.

184. GMH, *San Carlos*, 321-322.





 Obra de Teatro “Asfalto”, Grupo de teatro La Gotera de San Carlos, Antioquia. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH , 2011.



 Conmemoración masacre de Segovia, Medellín. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH , 2011.



 Peregrinación Trujillo. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH , 2008.



Padre Nelson Cruz, creador del museo de El Placer, Putumayo.  
Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2011.



Salón del Nunca Más, Granada, Antioquia.  
Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, 2008.



Conmemoración masacre Bahía Portete. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2012.




Conmemoración masacre de El Salado, Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2010





 Obra de teatro “Entre ruinas”, jóvenes de Bellavista y Vigía del Fuerte, Bojayá, Chocó. Fotografía: Jesús Abad Colorado CNMH, 2012.



 Familiares y organizaciones de víctimas en la Plaza de Bolívar durante la intervención de tres jefes paramilitares en el Congreso de la República, Bogotá. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, julio del 2004.

### *Organizarse para recordar*

Existe un estrecho vínculo entre la realización de iniciativas de memoria y los procesos organizativos sociales tanto de las víctimas, familiares, grupos y comunidades afectadas por el conflicto armado, como de organizaciones sociales e instituciones. Aquí cabe resaltar especialmente la labor de los grupos eclesiales y religiosos que han acompañado dichos procesos. Todos estos emprendedores han sido fundamentales en la reconstrucción organizativa comunitaria a través de ejercicios de memoria.

Entre las primeras expresiones organizativas para la recuperación de la memoria está la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos – ASFADDES –, que en los años ochenta amplió su repertorio expresivo al incorporar el recurso a la memoria a través, por ejemplo, de la Galería de la memoria. También se incluyen procesos que se iniciaron en los años noventa como la Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo – AFAVIT – en el Valle del Cauca; el Colectivo de Comunicaciones de los Montes de María; el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato – COCOMACIA –; y el Proceso de Comunidades Negras – PCN –, que acuden a la conmemoración, las peregrinaciones y la documentación de los testimonios de las víctimas como formas de oponerse al olvido y a la impunidad en la que quedan las violaciones cometidas a los Derechos Humanos. Estos trabajos longevos han estado acompañados por organizaciones sociales y educativas como el Centro de Investigación y Educación Popular – CINEP –, Justicia y Paz, las Diócesis y equipos pastorales y las organizaciones jurídicas de Derechos Humanos – CAJ-CCJ –, quienes facilitaron los intercambios y la creación de redes de relaciones entre distintas organizaciones regionales, entre otros.

A partir de la década de 1990, las iniciativas y acciones de memoria se multiplican en forma de redes en las regiones, especialmente entre mujeres y jóvenes, pero también alrededor de procesos organizativos comunitarios regionales y locales. Los procesos de documentación de memoria apoyados por la Diócesis de Quibdó en Bojayá, por la Asociación de Mujeres del Oriente Antioqueño – AMOR –, la Ruta Pacífica de Mujeres, la Red Juvenil en la Comuna 13 de Medellín o el Proceso

de Comunidades Negras – PCN en el Pacífico, son una muestra de estas iniciativas que desde las regiones y localidades convocan a víctimas y comunidades en torno a los trabajos de reconstrucción de memoria. Algunas de estas organizaciones y emprendedores se fueron reuniendo hasta converger en el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado – MOVICE que surgió como respuesta al proceso transicional de la Ley 975 de 2005, denominada Ley de Justicia y Paz.

### *Los usos y funciones de la memoria*

Las iniciativas de memoria del conflicto armado son diversas entre sí y responden a significados y propósitos variados de acuerdo con las metas de los grupos sociales y comunidades que las impulsan. En el corregimiento El Placer, por ejemplo, un sacerdote emprendió la construcción de un museo con objetos de memoria de la guerra que han sido encontrados en calles, veredas o en el campo, con el fin de hacer visible el conflicto en la región.

Las Madres de La Candelaria en Medellín ocupan cada miércoles a las doce del día el atrio de la Iglesia de La Candelaria con la meta de resistir contra el olvido y el silencio que prevalece sobre la suerte de sus seres queridos; la comunidad de Paz de San José de Apartadó construye memoria en marchas y actos conmemorativos como estrategia para enfrentar la impunidad. Así, estos usos de las memorias moldean unas formas expresivas y los sentidos que comunican. A partir de sus usos o funciones se pueden observar tres formas de trabajo con la memoria: la memoria como reclamo, la memoria como pedagogía social y la memoria reparadora.

### *La memoria como reclamo*

Las tareas de reconstruir los hechos de violencia y las violaciones de Derechos Humanos en el marco del conflicto armado se expresan como iniciativas de memoria que reclaman el esclarecimiento de lo ocurrido. La denuncia de las violaciones a los Derechos Humanos y la demanda del cumplimiento de los derechos ciudadanos se entrelazan en estas

iniciativas con prácticas expresivas en las que, mediante el uso de fotografías, galerías de memoria y listas de nombres, entre otros recursos, se le pone rostro a las personas que han sido victimizadas. Estas iniciativas comunican los hechos de violencia y sus impactos, y rescatan la historia silenciada de las víctimas.

Esta dimensión está presente en las iniciativas de memoria de comienzos de los años ochenta. Es el caso de las Marchas de los Claveles Blancos de ASFADDES en las cuales, además del clavel, se portaban carteles con las fotografías ampliadas de las personas desaparecidas y carteles-chaleco con mensajes alusivos a la desaparición forzada. Estas son iniciativas pioneras en una reapropiación del espacio público para poner en escena a la memoria, al tiempo que un ejercicio expresivo que interpelaba tanto al Gobierno como a la sociedad civil en las calles:

A comienzos del ochenta y tres, iniciamos las marchas por la calle. Nos propusimos marchar todos los jueves al mediodía, nos congregábamos frente al Palacio Presidencial y allí comenzábamos nuestra marcha por la carrera 7 hasta la calle 19, de allí descendíamos hasta la carrera 8 y regresábamos de nuevo al Palacio de Gobierno, haciendo una corta estación en la carrera 8 con calle 16 donde quedaba entonces la Procuraduría, allí gritábamos consignas unos minutos y continuábamos. A esa hora mucha gente salía de las oficinas a buscar almuerzo y se detenía a mirar la marcha, pues llevábamos las fotografías de los desaparecidos en tamaño grande, en forma de pancartas. Algunas veces repartíamos hojas volantes con la denuncia.<sup>187</sup>

En un periodo en el que las autoridades negaban la ocurrencia de la desaparición forzada, el trabajo de ASFADDES dotó con identidad pública a las víctimas; las víctimas existen, tiene rostro y su familia las quiere vivas y de regreso: “Vivos los queremos, porque vivos se los llevaron”.<sup>188</sup>

187. Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos – ASFADDES, *Veinte años de historia y lucha* (Bogotá: ASFADDES, 2003), 35.

188. La historia de lucha política de ASFADDES durante la década de 1980 es la del reconocimiento oficial de la modalidad de violencia y de la agencia estatal en esta.



Para iniciativas de memoria emprendidas por organizaciones de víctimas como AFAVIT en Trujillo, la memoria se torna en reclamo cuando la impunidad prevalece. En 1995, AFAVIT organizó la primera peregrinación a Trujillo para conmemorar cinco años del asesinato del padre Tiberio Fernández<sup>189</sup> bajo el lema “Una gota de esperanza en un mar de impunidad”.<sup>190</sup> A otras prácticas de memoria alrededor de la masacre de Trujillo, como la realización del Parque Monumento, se les interpretó como interpelación permanente a la comunidad local, pero también al Estado y a la sociedad nacional. La hermana Maritze Trigos así lo afirma: “Por eso es que el Parque Monumento incomoda, porque es una denuncia, porque es un grito de justicia, es una denuncia permanente”<sup>191</sup>.

Asimismo, el reclamo directo como contenido de tales iniciativas da cuenta de las luchas por la memoria, y de la dificultad y esfuerzos permanentes por hacer audibles las voces de las víctimas en medio de la guerra. Este fue el caso, entre muchos otros en el país, de las organizaciones sociales del nordeste antioqueño, lideradas por el Comité de Derechos Humanos. Estos grupos llevaron a cabo, para la VII conmemoración de la masacre del 11 de noviembre en 1995, la “Peregrinación Nacional y Foro Regional: Paz con Justicia y Verdad”. La consigna del evento fue: “A siete años de intolerancia y olvido... ¡El pueblo, su memoria no ha perdido!”<sup>192</sup>.

Por otra parte, el recurso a la palabra que hace pública la memoria de la victimización ha estado presente tanto en las prácticas conmemorativas como en sus memorias orales, sonoras y cantadas. Estas creaciones condensan representaciones integrales en narraciones de los hechos ocurridos, y expresan el impacto de la violencia en las víctimas, sus interpretaciones y demandas al Gobierno. Los versos compuestos por un

Véase: ASFADDES, *Veinte años de historia y lucha*.

189. Tiberio Fernández Mafla, sacerdote especialmente recordado por los trujillenses debido a su liderazgo y trabajo comunitario. Fue asesinado y desaparecido el 17 de abril de 1990.

190. GMH, *Trujillo*, 186.

191. Conversatorio con la hermana Maritze Trigos. GMH, *Trujillo*, 197.

192. Diario de campo. GMH, *Silenciar la democracia*, 311.

sobreviviente de la masacre de Bojayá ilustran estas formas de memoria que, combinadas con bailes y “limpiezas de los lugares”, practican los afrodescendientes a lo largo del pacífico colombiano:

¡Oiga, señor presidente!/ ¡ay, doctor Andrés Pastrana!/ ha venido a visitar esta linda tierra chocoana/ mire cómo está mi pueblo/ todas las casas cerradas/ sus habitantes de Bellavista ya se encuentran desplazad(os)/ la FARC con autodefensas y ellos dos estaban peleando/ la FARC lanzó una pipeta y cayó dentro de la iglesia/ lo que hicieron con mi pueblo, ¡por Dios, no tiene sentido!/ ¡matar tanto inocentes sin haber ningún motivo!/ yo te suplico, ¡ay, Dios mío! ¿Por qué nos das el castigo?/ Mi pueblo no se merece que mueran viejos y niños/ también la virgen del Carmen, la patrona de mi pueblo, está toda destrozada/ mire qué cosas son eso “recuerdo” que el 2 de mayo, fecha que no olvido yo/ pasó un caso en Bellavista/ el mundo entero conmovió/ cuando yo entré a la iglesia y vi a la gente destrozada/ se me apretó el corazón mientras mis ojos lloraban/.<sup>193</sup>

De otro lado, en las iniciativas artísticas de memoria los recursos comunicativos no se limitan a los textos que documentan los hechos y a la expresión directa de los reclamos. También se busca comunicar lo sucedido a través de la representación dramática y el uso de recursos simbólicos. Como en el caso de las juventudes de Bogotá, en la Comuna 13, la Red Juvenil organizó en el 2004 la primera Jornada por la Paz, la Memoria y la No Violencia. Este grupo realizó una *performance* en la que se pusieron en escena eventos y memorias de la Operación Orión. Esta última consistió en un operativo de gran despliegue militar que realizaron las Fuerzas Armadas colombianas en esta zona de la ciudad en octubre de 2002, y en el que se registraron muertes, desapariciones y desplazamiento de habitantes de la Comuna:

Fue muy impactante por el motivo de la representación: se escuchaba el sonido de los helicópteros y las armas escuchadas

193. Entrevista a adulto mayor. GMH, *Bojayá*, 282.

durante Operación Orión y luego salieron camuflados. Fue una acción de denuncia y memoria en un intermedio del concierto. Se realizó en la estación del metro de San Javier.<sup>194</sup>

### *La memoria como pedagogía social*

El sentido de algunas de las iniciativas es el de ofrecer una reconstrucción histórica de los hechos de violencia que proponga un relato estructurado o una interpretación específica sobre lo que sucedió. Estas iniciativas condensan sentidos que pueden ser considerados transversales a todo ejercicio de memoria. Entre estos se encuentran: *no olvidar*, cuyo objetivo es que no se repitan las violaciones de los Derechos Humanos; *visibilizar las narrativas de las víctimas*, para hacer públicas las historias que narran quienes vivieron las violaciones a los Derechos Humanos, o bien sus familiares, vecinos o allegados; *sensibilizar a la sociedad civil*, para intentar que los productos comunicativos lleguen a quienes desconocen las graves violaciones de Derechos Humanos con ocasión del conflicto armado, o a quienes se mantienen al margen de los procesos comunitarios que se tejen como respuesta a tales violaciones.

La mayor parte de estas iniciativas son propuestas de documentación y archivo, tales como: *El libro negro de la Represión 1958-1974* del Comité de Solidaridad con los Presos Políticos – CSPP – en 1974; el Boletín del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos – CPDDH – de 1980; el Boletín de Justicia y Paz que comenzó en 1988 y terminaría convirtiéndose en el banco de datos del CINEP; y el archivo del Proyecto Colombia Nunca Más – PCNM – en 1998, a partir del cual se publicarían múltiples informes como el de las Zonas 7, 14, 5 (jurisdicciones de las VII, XIV y V Brigadas del Ejército), entre otras iniciativas.

Por otra parte, los libros de historias locales constituyen otro conjunto de obras que reelaboran el pasado doloroso como crónica o narrativa

histórica. El GMH se encontró, entre otros, con el texto de Dairo Alonso López López: “Segovia: mi propio mundo. Relatos culturales”, publicado en 2002. En este relato se desarrolla un apartado titulado “Las masacres y genocidio de Segovia” que recoge los hechos violentos que el autor considera de mayor importancia desde 1938 hasta 2002.<sup>195</sup> En Trujillo, la masacre, la vida y el asesinato del Padre Tiberio también fueron documentados en un libro que tiene un lugar especial en el Parque Monumento. En Granada, el Salón Nunca Más de la Asociación de Víctimas – ASOVIDA – documenta los hitos de violencia, las biografías, imágenes y recuerdos de las víctimas.

Igualmente, en El Placer, Putumayo, existen iniciativas literarias y musicales que también tienen una función pedagógica. Tal es el caso del cuento “Los tres dragones”, escrito por la profesora Delia Alicia Escobar que recoge en prosa lo sucedido: “Este es un cuento de una historia real que inicia entre los años 1987-1988 y que no ha terminado hasta hoy”<sup>196</sup>. Se trata de una narración que busca comunicar y dar sentido al proceso de violencia vivido como herramienta de aprendizaje escolar y social.

El caso de El Placer muestra la necesidad de contar los hechos dolorosos con el ánimo de informar y concienciar a quienes no conocen de estos, dentro o fuera de la comunidad. Pero además expresa la urgencia de realizar una valoración ética sobre la violencia ocurrida y sobre las acciones de quienes la agencian; de ahí su fortaleza pedagógica. Estos elementos se expresan a través de iniciativas musicales como en el caso del Rap de El Placer, compuesto por Blanco y Roca Pola, jóvenes de esta comunidad. Su creación musical se expresa así:

Masacres, muertes, mucha violencia/Algo que sucedía con mucha frecuencia/Ríos de sangre recorriendo las calles/Eso lo sabes tú pero no encuentran culpable/Si quieres saber cuánta gente murió aquí/Cuenta las estrellas y dime si tienen fin [...].

194. Testimonio de joven líder de la Comuna 13. GMH, *La huella invisible de la guerra*, 224.

195. GMH, *Silenciar la democracia*, 320.

196. GMH, *El Placer*, 325.

Muerte, caída de personas inocentes /Envidia de almas incoherentes / De esto está llena mi sociedad ¿qué? / Un infierno terrenal (bis).<sup>197</sup>

### *La memoria reparadora*

En los últimos años, cuando comunidades y grupos sociales han emprendido tareas de reconstrucción social y búsqueda de la verdad, ha tomado importancia el reconocimiento de la reconstrucción de memoria como proceso de (re)vinculación social. Estos trabajos de recordar y reconstruir memoria privilegian acciones como: 1) la activación de procesos de rememoración y reconocimiento de las pérdidas para facilitar la elaboración del duelo; 2) el impulso de procesos de memoria que apuntan a restablecer los quebrantados lazos sociales de las comunidades y, en algunos casos, también sus proyectos de vida.

Un caso representativo del sentido reparador de las iniciativas de memoria lo constituye la conmemoración anual del Yanama (trabajo colectivo) emprendida por las mujeres wayuu de la comunidad de Bahía Portete, y por familiares de las víctimas de la masacre ocurrida en el 2004. Para la conmemoración, miembros de la comunidad que se encuentra desplazada retornan al territorio en compañía de otros indígenas y acompañantes. El acto de retorno es en sí mismo un desafío a los paramilitares que perpetraron la masacre, y cuyos responsables tuvieron control del territorio y continuaron dirigiendo sus amenazas a las lideresas de la comunidad hasta el año 2011. El sentido de los Yanama se puede condensar en la idea de rehabetar, que significa recuperar y restituir el vínculo con el territorio para recuperar la vida:

En medio del dolor, también hay alegría, porque estamos nuevamente en nuestro territorio comiendo, durmiendo con nuestros muertos, estamos caminando, no tenemos ese miedo que

teníamos tres años atrás, ahora nos sentimos como si nos quisiéramos quedar para siempre acá [...].<sup>198</sup>

El Yanama ha sido romper y volver a llegar, tratar de curar no solamente la parte ritual asociada con el llanto a los muertos, sino la determinación de no dejarse despedazar culturalmente.<sup>199</sup>

Por otra parte, se han llevado a cabo trabajos de la memoria que resignifican el cuerpo y activan procesos de sanación a través de los ejercicios de memoria. Las mujeres Promotoras de vida y salud mental – PROVISAME –<sup>200</sup> en Marinilla, oriente antioqueño, organizaron durante el año 2007 talleres de memoria corporal. En ellos, las víctimas exploraban memorias negativas para descorporizarlas simbólicamente y construir siluetas del cuerpo para hacer rituales de entierro de las tensiones corporales.<sup>201</sup> En este caso, la dimensión reparadora relaciona el trabajo con las subjetividades y la reconstrucción de los vínculos dentro de las comunidades victimizadas. De cierta forma, son iniciativas cuyo sentido es el trabajo hacia adentro, sin que por ello dejen de expresar otras dimensiones de sentido.

Este tipo de trabajo reconstruye vínculos sociales al propiciar una expresión directa del dolor de la víctima, o una expresión colectiva a través de la iniciativa de memoria. De esta manera se permite la comunicación entre los miembros de la comunidad y se hace audible lo que individualmente calla el miedo. Este es el caso de la obra de teatro “Asfalto” realizada por los jóvenes de San Carlos, quienes la idean a partir de los testimonios de las víctimas de la violencia. Ellos relatan su experiencia respecto al estreno en la población de la siguiente forma:

198. GMH, *Memorias en tiempo de guerra*, 141.

199. GMH, *Bahía Portete*, 187.

200. El grupo PROVISAME (Promotoras de vida y salud mental) está liderado por mujeres formadas en atención psicosocial a víctimas del conflicto armado. Esta es una iniciativa concretada por el CINEP y Conciudadanía.

201. Base de datos: Repertorio de memorias vivas sobre el conflicto colombiano. GMH, 2012. Registro.

197. GMH, *El Placer*, 328-330.

Entonces ese primer paso es muy tenso, inclusive nosotros pensábamos que iba a haber una situación en contra de nosotros por haber dicho esto... hay una señora que vino a ver esta obra, ella tiene un hijo desaparecido, nosotros pensábamos cuando terminó la obra... entonces nosotros pensamos que la obra la iba a destrozar mucho a ella y cuando vimos cuando terminamos la obra la enfocamos a la viejita y la viejita estaba contenta, estaba radiante y nosotros... porque sabiendo que la obra es muy dura y ella salió y miraba todo mundo así, es como si la obra hubiera tenido una voz de decir algo que de pronto ella en algún momento quiso decir y no pudo por todas las razones que nosotros sabemos de decírselos.<sup>202</sup>

En un conflicto armado prolongado como el colombiano, donde a pesar de diversos esfuerzos persiste la impunidad, sobrevivir y resistir ha significado el desarrollo de un arduo esfuerzo para hacer oír las voces silenciadas en la guerra. De ahí que las iniciativas de memoria, que significan comunicar públicamente lo que ha sucedido y sus efectos, han sido un medio privilegiado de expresión. Cabe anotar que estas tareas de la memoria desde las víctimas y las organizaciones de la sociedad civil han contado con apoyos de la academia, los organismos internacionales e incluso de parte de algunas entidades estatales.

Así, las víctimas, emprendedores, organizaciones sociales y de Derechos Humanos han sentido la necesidad y conveniencia de realizar estos ejercicios de memoria desde hace 40 años. En su largo camino, estos grupos han encontrado que los procesos de recuperación de memoria tienen la virtud de contribuir a la reconfiguración individual de las víctimas, testigos y sobrevivientes, así como a la construcción de sujetos colectivos, ya que posibilitan la reconstrucción de los vínculos sociales solidarios y comunitarios rotos por la guerra.

---

202. Entrevista con hombre adulto. GMH, *San Carlos*, 346.